

SOCRATES NOLASCO

ESCRITORES DE PUERTO RICO

PROLOGO DE LUIS MUÑOZ MARIN

5

NEMESIO R. CANALES
ANTONIO PEREZ PIERRET
MIGUEL GUERRA MONDRAGON
LUIS LLORENS TORRES

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

1953
EDITORIAL "EL ARTE"
MANZANILLO
CUBA

31401 -

BNPHU
PD - RV
RD 860.4
N789 e

17/11/2008



ABR. 7 1972

BN
PR 824.42
N78922

MOMENTOS DE NEMESIO R. CANALES

Compra Marting Boog - 7-4-72

Reg. No. 600934



180000

PROLOGO

Un libro de Sócrates Nolasco, el noble amigo dominicano, sobre Nemesio R. Canales, el más noble espíritu burlón que tuvo Puerto Rico, debe ser de gran interés. Nolasco conoció a Canales en la intimidad durante los años de la segunda y tercera décadas del siglo en los que se desarrolló la contundente, poética y grácil crítica de Canales sobre el panorama puertorriqueño de entonces. En el Consulado General de Santo Domingo, en la Marina de San Juan, que ocupó Nolasco, tenía Canales una habitación y el refugio de la más sincera amistad.

Canales desempeñó para Puerto Rico, durante años demasiado breves, una función de realismo y profecía en términos de buen humor y profunda inteligencia, parecida a la que Bernard Shaw desempeñó para otra isla: Inglaterra. Escribía con humor y con poesía. Se reía uno oyéndolo, a veces a mandíbula batiente, sin que en ningún momento fuera Canales un chistoso. Solamente trataba de temas serios, y siempre los trataba con intención noble, por sentir la responsabilidad, en alguna forma, de que su pueblo entendiera mejor el mayor número de cosas que fuera posible de su vida tra-

dicional, cambiante, confusa. Sentía amargura por los desaciertos del entendimiento y las terquedades incomprensibles del destino; pero nunca destiló su espíritu la más mínima gota de hiel para ser humano alguno. Su prosa solía provocar la risa por el ridículo con que revestía algunas de las cosas serias que deshilachó intelectualmente.

Puerto Rico, ahora, cuarenta años después, en etapa creadora del espíritu de su pueblo, no ha de cansarse de echar de menos a un ciudadano de sus letras, de tal modo esclarecido que no ha podido encontrarle sustituto en el tiempo transcurrido, a pesar de lo mucho que lo necesita.

Por presentarnos un cuadro íntimo de este modesto gran puertorriqueño debemos sentirnos reconocidos a Sócrates Nolasco, que ha honrado con su pluma las letras dominicanas y hoy honra las de Puerto Rico.

LUIS MUÑOZ MARIN.

A D. JAIME BENITEZ

Rector de la Universidad de Puerto Rico

Orientado por usted y favorecido con la presencia del austero y bondadoso decano don Sebastián González García, cumplí la honrosa labor de pronunciar en nuestra *Alma Máter* las conferencias relativas a distintos momentos de la vida de Nemesio R. Canales y de otros escritores sobresalientes de Puerto Rico, extintos desde hace lustros. Las conferencias, liberadas luego del énfasis circunstancial, desde diciembre de 1951 adquirieron forma de libro. Libro antillano, de fundamentos puertorriqueños, escrito por un dominicano y, por fin, editado en Cuba. Irá al público sin presunción de revelaciones nuevas, sino como memorias, aspirando a que se recuerden nombres.

Cuando se trata de Puerto Rico la curiosidad general se satisface con los prestigios del sabio y guiador Román Baldorioty de Castro y del maestro continental Eugenio María de Hostos. Absorbe la atención Luis Muñoz Rivera como fundador de partidos, que lucharon por la libertad, y dirigente avasallador en la política del país frente a poderes extraños: olvidan que era un poeta y singular

maestro de periodistas. Se complacen fuera de la Isla mencionando a José De Diego; pero aluden siempre al político. Ya apenas si se tiene en cuenta al elocuentísimo orador y casi no hay quien recuerde el influjo de su poesía, desde el inicio, en la transición hacia *el modernismo*. ¡Fatal destino, el de los pueblos de territorio chico! Sus grandes intelectuales, de talla igual a los más altos de las naciones del continente, cuando no emigran pasan a ser conocidos sólo de los extranjeros que investigan para escribir pocas historias literarias.

Creo repetir la opinión de usted al decir que Luis Llorens Torres, el poeta de fisonomía antillana por excelencia, ni en Puerto Rico se le ha estudiado en su condición de prosista; y fué un prosista principal, de expresión directa y limpia, fascinante por las ideas encendidas de pasión sana. Falta un estudio cabal del luminoso Rosendo Matienzo Cintrón, del que hubiese podido formar, con Hostos y Baldorioty, la trilogía de pensadores autóctonos, si la muerte no lo sorprendiera en un perpetuo "escribiré mañana" la obra que, sin duda, era capaz de escribir y no comenzó siquiera.

Ningún otro país de América, limitado en tan exiguo territorio y trabado y perturbado por un destino tantos años irresoluto, ha dado tan gran número de intelectuales de primer rango, como Puerto Rico, ni tantos políticos de poderoso influjo y sobria vida consecuentes en mantener su tradición y morir pobres y limpios de peculado.

Frustrado y descartado el viejo ideal de Unión Antillana, la Universidad de Puerto Rico hereda y lustra aquellas virtudes, con tan liberal criterio y tan amplio sentido de fraternidad que en la familia iberoamericana sólo ha tenido iguales en las Universidades de La Plata y Buenos Aires. Con

la enseñanza de mujeres ejemplares, criollas, y de sabios nativos, españoles, argentinos, peruanos... se anticipa y está fraguando un porvenir de beneficios imponderables. Muchedumbres de estudiantes, de pasiones e ideales vivos, se afanan, indagan ávidos, bullen. Y ante la nueva realidad se anuncia y reaparece el fenómeno heleno de una nación minúscula dando pauta de cómo ha de ser, o deberá ser, la convivencia en las naciones futuras. Inclina a pensar que las naciones chicas, desprovistas de hidrópicas apetencias y riqueza material que envanecen y enloquecen, son las patrias verdaderamente fraternales.

Ese sentido de fraternidad vasta y honda y contagiosa, en ningún otro lugar se experimenta como en Puerto Rico, y en nadie ha sido más ostensible que en Nemesio R. Canales. Esto he querido hacer comprender en el libro. Y si en parte he alcanzado a corresponder al deseo de usted, invitando al estudio de aquel hombre bueno y raro y de otros grandes sin la nombradía que merecieron, le ruego aceptar la presente dedicatoria como un simple tributo a la Universidad de Puerto Rico, a usted y a los amigos muertos.

S. N.

Habana. 1953.



I

EL AMBIENTE LITERARIO EN PUERTO RICO HACE TREINTA Y OCHO AÑOS

¿Qué es la historia, sino una sucesión de nombres? ¿Y qué puede haber más conmovedor que la historia?

NEMESIO R. CANALES.

El 6 de enero de 1915 ancló el fúnebre *Jacagua* en la bahía de San Juan de Puerto Rico. Con perezosa marcha malgastó treinta y dos horas viniendo desde el Ozama; y cuando los pasajeros surgieron de los camarotes en preliminar orientación deseando saltar a tierra, luminaria deslumbrante convenció de lo vanas que eran las ansiedades.

La bahía estaba rodeada de luces. La ciudad, dilatada e impresionante, en su iluminada grandeza no parecía antillana. Ahora sé que San Juan crece de noche. Focos potentes celaban los prestigiosos bastiones, realzaban el monacal refugio de las Siervas de María cercano al palacio de Santa Catalina; se multiplicaban haces de antorchas sobre el peñón de leprosos en la garganta de la bahía, indicando de un lado el tránsito de las naves y por el otro enlazando a Palo Seco, Cataño y, en desparramados cocuyos, a Martín Peña, Santurce, Miramar, Puerta de Tierra, hasta jun-

tarse con la constelación maravillosa de la auténtica ciudad, ruidosa en Noche de Reyes.

Cerradas estaban las oficinas de Sanidad e Inmigración y el yate negro quedó aislado en vela nocturna, sospechoso de salud y contrabando de billetes de lotería, y frente a cada uno de los pasajeros se abrían interrogaciones:

—¿Violento? ¿Vehículo de malaria?...

Agente posible de inconfesados y contagiosos males, hasta que al siguiente día apareciera un médico examinando lenguas, observando párpados y repartiendo boletos amarillos. Después... el judío Santelmo luciéndose con preguntas molestas y extravagantes:

—¿Es usted anarquista? ¿Cuánto dinero trae? ¿Cuántas veces ha estado en presidio?

Así, joven y ávido de la fiesta alcanzada a ver y separado por infranqueable muro de consigna, como los encerrados en el presidio de *La Princesa*, pasé la primera noche en San Juan de Puerto Rico. Maldad grande les parecía a otros pasajeros que no les permitieran desembarcar, y en contraste con las voces del júbilo colectivo que llegaban hasta la orilla del mar, sonaron maldiciones y malignos chistes contra el barco y el dueño distante, mientras el deber de ser Cónsul me mantenía en circunspección y entretenido en leer o releer las cartas con que don Federico Henríquez y Carvajal, Presidente entonces de la Suprema Corte de Santo Domingo, protegía al discípulo y familiar lanzado a un mundo desconocido, confiándolo a la amistad de don Manuel Fernández Juncos, al poeta Ferdinand R. Cestero, a Eugenio Carlos de Hostos, José De Diego y Luis Llorens Torres.

¿Cuántas de estas cartas serán costra sin contenido y con cuál despertará eco el fervor del gran antillano, amigo de Betances en los empeños de la libertad y compañero de Hostos en los afanes de la enseñanza?

Huraño, cauteloso y prudente por afección hepática, con cartas o sin cartas lo elemental sería no incurrir en precipitación de advenedizo.

—Hijo: vuelva a verme siempre que le sea posible —dijo el venerable don Manuel Fernández Juncos, ocupado en su trabajo de director de la Biblioteca Carnegie, preocupado y resentido de amagos reumáticos y dando a entender que él había doblado la hoja de su clásica labor literaria.

—Amistad de gente joven le será agradable —agregó—. Yo... ¡si hasta moverme aquí me es ya difícil!

Con palabras que iban saliendo con paciente lentitud de su sabiduría, en aquel momento se limitó a ofrecer facilidad para que el recomendado por su amigo fuera a leer todos los libros de la biblioteca que estaban bajo su custodia, y, por fin se decidió a regalarme la amistad de Luis O'Neil de Milán, el joven que lo auxiliaba.

José De Diego, Presidente de la Cámara de Representantes, recibió su carta, la leyó, se ofreció estricto y cortés, y pagó visita.

Eran tiempos de lucha que no le permitía reposo, los días de más esplendor de su buena fortuna, de sus largos, estruendosos y elocuentísimos discursos en defensa de la enseñanza en castellano para los de la isla; cuando su verbo caldeó tanto el ambiente y tanto público acudía a oírlo que temieron que el piso del viejo caserón se desplomara y, provisionalmente, habilitaron el Teatro Municipal para los debates.

Don Manuel F. Rossy, inteligente, cazurro y bondadoso, argumentaba en contra. Argumentaba en contra don Juan B. Huyke; y frente a ellos y a otros la mano de José De Diego prolongada en índice recto, puntiagudo y convincente, subrayaba períodos, pautaba y parecía encendido de acusaciones. De Diego era sin duda orador de los más extraordinarios de la vieja escuela española.

Una vez dió en su casa fiesta fastuosa: dinero tirado al mar estéril y aleatorio de la política, sumado a un derroche de finos modos. Acudieron exponentes de familias que brillaban por el abolengo, y otros por el dinero ganado, por la inteligencia, por encumbramientos repentinos de la política; pero sobresalían por el número y la distinción los literatos: clásicos de escuela, románticos, parnasianos, modernistas. Entre los principales llamaba la atención Córdova Dávila, juez político y sutil y poeta con dejos románticos, de no superior categoría. Acababa de escribir versos desprovistos de emoción y se los decía, paseándose en el jardín, a Epifanio Fernández Vanga, Presidente del Ateneo, castizo y alto de prosa y cuerpo, autor de versos flúidos y de buen humor: uno de los escritores antillanos que tienen más que decir y que más se economizan en imponderable haraganería de pluma. Junto a ellos, Francisco L. Amadeo, poeta culto y emotivo y político tímido, precavido. En grupo aparte estaban Eugenio Astol, de apolínea y olímpica presencia, desdeñoso de todo menos de la gloria artística, y con sentimientos, razones y reservas psíquicas: más indostánico que helénico. Lagos (Chuchú Lagos) quien por afán de castigo parnasiano le limitaba el ímpetu al verso. Junto a éstos, Ferdinand R. Cestero, romántico de estro fácil, premiado en diversos certámenes; y más allá, eslabonando grupos, su esposa, prosista circunstancial que borraba las fronteras entre las islas de hispano origen y hablaba de los caudillos de la independencia de Cuba y Santo Domingo con igual simpatía que si hubiesen sido puertorriqueños. Enaltecía a los escritores dominicanos con frases tan laudatorias que no se podía tomar en serio.

*

Otra vez invitó De Diego a comer en su hogar; y allí estaban don Luis Muñoz Rivera, por aquel tiempo Alto

Comisionado de Puerto Rico en Washington, o Comisionado Residente; el Presidente de la Corte Suprema, don Conrado Hernández, y tres dominicanos: don Federico Velázquez —a la sazón Ministro de Fomento— y el Licenciado Jacinto B. Peynado, encargado de la Cartera de Justicia, que iban rumbo a Washington a reunirse con el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal para gestionar que se eliminara de la Secretaría de E. de Hacienda de Santo Domingo la presencia de un perito financiero, norteamericano, que sin calidad legal trababa las disposiciones del jefe natural del departamento. El Cónsul de ese país, único joven entre los comensales, oía a los demás en silencio.

Don Luis Muñoz Rivera y José De Diego discreparon en cuanto al procedimiento sobre determinada cuestión de interés capital para Puerto Rico, y Peynado aprovechó una pausa para recitar versos que un poeta de Puerto Rico había escrito en un álbum de dominicana joven hacía veinte años. A don Conrado, a Velázquez y a De Diego les parecieron muy buenos. A Muñoz le gustó la indudable distinción espiritual, felizmente expresada; pero con franqueza señaló que más decían esos versos del patriotismo seco de Quintana que de la gracia de la señorita a quien el autor se propuso halagar. ¡Quizás no sería bonita!, dijo.

A De Diego no le parecía que el autor fuera de esta isla, por cierta robustez enérgica que más parecía castellana.

Peynado dijo el nombre de la dueña del álbum y con sorpresa del mismo autor los versos resultaron de Muñoz Rivera, quien se apresuró a retirar su reciente crítica...

*

Años después fui a ver a José De Diego. Convalecía. Magro, dolorido, menoscabado de una pierna y enfermo de decepciones, ensayaba andar con muletas. El astro de su



destino estaba en el pretil del poniente, pronto a hundirse en un sin fin de impenetrable sombra. Penoso el cuadro. La esposa, atenta y solícita, procuraba ayudarlo a caminar. Nadie más en la casa solariega. Frente a la ruina del cuerpo, el azoro de los amigos y la fuga de los políticos, duchos y prácticos.

En todo pecho humano deja Dios un punto hueco, vanagloria que se conserva hasta llegar la muerte; y dicen que ni los santos erradican sin rudo cilicio esa falla tan persistente. Y cuando para no transparentar un sentimiento de pena enaltecí la belleza de *Póstuma* y *Madres Aguas* —dos de sus mejores cantos— y le prometí a él comentarlos en juicio ponderativo de sus méritos poéticos, más que el halago de la promesa agradeció la intención inmediata de disipar idea sombría.

—Nolasco: ¡cuánto siento no haberlo conocido a fondo desde el principio! dijo—. Sí... escriba de *Madres Aguas*: a usted le gusta.

No se ha cumplido la promesa.

*

Por teléfono le pedí audiencia a Luis Llorens Torres, último en turno para entregarle su carta.

Los dos apellidos —Llorens Torres— ligados, en la mente del recomendado lo encumbraban de tamaño y lo hacían ancho de hombros, combo o abultado el tórax como de militar triunfante, y en todo su exterior, sereno y majestuoso, semejante a un guerrero de la *Iliada*: un Ajax de Telamón universitario. La simpatía a distancia estuvo ausente del ánimo, a pesar de la carta de don Federico Henríquez y Carvajal y de que en el grupo de jóvenes que trataban de imponer el modernismo en el Oriente de Cuba —Regino E. Boti, Angel Alberto Giraudy, Juan Jerez Villarreal, José Manuel Poveda, Fernando Torralva, Miguel

Galiano Cancio, Sariol, Luis Felipe Rodríguez— comentábamos y aplaudíamos sus versos de revolucionario, y nos regocijábamos por el sitio eminente adquirido por Puerto Rico con la publicación de *La Revista de las Antillas*, que dirigía Llorens. Su nombre, después de *La Canción de las Antillas* ser premiada en París bajo la dictadura poética de Rubén Darío, era repetido en los países del castellano, y su Isla, la hermana menor, fué por él centro de la celebridad transitoria alcanzada en certamen tan importante.

—Dígame cuándo he de ir a verlo —respondió al enterarse del motivo de la llamada—. Pues... si prefiere venir, haga el favor de venir ahora: conocerá a varios intelectuales que están conmigo en este momento y nos dará usted nuevas de don Federico. Gracias. Lo espero.

La Torre imaginada, por teléfono ni parecía majestuosa ni inaccesible.

El bufete de Llorens estaba en la calle San Francisco, entre el *Pasaje Matienzo* y la calle Cruz. Al pisar el último peldaño, al llegar a la puerta, vaciló el recién llegado creyendo que el momento era inoportuno. Pensó que estaban tratando de conciliar a litigantes de alteradas voces y razones desorbitadas, cuando un cuerpo macizo y recio, un jayán de mediana estatura, pasó el umbral y sin ceremonia avanzó al encuentro del visitante con andar elástico de cazador furtivo. La cabeza poderosa, y protegidos de peludas cejas, los ojos acogedores invitando con mirar de amigo, de compañero.

Los dioses y los hombres tienen un mismo origen... hacía pensar recordando un verso de Víctor Hugo.

—Este es Antonio Pérez Pierret, un gran poeta y un gran corazón. Le presento al poeta Rafael Monagas, que se distinguirá entre los nuevos... como sobresale Evaristo Ribera Chevremont a quien conocen ya y aplauden los dominicanos... Gustavo Fort, prosista comedido y poeta que no se parece a nadie: notable y original.

No hago memoria de otro que estaba presente, junto a los demás y rebatiendo las afirmaciones de un joven corto, cabezón, calvo, pálido y de una fealdad socrática.

—Y... le presento al hombre más inteligente de Puerto Rico. Sí; Canales y Luis Muñoz Rivera son los dos más inteligentes que tenemos en Puerto Rico, desde que murió Matienzo.

El hombre menudo y feo dijo su nombre (un nombre de campesino), encendió un cigarrillo, indiferente al elogio y al visitante, y siguió discutiendo contra todos.

—Tengo familiares en Puerto Plata —dijo Pérez Pierret— y explicó en seguida: discutimos aspectos de Rubén Darío. El compañero Canales quiere convencernos de que Darío, que sale de París por causa de la guerra, se acerca al fin de su producción artística sin llegar al plano filosófico de los grandes poetas en la madurez, y presume que sus versos se enriquecieron de sonidos musicales sin que el lector perciba los matices en los diversos motivos que cantó. Barbariza con ingratitud de alimaña, sin respeto a la gloria, y olvida los primores que le debemos al Darío de *Prosas Profanas*, libro de tantos versos de maestro, y que hasta en las *Estancias al Momotombo* los colores se diversifican en gradaciones, que son matices: agua... esmeralda... col...

Amplió Llorens las razones de Pérez Pierret y las ilustró agregando ejemplos.

—Maltratan mis conceptos y los desvirtúan con citas innecesarias —afirmó Canales—. En Darío el borracho estragado por el alcohol mató al poeta desde hace años. No he dicho que se acerca al fin: *finalizó*. Hablemos *del finado Darío*. Sus restos, los desperdicios, vienen huyendo y lo mismo importa que los submarinos echen el barco a pique como que se diga mañana que murió de *delirium tremens*, desconocido en un hospital, o rodeado de fami-

liares incomprensivos en cualquiera choza de Nicaragua. Consideraciones vacías, con que se llenan cuartillas de periódicos, no debemos hacer sobre lo irremediable. Lo irremediable es que traicionó su destino y defraudó a América y a España, como un vulgar. Dió mucho; pero menos de lo que nos debía y esperábamos. ¡Hablar de matices! Los matices en los versos de los grandes poetas, como su filosofía, es zumo de madurez, producto esencial de saturación, y ni se me ocurre que es menguada cuestión que se limita a lo externo, ni es admisible que se reduzca a simple cosa al alcance de una cualquier cocinera que arranca lechuga y col en el trapatio y que, si le da gana, puede fijarse en si el agua de la charca es o no verduzca, mientras llena su cantimplora. Insisto en que *de todo buen filósofo se puede asegurar que fué en su juventud poeta, como de todo buen poeta se puede asegurar que no llegará a viejo sin volverse filósofo.*

—No se repita: no se haga cargante —gritó Pérez Pierret.

—No creo que Darío —siguió Canales— fuera tan pequeño como lo conciben sus defensores de hoy... Pues, sí, señor: el matiz corresponde a una superior actitud del espíritu —reiteró enfrentándose a Llorens, que interrumpía—. Y cuando este gordo señor don Antonio —continuó volviéndose a Pérez Pierret— exulta de satisfacción en uno de los más felices de sus aciertos y dice:

Me siento colectivo y desbordante...

no matiza con colores visuales y, sin embargo, fuera del ruido de la palabra, hay un hondo matiz en su verso. Mientras pretende darse en simpatía fraternal a la colectividad humana, creyéndose un San Francisco de Asís, se transparenta el auténtico cavernario que disimula en los repliegues de su conciencia: un Caníbal vestido de blanco.

Así me ayuda usted, señor don Antonio, a demostrar que el canto bueno en las inflexiones y en el substrato, que son matices, corresponde a íntima actitud del espíritu, a pesar del indumento en que lo envuelve el autor. En un desbordamiento de su fuerza salta usted empuñando la macana hereditaria y dispuesto a reventar los cráneos de los de la otra tribu, y el de la misma María Santísima, si se presenta. Muy bien...

El hombre espiritualista, menudo y feo, crecía con la calva iluminada. Avanzó contra Pérez Pierret y, como trofeo de triunfo, materialmente le arrebató un cigarrillo que encendió en paz, y volvió a su sitio, continuando:

—Muy bien... Pero teniendo en consideración que *los cambios y vicisitudes de los tiempos* han hecho innecesario reventar cráneos para comerse al vencido, convengamos en que con ese hallazgo poético estuvo usted a pique de destruir al parnasiano estrangulador de las propias emociones. Sin duda habría sido lo mejor; porque en el instante de escribirlo, o mejor, de transcribirse, y al cargar y pasar en hombros de un océano al otro las naves de Balboa y con el agua al cuello tomar posesión del Mar del Sur, brotó en usted el poeta nuestro, menos pulido pero más alto que cuando se ajusta a la divisa de Gautier, que se apropian ahora los de la escuela.

—¿Qué divisa ni qué demonio pretende ponerme a mí? Cíñase al asunto y no me coja de escape tergiversando —dijo Pérez Pierret.

—Esculpe. Lima. Cincela... es el mandamiento con que completan el *ni llorar ni reír*.⁽¹⁾ No: ni ajenjo ni modo exótico. Guarapo fermentado o aguardiente, y a romper cráneos, mi gordo señor don Antonio. Se explica. Puerto Rico y Panamá fueron predios familiares del abuelo, del

Caribe y del Español: ambiente nuestro, y no modos de Francia, que atrofian por refinar como zapatos de hembra de China... como entumecieron, desvirtuaron y aniquilaron a Darío, indio infeliz deslumbrado con pavanas y gavotas y retratos de marquesas, en vez de enseñar sus plumas y taparrabos con el arrojo del español.

—¡Ah, fueron maneras de Francia, no fué el alcohol lo que mató a Darío!... —ironizó Monagas.

Pero en lugar de limitarse a la picante interrupción se enredó al comentar con razonamiento pobre lo que él creía filosofía *rubeniana*, y Llorens tuvo que socorrerlo dando breve y bellísima síntesis de *Cantos de Vida y Esperanza* y señalando rasgos filosóficos y colores y matices, con precisión de maestro.

—¡Feliz Monagas, Monaguita, que frente al espejo contempla aún con filosofía juvenil y fina ternura sus veinte o veintidós años! —exclamó Canales—. Filosofía fragante y radiante de optimismo cuando la enamorada nos mira y sonríe, y de negro y amargo pesimismo a la manera de Werther cuando nos ignora y vuelta de espaldas se va con otro. Ya sabrá cómo se empiezan a ver las cosas cuando sea calvo —agregó señalándose con un dedo la cabeza. Y Llorens —dijo volviéndose a éste—, oigan al gallo canagüey⁽²⁾ sentando cátedra de Filosofía y matices... ¡Vamos! Que entren dos o tres hembras medianamente jóvenes y veremos en qué consisten los colores y la Filosofía.

—Hombre, Canales, mire que usted no es ningún San Juan Bautista —observó el aludido.

—Ni en la belleza, ni en la castidad, ni en la sobriedad, ni en la doctrina, seguramente. Lo único que tengo de común con él es la afición a la miel de abejas.

—Acepte además —agregó Llorens—, que Darío, si se prescinde del alcohol, en cuanto a la carne se refiere y a armar líos, si se le compara con usted es un Arcángel.

—Un Arcángel. Juega con la palabra. Usted que estudió filología sabe que un Arcángel es idea de pureza absoluta, tan sagrado para los creyentes que no permite humana comparación, si no es con niños, y que para los negadores y los indiferentes carece de contenido. Pero sin duda Rubén crece y es más limpio que yo, mientras se arrepiente y se flagela poéticamente en la Cartuja o Monasterio de San Bruno. Ahí es de grandeza extraordinaria, no inferior al Verlaine de *Sagesse* que acaso tomó de modelo al austero Quevedo de los Sonetos a Dios. Sólo que Darío y Verlaine son el eterno *peca y reza*, para volver a pecar; y el día que asomara en mí el arreentimiento, la idea que en forma de Angel o Arcángel solía visitar a los Profetas, me castigaría la carne con la mente puesta en un Dios genuinamente español y la vista en el último Quevedo, el ascético, y no en el sucio y armonioso francés, mezcla de ruiñeñor y cerdo, como Darío. Quiero decir que como buen español me quedaría en el monasterio. sin hablar tanto.

—¡Canales en un monasterio! —gritó Pérez Pierret.

—¿Y los *Nocturnos*? —preguntó Fort—. ¿Y tantos motivos y rasgos de honda preocupación como interrogan en *Cantos de Vida y Esperanza* y en algunos poemas de *El Canto Errante*?

—*Cantos de Vida y Esperanza* interroga, como dice Fort muy bien: anuncia; pero no enuncia. Uno de los *Nocturnos* es tan hondo como la preocupación paternal en *Fhocas el Campesino*, aunque pudo escribirlo el desvelo de un borracho. En cuanto a la introducción del libro, poesía escrita de mano maestra, deja en suspenso. Después de ese libro, sólo vuelve a ser grande en *La Cartuja de San Bruno* y en *Los Motivos del Lobo*, que aunque no es original supo él glosar de manera admirable. En *Yo soy en Dios lo que soy...* cuya profundidad inicial parece enne-

grecido zumo del principio del Cuarto Evangelio, aunque sin el amor, la amplitud extrahumana, y la abismal ternura de ese otro Juan, del metafísico, no está mal. Buen estribo de mística Filosofía. Pero desde que pasó de ahí... ¡serojas y bajezas de juglar! *El Canto a Mitre*, el poeta ramplón y general mediocre y afortunado: serojas, trabajo de asalariado. Total que el canto ese ni siquiera fué escrito pensando en Mitre, sino en su hijo, dueño del gran periódico *La Nación* de Buenos Aires, que paga. En resumen: el último Darío es fraude, fraude en vez de la obra que nos debía y tenía el deber de crear. Para saldo de cuentas lo mejor que hubiera podido pasarle al pobre Rubén era que se hubiese caído por la borda al mar, desapareciendo definitivamente sin ser visto, como Edipo o Isaías. El misterio y la leyenda beneficiarían su nombre.

El hombre calvo y corto, rebosante de argumentos y recursos de la memoria, miraba a cada rato el reloj, con impaciencia. Avanzó otra vez hacia Pérez Pierret y tomaba otro cigarrillo, cuando llegaron dos jóvenes más, miembros de la Cámara de Representantes, a quienes me presentó Llorens. Uno se ha borrado de la mente. El otro era Miguel Guerra Mondragón, culto, estilizado de palabra y de empaque, sutil de ingenio, lector de autores ingleses, traductor de Oscar Wilde y en apariencia capaz de arriesgar el éxito de un asunto por decir frase punzante y de inmediato efecto. Después lo conocí mejor. Llegaron por ver a Canales y averiguar si era cierto que liquidaría en Ponce sus negocios de abogado para asociarse en San Juan con Luis Llorens Torres. Todos manifestaron el deseo de que fuera así, porque sería centro y atracción de contertulios.

Sonó en la calle, persistente, la bocina de un automóvil.

Canales dijo un adiós global y ya iba a salir cuando por primera vez me tuvo en cuenta.

—Señor Cónsul: nos veremos aquí a menudo —dijo—; y ojalá el grupo pueda contribuir a que no se fastidie en este humilde chiquero... que es Puerto Rico.

Me estrechó la mano y, como la bocina del automóvil seguía sonando, se desprendió él y bajó corriendo. Al dejar de verle el cuerpo, dió la impresión fatua y fugaz de una cabeza escapando escalera abajo.

(1) —Je hais le mouvement qui deplace la ligne,
et jamais je ne pleure, et jamais je ne rie.

Charles Baudelaire.

(2) Gallo *Canagüey* en Puerto Rico es el de color blanco y gola, alas y cola doradas; en Santo Domingo, el Gallo *Canelo*.

II

ANTONIO PEREZ PIERRET, CANALES,
Y EL EQUILIBRIO EN EL ARTE

Alto, carnosos y bien plantados, era Antonio Pérez Pierret. Fuerte de salud física y buena moral; digno en el continente, amable y fino de trato y en todo momento directo y claro de razones. De pie era grato de ver, y sin que fuera animador por la palabra, siempre daba gusto encontrarlo: comedido, acogedor, y en el gesto y el mirar condescendiente, de tal manera que la cortesía no parecía en él lustre adquirido, sino condición hereditaria. Cuando se sentaba en *La Peña de La Mallorquina*, de súbito surgía el "pero" adverso pretendiendo desvirtuarle su empaque de gran señor: que entonces daban ganas urgentes de correr en busca de un sillón cómodo, del taburete colonial resistente al peso de los abuelos, para ofrecérselo. El vientre le adquiría mayor volumen, individualidad y gobierno propio, desbordándose en un provisional *qué me importa*, de buen burgués que se burlara de la compostura, y en los ojos sonreídos le florecía el mirar de varón sospechoso de epicúreo, seguro de su posición social y complacido de su destino.

Llegaba habitualmente acompañado de Rafael Ferrer: otro buen escritor, que era cortés, de sentimientos limpios,

con imperceptible esmalte de tímido y nervioso, parco de palabras, precavido de miramientos, estilizado y sin brusquedad posible que le alterara el gesto y el vestir pulcros. Era así y así escribía.⁽¹⁾

Así eran hace treinta y seis años, o así asoman vivos en el recuerdo después que tantos años pasaron aplazando y esfumando relaciones como anticipada muerte.

Días después de la visita de presentación me explicó Luis Llorens Torres que aquel discutir de todos ellos contra Canales, en que los encontré, lo originó carta honrosísima y reciente de Rubén Darío, satisfecho con la lectura de *Bronces* que su joven autor le había mandado.

Con franco optimismo agregó la opinión personal:

—No piense usted en una de esas cartas que firman los grandes escritores para salir del paso. Aparte de la bondad reconocida de Darío, el libro merece elogios: es sin duda bueno. Pérez Pierret tiene equilibrio de sentimientos e ideas y trabaja por conseguirlo en lo formal. Su canto es nuevo, suyo; es voz de su tiempo y está fuera de la común algarabía. Cuando adquiera mayor destreza en la factura del verso al realizar los poemas que necesariamente irá escribiendo, quiero decir: cuando los versos le salgan todos limpios y sueltos, será no sólo orgullo de nosotros —de Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba— sino también de los demás pueblos de nuestra América.

Y para que juzgara por mí mismo me regaló un ejemplar de la ponderada obra.

—Éste se alegra cuando triunfan los demás —pensé.

Después advertí que Llorens aplaudía de buen grado, como corifeo de movimiento revolucionario, lauros y honores tributados a los suyos, o a cualquiera, menos a José De Diego, a quien no más lo quería como a orador, sin aceptar que fuera el poeta que decían, sino un recalcitrante

HOTEL EARLINGTON
37th STREET WEST OF BROADWAY
NEW YORK N. Y.

2 Dbre 1914

Mi querido Poeta

A causa de mi
mala salud, hasta hoy puedo
contarle, y amarlo recibo
de su lindo volumen Bronces

Venga V cuando
quite - preferentemente por
la mañana - y encontrara
al amigo que ya lo es
suyo y al compañero en
la adoración de Nuestra Señora
de la Belleza.

Cordialmente,

También



Buenos días me avisase
con anticipación su llegada

Obsequio a mi viejo y distinguido amigo, Sr. Sócrates Nolasco, como recuerdo de los que lo fueron igualmente de él, desgraciadamente idos para siempre: Antonio Pérez Pierret y Rafael Ferrer.

San Juan, P. R.

Abril 30/51.

Afectuosamente,

(fdo.) MIGUEL FERRER.

[Faint, illegible text covering the majority of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]

1900
1000



versificador y espléndido retórico de una etapa artística "muerta y sepultada".

Al interlocutor, extraño a banderías poéticas, le pareció juicio de encarecimiento.

Con propósito de ir conociendo a los intelectuales que figuraban en primera línea en Puerto Rico, cuyo ambiente aspiraba a penetrar, comencé la lectura del libro y fui marcando el verso bello o sugeridor, el rasgo personal, las sutilezas de ingenio, y fijando al margen de las páginas apuntes que hicieran recordar la impresión de cuanto imaginara de relieve, o despertara siquiera reminiscencia de algún autor conocido, o cualquiera detalle que juzgara digno de memoria.

En vez de ulterior lectura, de nuevas observaciones producto de mayor experiencia, pero sin el calor de la primera, me atengo ahora a aquellos apuntes de impresión lejana.

Treinta y cinco sonetos, un canto en verso de seis sílabas inspirado en los pájaros y una oda moderna escrita en diferentes metros, integran *Bronces*, el libro que le dió nombre de escritor a Antonio Pérez Pierret. La obra aparece dedicada *A Mis Amigos* y a cada una de las composiciones le antepuso el nombre de uno de los amigos, y son como vínculos u ofertas de amistad.

El soneto que él situó en lugar de primacía, porque fué destinado a Luis Muñoz Rivera: respetado, admirado y querido por lo eminentes de sus condiciones y que entonces tenía el dominio de las mayorías políticas del país, quedó en las notas calificado de áspero, carente de inspiración y emoción, premioso, hecho tal vez sudando por esfuerzos de la voluntad y queriendo someter ideas e imágenes insumisas. No eludió la cadencia de retintín que los nuevos condenaban y aun la intencional aliteración con que la *l* juega en cuatro de los ocho primeros versos (fla la la la, en el tercero) resulta poco propicia. No parece que

habla de sí mismo, sino que pretendió señalar los empeños de aquel héroe civil y gran conductor de hombres.

Muy superior por la factura, sintiéndose ya más seguro de sí, fué el *Responso* en ofrenda al mismo Muñoz con motivo de su muerte.^(*)

De un parnasianismo dúctil, nostálgico de pretéritos, se manifiesta en la Raza:

Repleto el odre rancio desbordará poesía...

En aquél y en otros sonetos, se levanta en vuelo de plenitud y se habitúa a mirar con serenidad desde el dominio de la altura, hasta ganar cierre feliz. El ímpetu queda sometido a freno, el verso es limpio, y el artificio, hijo de inteligencia disciplinada, no le da cabida a recursos de relleno. Dice, expresa su inspiración sin ceder a antojos de la emoción fugaz, y se nota que somete el tema a estudio preliminar. Sólo en *Mi Pegaso* y en dos o tres sonetos más, el asunto es más imaginado que observado.

En *Mi Pegaso* quiso crear y hacer creer que era hombre capaz de montar caballo "de paso fino" y refinado por cruzamientos: por la sola presencia insuperable; y cuando enumera las cualidades que prueben la elegancia del bruto y causen asombro, los ojos de un buen jinete o del criador le descubren inmediata pifia. Un detalle echa a tierra al Pegaso imaginario y lo reduce a la categoría de bestia de

(*)

Duerme ahora en el quieto retiro de la aldea,
bajo una cruz florida, nuestro hermano mayor,
que se siente cansado de la dura tarea
y necesita un hondo sueño reparador.

¡Que nadie lo conturbe y que nadie lo vea!
Ni tú, sauce inclinado; ni tú, pálida flor;
y para que el reposo eternamente sea
de una dulce armonía, canta tú, ruiseñor.

Dile llorosamente tu triste letanía,
reza el trino divino de la melancolía
desde el gajo desnudo del caído laurel.

Y al intenso conjuro de tu canto dolido,
el corazón del bosque nos dará su latido
tan tierno y tan enorme como lo diera él.

carga. Era *de cuello largo*... Ese detalle basta. Ni siquiera se tomó el trabajo de ir al hipódromo en día de carreras, y permite sospechar que él prefería pasear arrellanado en carruaje de lujo a correr riesgo luciéndose al cabalgar potro de bríos. Pero acaso ese soneto, dedicado a Gustavo Fort, fué uno de tantos acogidos con benevolencia en *La Revista de las Antillas*. Todos los nuevos de Puerto Rico concibieron y describieron en versos el caballo de su gusto. Algunos lo alcanzaban a ver pastando "en campo de estrellas". Hasta Nemesio R. Canales, versificador sudoroso y poeta de última clase, publicó un corcel filosófico al que lo mismo le daba andar que estar parado... un auténtico *chongo*, como dicen los jíbaros de Puerto Rico.

Luis Llorens Torres, aparte de otro que dió a conocer más tarde, tuvo un jamelgo platónico, de alquiler, tan infeliz que no daba para versos y no servía ni para prosa. Lo conservaba en la memoria utilizándolo no más en *cuento de camino*.

"Me lo dieron en alquiler para ir a fiestas de feria por camino vecinal, de un pueblo a otro. Sudaba, daba resoplidos, resollaba fuerte y ponía los ojos tan tristes que al llegar la noche hubo que pernoctar en el fundo de Ña La O.

"De patio cercano trajeron yerba en tanta abundancia que el corral donde lo pusieron quedó alfombrado de pienso verde.

"Cuando en Oriente se encendían grumos de sangre y lagos de colores maravillosos, me levanté, para seguir ruta. Fui al corral y... intacto estaba ahí el pienso. El jamelgo había pasado la cabeza estirando el cuello sobre guardarraya de trancas y volvía grupas al espléndido alimento. Frente al corral contiguo levantaba el hocico hacia el firmamento y abría la nariz aspirando cosa de gusto. Y relinchaba.

"Entonces fué cuando vi que en la cerca contigua estaba

una yegua zaina, lustrosa y retozona de juventud. Se miraban. Mirándola y sin poder saltar, pasó él sin comer toda la noche; y todavía al amanecer seguía deleitándose en la contemplación de la linda zaina. Y ella se le acercaba y como que se iba. Piafaba; y yo comprendí que no era espantando moscas... Yo sé que era por coquetería: invitándolo a saltar la guardarraya.

"Ña La O me dijo que nunca había visto ella animal tan amoroso ni tan pazguato."

El "pegaso" de Antonio Pérez Pierret, aunque deficiente en su condición de bruto, se embellece en la abstracción de la poesía, porque el poeta, imaginífero, le atribuyó algo de milagro o encantamiento. Al galopar:

Cantan los férreos cascos florecidos de lumbre.

En *Bronces* abundan y sobresalen virtudes poéticas de primer orden, viven en el conjunto, aunque no siempre en cada motivo cristalicen con la perfección que los escritores exigen y más cuando son críticos, en la obra ajena. Resalta, respondiendo a esa exigencia de perfección, *Viejo tema romántico*; y la bella síntesis de *Laudo* —interpretación esquemática de la lírica del primer Evaristo Ribera Chevremont— revela uno de esos momentos que reserva Dios para los poetas afortunados.

El poeta genuino tiene la comprensión clara o el instinto de lo que es el soneto y de las dificultades para ajustar cabalmente la concepción grande en tan estrecho marco. Pérez Pierret lo consigue frecuentemente y sabe darle realce, de manera que no se explica que incluyera en su libro aquel *Cóndor* artificioso, a pesar de que lo iluminan al final,

las insondables pupilas de Dios,

lasca de luz arrojada al desperdicio. Porque nunca, ni siquiera en casos desfavorables, deja de sentirse en su libro latir el pulso de una personalidad original y poderosa. Nunca es vulgar y rara vez trata motivos sin autocrítica, ni expresa idea sin elevación, ni sentimiento que no sea verdadero y depurado.

El Responso a la memoria de Rosendo Matienzo Cintrón

es acaso la página que da más aproximada idea de las grandes cualidades y del defecto técnico de Antonio Pérez Pierret en su primera etapa; pero la falta se desdibuja ante la elevación de las ideas, la originalidad y belleza de las imágenes y, principalmente, por la grandeza majestuosa del final. No importan los cuatro agudos ásperos; no importa que no hubiese conseguido todavía la destreza que auguraba, entusiasta y optimista, Luis Llorens Torres: la maestría en la parte mecánica del verso, *la técnica del oficio*. El muerto y el vivo están ahí. Ahí está vigilando la voluntad de escuela en el ímpetu y el énfasis refrenados y en el sentimiento de dolor sometido a disciplina frente al vacío de todo lo que se acaba de perder, sin posible reparo, en sólo la vida de un hombre. Ahí la admiración a la grandeza de Matienzo y un dolorido trasunto de sus ideas, vueltas obsesión de espiritista en los postreros años de su vida. Ahí el conjunto revelador de aquel varón luminoso, ferviente en el amor a la patria, insondable de meditaciones y preocupaciones espirituales, derramándose de pensamientos proyectados y lanzados como *flechas de la verdad para horadar el misterio de la muerte*, y que el amor, el amor a él que no tenía pronto sustituto, hace pensar que se advertirán en el largo curso de los siglos. Y anunciando algo más del propósito alcanzado mediante el ejercicio de las dotes sobresalientes del poeta, se siente el sople divino en la entraña de la obra; y sobre la ofrenda

final, ese ¡tal vez!... comentario único de la simpatía humana correspondida ahora por la naturaleza:

*Tal vez a la memoria del gran arquero aluda
el mar que ronco reza su rosario de olas,
o el monte que remeda una campana muda.*

Elementos, objetos, imágenes, cuando se comparan a símiles pequeños disminuyen y restan en vez de realzar la obra de arte. En el *Responso* se produce el fenómeno contrario: la eminencia material, vuelta campana se espiritualiza, gana penetrada del sufrimiento colectivo y se presume que en su seno late implícita la oración, eco del rezo del mar en "su rosario de olas".

No es la primera vez que un desastre asocia a la naturaleza con el hombre y el dolor le insufla sensibilidad a la materia y en ella se perpetúa. Perra petrificada y ladrando al mar se volvió la Hécuba de Ovidio, repitiendo a Eurípides, ante la ruina de Ilión y el exterminio de su esposo y de sus hijos. Estatua de sal —¡amargura petrificada!— pasó a ser la mujer de Lot luego de mirar atrás y en lugar de un pueblo alcanzar a ver sólo cenizas.

Antonio Pérez Pierret, como el bíblico anónimo, el trágico griego y el lírico latino, en un terceto alcanzó elevación extraordinaria. Atrae la osadía de las imágenes, admira el nervio vigoroso y se debe considerar la independencia de criterio de aquel poeta joven, si se recuerda que el *Responso* a la memoria de Matienzo fué escrito cuando en América varios poetas de primer orden creían que era un deber rezarle en versos a los difuntos adoptando como patrón el *Responso a Verlaine*, de Rubén Darío.

No escribió Pérez Pierret soneto en que no quedara un rasgo poético personalísimo, ni en el cual deje de sentirse el aletazo de poderosa envergadura. Tenía originalidad, tenía temperamento fino, y tenía la gracia o el don de

los hallazgos sustentados por una especie de emoción de pensamiento, cualidades que rara vez se concilian en un visual y auditivo enamorado de la naturaleza, atento al detalle de los primores:

*La lente de ocre y oros... venía
del fondo de los mares hacia el cenit subiendo.*
(Aurora en el Mar.)

En el cristal del aire bañan sus niveas plumas.
(Las Gaviotas.)

y sin descuidar la pincelada energética, concreta y emocionante:

Revientan las escalas bajo racimos de hombres.
(El Combate.)

Rubén Darío que era católico en grado superlativo con humos de paganismo heleno, le razaba con fervor igual a Dionisos y a Zeus que a Jesucristo, sin mancillar el candor del alma. En la carta escrita a Antonio Pérez Pierret meses antes de morir le llama amigo y compañero en la adoración de Nuestra Señora la Belleza...

La frase no es de retórico: destila inequívoco zumo pagano. Más que la lectura de *Bronces*, esta carta breve, afable y sencilla sugiere caprichosa interrogación:

—¿Qué sentimientos, o qué sentido de religiosidad tendría nuestro buen Pérez Pierret?

Dispersas en páginas distintas fulguran y se apagan chispas que podrían ser indicio de la verdad, cuando no se vuelvan cocuyos fatuos que por sendas o atrechos de extravío lleven a conclusiones temerarias. ¿Creyente?... no. ¿Despreocupado?: nunca. ¿Ateo? Acaso perteneciera al comienzo a los que niegan de día y rezan de noche... Al final se le alcanza a ver extraviado y hundido ante el silencio de *La Estinge*, poesía de primer rango escrita en día de desolación y desamparo.

En la obra de cada cantor, si no es monocorde, pueden captarse y someterse a estudio más de una actitud y diversos estados de alma, lo cual no implica que esa obra carezca de unidad. Alegría y dolor, decaimientos y fortaleza de ánimo, alternan en todo el que no sea un amargado o en contraste padezca aquella jovial locura del optimismo, que es la euforia. Niño desamparado de Dios se sintió en más de una ocasión el cantor de *Bronces*, y sin dejar de ser el mismo exulta en página primordial, henchido de incontenible fuerza:

Me siento colectivo y desbordante.

¿Manifestación de veleidad? ¿Prueba de riqueza?

La sociabilidad era en Antonio Pérez Pierret evidentísima virtud, dúctil y pronta a perceptibles desdoblamientos. Signos de luz entrañan varias de sus composiciones: que en casi todas se notan actitud diversa y diferencias esenciales, de tal modo que cada una de las dedicatorias aparenta ser premisa sustancial, escrita antes que los versos, y los versos trasunto de la índole del amigo a quien fueron dedicados.

Arido de lecturas científicas y profanas y despojado de esperanzas ultraterrenas,

Con el callado paso de los que ya están muertos, aparece en *Estoy Solo*, escrito pensando en Canales, incurable materialista, escéptico que ya entonces había prescindido de Dios y andaba preocupado por los padecimientos físicos de los humildes, despreocupándose en lo posible de las propias necesidades y en descuido total del yo y el no yo; pero con ilusiones de ver algún día reformada y mejorada la condición social del mundo.

El formidable conductor, a pulso de remos, de la nave (de la Isla) en el *Mare Nostrum* antillano, era Luis Muñoz Rivera.

Compendio de cualidades en *La Raza*, más que el autor, era el hispano Antonio Alvarez-Nava.

El Sagitario de *Responso*, horadando con flechas de luz el misterio de la vida y de la muerte, tampoco es el autor: era Rosendo Matienzo.

En paralelas del arte, "uno y múltiple", se esbozan dos figuras juveniles, juntas y en diferentes planos; siendo fraternas, por el modo de expresión

.....*apenas se entendían,
de tierras muy cercanas spiritus distantes.*

Allí, junto a Evaristo Ribera Chevremont, sí se descubre él: erguido, arrogante, poderoso y acorazado de recursos frente a la vida; mientras su entrañable afecto le secretea que el compañero

Es el dulce desmayo de la oración que sube.

Ante el obstáculo de un río se vuelve puente de afecto, y nuevo San Cristóbal:

levanta en hombros, al soñador, el fuerte.

Vadean el caudal de agua; pero en seguida tiembla convencido de la disimilitud y el alarde innecesario y vano:

No alcanza el guantelete las alas del querube.

Así, a veces vaciaba a los otros en sus versos, y en ocasiones ponía de sí, más del pasado que del presente, y una que otra punzada presumiendo lo porvenir.

*

El lector curioso y ávido siente un vacío asaz extraño cuando acaba de leer ese libro desbordante de juventud; el tema amor, el amor a la mujer, fué voluntariamente

radiado de sus páginas. Es un libro de poesías sin amor y sin Dios; y sin embargo es un libro bello, escrito por un hombre bueno.

En *De mi selva interior*, por el ánimo angustiado cruza mujer de ficciones:

*Como una flor de llamas en un bosque perdida;
y cuando en las tinieblas llora la madrugada,*

huye, semejando símbolo, simulacro de la gloria que no se alcanza nunca:

*Tal vez fuera el relámpago de una divina espada,
o un colibrí de fuego...*

De igual forma surgen o asoman otros fantasmas femeninos, siempre de apariencia abstracta, en *De otras vidas*. Una española persiste en el recuerdo con la doliente nostalgia de lo que pudo ser:

Todo esto es mentira ¡y quién sabe si fué!

En *¿Será ella?*, la mujer

Es vaguedad de sombras y es realidad de nada.

Mabel, evanescente y desprendida de la materia, es

Rielar de luna en donde se aduerme la pureza.

En *Viejo tema romántico*, soneto de corte clásico digno de ser incluido entre los perfectos que se destinen a la más depurada antología, se descubren rasgos de amor verdadero a la mujer; pero mirando atrás, alcanzada a ver envuelta en la nostalgia de lo inasible y remoto:

*¿Fantasma o realidad?... ¡Qué me importaba,
si aún cerrando los ojos la veía!*

*A flor de piel mi espíritu vibraba,
y era un placer amargo el que sentía
al vislumbrar su imagen que pasaba,
como una sombra por la mente mía.*

En las cuestiones de amor Antonio Pérez Pierret, si era amador fuera del matrimonio lo sería de esencia tan sutil que se nos escapa. ¿Griego de mente extraviada entre neoplatónicos después de haber sido en tiempos de Pericles tributario del estilo plástico y sereno? ¿Arabe-Andaluz del período de la decadencia? O, como el Cid, ¿todo su amor lo reservó para la esposa?

“Lo que se hace en el gineceo, quede en el gineceo”, responde por él un adagio popular entre atenienses.

*

Señalaba el perspicaz Nemesio R. Canales que los mejores instantes poéticos perceptibles en *Bronces* fueron aquellos en que el autor le dió riendas y escape a la emoción, verdad que se comprueba con sólo recordar diferentes rasgos de varias de sus poesías, sin que sea necesario recurrir a *Vasco Núñez de Balboa* y a *América*. *América*, aunque menos pulido, el más libre y de mayor aliento de sus cantos. En el violinista ciego y de pronto desconocido, expresó intenso calor de simpatía —¿quién será?— se pregunta experimentando

Sensación de algo antiguo que llegaba muy hondo

y al reconocer a su olvidado y viejo maestro en el menesteroso que disimula la condición de limosnero hiriendo las cuerdas del consecuente violín, va a él, llora... y

lo abrazó el más estrecho de los abrazos míos.

Otro ligero escape emotivo, sin duda, ya que lo demás es pintura estricta de rigor parnasiano. El maestro:

*Se detiene buscando con los ojos vacíos,
cual si las huecas órbitas mirasen hacia dentro.*

Más precisa y sostenida es la emoción en *Pájaros*, la sencilla, fina y dolorida *cantata* escrita en instante de tristeza activa, instante captado y cincelado con tan artístico acierto que perdurará mientras en las Antillas Mayores haya lectores de gusto delicado y subsista la afición a la poesía. Ante la tristeza ejemplar columbramos nuestras horas de alegría fugaz, resplandores pronto ahogados en panorama de sucesivos sufrimientos; y sobre el evidente predominio del dolor, exclamamos con él:

*¡No hay hondo quebranto
que no conociera!*

Exclamación natural, lloro natural, natural sacudida de sollozos del que se ha sentido fuerte y se imaginaba rudo.

Los eruditos podrían objetar que el maestro Guillermo Valencia transcribió penas así, disimulándolas en *Melancolía*, el cuadro de Alberto Durero, y sigue siendo considerado el parnasiano por excelencia entre los de hispanoamérica.

Pero, ¿y el canto *América*?

Se rompen moldes y trabas de escuela en esta obra espléndida y numerosa de grandezas, concepción de optimismo sano e ilimitado, de esperanzas universales y voces proféticas que se cumplirán por indefectibles causas: porque la pluralidad de los corazones las sustentan, y porque ya al descubrirla España, y explorarla, y poblarla y abrirla para beneficio del género humano, le insufló su prodigioso espíritu y en su lengua santa le reveló el Evangelio de Jesús. Canto civil por excelencia, en donde nos sentimos todos unidos en la aspiración común; canto rico y preñado de impercederos e insuperables bienes.

¿Qué importa el repliegue de alas en la tercera estrofa, pobre y enumerativa, si fué para cobrar impulso y volar más alto? Sobran dones de belleza en esta vasta y honda

concepción, eterna de futuros buenos, en la cual los egoísmos del individuo y los prejuicios nacionales se funden en la suprema igualdad, y el hombre será *hermano* de sus *hermanos los hombres*.

América, por la voluntad varonil y profética de este nuevo cantor suyo, transformará en Caridad las angustias de los antiguos Continentes, sintetizándolas en la *Unidad Profunda* con alegría de vivir. Así la concibió y explicó él, con voces libres y de repercusiones irrestrictas, suma de voces lanzadas desde las Antillas, Islas de él, que ni terremotos, ni ciclones, ni temporales menguas, consiguen abatir ni amargar.

Y si este canto, de ambición ilimitada y natural, es genuinamente americano, ¿por qué Canales al discutir incluía a Antonio Pérez Pierret entre los afrancesados de la poesía? ¿Lo juzgaba él catecúmeno partinaz, seguidor entusiasmado de Lecomte de Lisle y de Herediá? ¿Exageraba hinchando las opiniones propias a sabiendas de que el amigo a quien tanto quería abordaba con frecuencia motivos de naturaleza americana?

Si ni a otros menos cultos y agudos se ocultan asuntos tan evidentes, es preciso convenir en que el censor iba más allá de los preceptos de escuela, cosas cambiantes y pasajeras. Baudelaire y Verlaine no dejaron de ser franceses por haber dejado de ser parnasianos.

Ahondaba Canales más allá de los propósitos del autor, en las cualidades inequívocamente innatas, y lo veía empeñado en podarlas para abrillantar principios de "orden", "lógica", "claridad", añadiéndoles galanura con ponderación de juicio, como si fuera un buen francés.

No parece demasiado reiterar que la joven personalidad de Antonio Pérez Pierret se anunciaba como un caso excepcionalísimo; pero el amigo lo quería siempre libre, como en *Vasco Núñez de Balboa* y en el canto a *América*, y no

trabajado de preocupaciones. Crecía en su opinión, y aplaudía, cuando la concepción le salía suelta, bronca, indómita y sin posible traba, y no tratando de envolverse en atmósfera serena, *con maneras de civilizado*, según su irónico decir, o sofocando la piedad viril acaso porque “el lloro ni restituye ni remedia”, o porque sabía que no se derramarán suficientes lágrimas para lavar tantas lacerias como lastiman y empequeñecen al hombre.

Es verdad que por aquel tiempo ya Canales había puesto a Bernard Shaw en lugar del Padre Eterno, sin renunciar a un elevado tanto por ciento del amor al prójimo, que heredaba de Jesucristo... Cierto es también que el vasto prójimo del Nazareno se achicaba todavía en él al *próximo*, al puertorriqueño falto de recursos para vivir y alimentar bien a la familia. Pero fué falsa deducción el que disfrazara deseos de ver a Pérez Pierret convertido en el cantor de un arte tendencioso, interesado, como sorda y maliciosamente comentaron los que de lejos miraban de reojo al grupo. Romper moldes para poner grillos no era idea digna de esos dos hombres.

Aquella ponderación del juicio, el *vigilante equilibrio* no siempre implícito en el “orden” que el poeta procuraba a veces adquirir como superior requisito de su arte, era para Nemesio R. Canales condición extraña y adversa al genio de la América española, igual que lo parece de España. Reclamaba un sano olvido de Francia, sin olvidar a los franceses ni lo aprendido de ellos. No se limitaba a discutir escuelas, cuyas ventajas y desventajas suelen ser explicadas y hasta definidas de modos diversos y a cuyos cánones ni siquiera son consecuentes algunos de sus principales fundadores. Tampoco pretendía negar los beneficios derivados de la imitación ni el mejoramiento obtenido con los trasplantes. Era en extremo inteligente y bastante culto para no comprender que la sabiduría es herencia

caudal de imitaciones sucesivas. Pero sabía asimismo que cada pueblo y principalmente los de idioma extranjero, tienen rasgos característicos que se desvirtúan en los escritores que ambicionando *hacer*, como aquellos, superficializan y acaban siendo "de aquellos", lejos de ampliar la visión y profundizarla fijando la personalidad propia en armonía con la índole de su pueblo, y de acuerdo o en pugna con el ambiente y el medio en que le tocó en suerte vivir. Y sabía, además, que romper el *equilibrio*, falta grave en las medianías, es prerrogativa de jerarcas, de los que pueden con esfuerzos, como hubiese podido Pérez Pierret, levantarse hasta rozar la grandeza sin medida de un Segismundo, o la de otra creación cualquiera de los grandes de la raza, de esas que no caben en molde preconcebido y sobre cuyos imponderables y aspérrimos picachos no se atreven a andar con metros, limas, ni fantasías de pulimentos.

No parece que en la censura incluyera el aspecto social, la *sociabilidad* considerada por críticos eminentes virtud primordial de la literatura de Francia; y, además, porque el reproche hubiese rebotado contra él mismo: propagandista oral irremediable. Un Canales sin *sociabilidad*, privado de "la complicidad de la opinión", sería un fenómeno inconcebible.

En la crítica del íntimo amigo y compañero tuvo el poeta estimación y simpatía más firmes que en la intención de muchos que lo halagaban con sus aplausos.

Si la mujer en la poesía de Antonio Pérez Pierret asoma en lejanía y en vislumbres de la memoria, diversificada en apariencias de inconsútiles figuras prontas a desvanecerse, el hombre, distinto y humano, se encuentra en plano inmediato. Se miró y duplicó en él con tanta naturalidad que en algunas de sus estrofas nos sentimos nosotros mismos.

¿En qué causa obscura se originaron los brotes de pesi-

mismo escrito de aquel varón arrogante y bueno, que pertenecía a la escala social más elevada y en el diario convivir y en el frecuente intercambio de las ideas era jovial y directo y claro de razones?

Aquel estar de continuo hurgando en el ánimo de los demás cazando atisbos, ese entretenerse retrotrayendo instantes ahora felices en el recuerdo, y el suspirar, y presumir *lo que pudo ser*, despojan al presente de sus ofertas lisonjeras y erizan de inquietantes signos inquiridores a un porvenir, siempre dudoso. En la costumbre o el ejercicio de mirarse adentro crece la capacidad de sentir y de pensar, crece la conciencia, y crece y se aísla y se ensombrece el alma. De ahí, ¿qué falta para enfrentarse a la Esfinge, fecunda en tanto género de dudas?

¿Por qué a continuación del *Canto América*, sano y desbordante de optimismo, este soneto de *La Esfinge*, árido y angustioso, con la significativa elocuencia de la última palabra?

LA ESFINGE

*Una ansiedad enorme de eternidad me llena,
y, sin embargo, siento cómo se va mi vida,
y escucho hacia El Misterio mi isócrona caída,
tal el constante chorro en el reloj de arena.*

*Es el galop de un vértigo que nada lo refrena,
es un ímpetu ciego en una loca huida;
pero intenta mi mano demorar mi partida,
afincada a la Esfinge de mirada serena...*

*¡La Esfinge en mi desierto jamás ha sonreído!...
¡Siempre la piedra dura! ¡Siempre el callado acento!...
Y, en las arenas frágiles de mi vida, perdido,
la sombra del "oasis de la Muerte" presiento,
y sano y vigoroso, me vislumbro caído
y, cual las hojas secas, a la merced del viento.*

Queda ahí, correcto en su estructura formal, planteando interrogaciones, amargo, insoslayable como la maldición hereditaria en el fondo de la tragedia griega.

Miguel Guerra Mondragón, meticuloso artífice de la palabra, en su erudito prólogo de *Bronces* confirma que el autor cursó estudios superiores en Oviedo, oyó y aprendió lecciones de insignes jurisconsultos y del eminente Leopoldo Alas; que trocó las especulaciones del derecho por acumular tesoro en ganancia rápida y... "jugó al alza en *Wall Street*".

Después... volvió espaldas a tan peligroso entretenimiento y en el cultivo de la poesía encontró ocupación temporal y de su gusto. No fueron pocos los literatos antillanos que lo aplaudieron, admitiendo con júbilo que la poesía ganaría con él vibraciones nuevas. Rubén Darío lo llamó *hermano*. Fué artista. Su visión del arte versificado, sentido y fuerte, se expandía y se hacía humana y profunda, cuando lo atajó la Esfinge y se desvió por otro rumbo para ir a buscar la paz, o a vivir en paz de espíritu. Vario y versátil, más tarde se entregó a faenas materiales, hasta morir siendo arquitecto.

¿Fué así, y no más, Antonio Pérez Pierret?

En la vida cada cual ve a su manera y tiene sus interpretaciones. Así lo vieron pasar.

Astro en orto que no llegó al cenit, se levanta y resplandece en mi recuerdo; y con la fidelidad del amigo y contertulio sobreviviente, digo mi testimonio: digno tan sólo por el deseo que entraña de contribuir a mantener vivo su nombre.

(1) Del grupo de intelectuales que formaron *La Peña de la Mallorquina*, antes de ingresar De Diago Padró, Rafael Ferrer y Luis Llorens Torres sobresalían como los más instruidos en el conocimiento de la antigua literatura griega, aunque el último, en su prurito de "ajibararse", lo disimulaba. Ferrer lo hizo ostensible en su juicio relativo a Gustavo Fort. Su ofrenda en la muerte de Luis Muñoz Rivera prevalece ahora —igual que el trabajo de López Tord y el de Mariano Abril— como lo de más relieve que publicaron entonces con tan doliente motivo. Pero el juicio en memoria de Federico Degetau, menos impresionado por dolor directo e inmediato, es la página sobresaliente que he leído del autor y sería justo hacerla figurar en la primera antología de los buenos prosistas de estas islas.

III

EL CRIMINALISTA

CANALES EN SANTOS FILIPI

—No deje de venir a la hora convenida. Le tengo aquí una sorpresa —apremió por teléfono Luis Llorens Torres.

Renovaba la invitación para ir a almorzar en el Restaurante *Santos Filipi*, preferido entonces de los *gourmets* por su sabrosa sopa de tortuga y otros manjares.

Entre los habitantes costeros del Sur de Santo Domingo, peritos en cosas de pesca, el manjar de tortuga no es apetecible y a la sola perspectiva de ingerir su substancia en caldo se estremecen de calofrío. El Carey sí es apetecido. Pero ni había entrado yo aún en la intimidad de Llorens, para sustituir el plato que había ordenado, ni menos para declinar la invitación que hizo correspondiendo principalmente a la recomendación de don Federico Henríquez y Carvajal, ni estaba seguro de que él y el *Santos Filipi* distinguieran entre la finísima carne de Carey y la ordinaria de tortuga.

El gran poeta tenía los ojos luminosos de júbilo: había llegado Canales y quedaban asociados.

Acodado en aquel sofá cómodo y sospechoso del muje-

riego imaginativo, tan calumniado, el hombrecito aquel, discutidor, cabezón y calvo, fumaba mientras leía torturando un cigarrillo entre dedos de uñas hembras y amarillentas de nicotina. Leía un expediente y meditaba contrapesando razones o fallas, especulando sobre embrollado proceso. La alegría de Llorens era semejante a la del joven que acaba de recibir a un hermano que regresa de ultramar después de ganar título universitario.

En mí el recién llegado despertaba curiosidad, resto del asombro que me produjo al verlo por primera vez y oírle derramar tantas ideas, citas saturadas de erudición y observaciones originales, discutiendo con Antonio Pérez Pierret y otros compañeros con motivo de la obra de Rubén Darío y la persona de Darío; pero su manera de expresar argumentos y de ensanchar los vacíos y deficiencias que señalaba, con acierto o sin justicia, no suscitaba simpatía. Su lenguaje, su estilo, aquel día exornaba la crítica de algo punzante, corrosivo o epigramático, que lastimaba la reverente unidad establecida por los lectores entre el autor y la obra bella y de sentimientos elevados.

Se incorporó y vino respondiendo al saludo; y las pupilas, pequeñas ascuas ennegrecidas por la lectura del expediente, o por no sé qué experiencias o presunciones feas de la vida ordinaria, durante un punto de segundo sondaron y escudriñaron cómo era y cómo había sido el extranjero que tenía delante. De sus ojos fugaron sombras y se transparentó en ellos el insospechable candor de un sentimental herido, pero insondablemente bueno. Desnudo ante su conciencia de criminalista, no recuerdo lo que dije en aquel instante contestando preguntas quizás vanas, de simple cortesía. Una especie de conformidad con lo circunstancial, confianza hasta entonces no experimentada en Puerto Rico, iba creciendo y borrando lo que restaba de huraño y precautorio en mi condición de exótico.

El *Santos Filipi*, más que lujoso restaurante de primera clase, parecía destinado a personas de cansado o austero gusto. Salón carente de adornos: pocas mesas, pocos servidores, pocos y serios comensales, casi todos de edad madura, que se entendían sin alterar la voz. Ausencia total de sopa de tortuga... En aquel salón de puritanos o janseñistas se sentía el deseo de ver en un ángulo, o colocado en cualquier parte, siquiera el carapacho de un quelonio; o asomar huyendo, brotando de la pared, la cabeza de un ciervo natural, de *terracotta*, o tan siquiera de estuco.

Canales llegaba hablando en voz alta, más respondiendo a reflexiones propias que a una observación de Luis Llorens. Las miradas alrededor de las mesas se desviaron de los platos y se fijaron en los intrusos. Suavizándose a la vista del poeta, perdonaron en seguida, saludaron con gesto mudo y volvieron a sus platos, mientras Canales continuaba su peroración: —Que los argumentos expuestos en el expediente que acababa de estudiar, por lo general eran persuasivos y serían de éxito seguro... cuando el fallo dependiera de jueces inteligentes y dispuestos a tomarse el trabajo de leer y meditar sobre el complicado asunto; pero inocuos si el alegato iba a tropezar con mulleras impermeables, o a caer en la indiferencia de quienes de costumbre le dejan a otro la molestia de trabajar. El caso de un juez Sepúlveda, inteligente, laborioso y justiciero y de alguno que otro de por acá, constituyen excepciones que manda Dios para que se mantenga el respeto a que obliga tan sagrada institución y el acatamiento que se debe a las sentencias de sus honorabilísimos representantes. Bien sabe usted —agregó mirándome— que después del examen de un proceso en éste o en aquel caso es indispensable averiguar por qué autor o tratadista se guía el juez que va a decidir. Los otros no cuentan.

—Permítame decirle —aclaré— que soy profano en

cuestiones jurídicas y mi conocimiento del derecho se circunscribe estrictamente a lo consular y que, además, nunca he ido a un tribunal ni siquiera en calidad de testigo.

—¡Qué hombre feliz! No es abogado... Su virginidad de conciencia en la materia me obliga a empezar a tratarlo con simpatía. Pues... principie por saber que en cada Corte un juez es el que trabaja. Los demás le echan la carga y se dedican a ser honorables. Aquí trabajaba antes don Conrado,^(*) que es competente; pero ya cansado, se habrá dejado de eso. Indagar qué autor es el favorito del juez único, o si ya tiene entumecida o anquilosada la conciencia, o si ha renunciado a estudiar porque se estima muy superior a todos los tratadistas, es uno de los asuntos de fondo muy de tener en cuenta en nuestro oficio.

—Permítame decir nuevamente —me atreví a aclarar— que yo suponía por encima de todo la honradez, la rectitud.

—Ligereza e irreverencia sería pensar a esta hora en la honradez. A esa señora, dejarla quieta. La rectitud, la ecuanimidad y la *altísima equidad* —subrayó penetrándome con las pupilas— consideradas en abstracto están implícitas en todo juez desde el día de su nombramiento, como la valentía del recluta cuando lo enganchan en el ejército. Si el juez falla en favor de mi ilustre amigo don Eduardo Georgetti y de don Manuel González y de las corporaciones azucareras en litigando éstos contra inferiores, no es porque sean millonarios... Eso carece de importancia.

Escurió la copa que tenía delante y las heces del contenido le atizaron la irónica facundia endilgándola contra el fiscal genérico, al que trazó con corrosiva agua-fuerte:

—¡Qué gente! Si a los jueces deberían renovarlos cada seis años, para que se humanicen, al fiscal podrían permi-

(*) Don Conrado Hernández. Era en 1915 Presidente de la Corte Suprema de Puerto Rico.

tirle llegar a cuatro, no más, para ver si así la brutalidad no lo vuelve empedernido de entrañas. Lo extravagante es que cuando por casualidad en lugar del bruto habitual aparece uno ingenioso entre su fauna, como mi señor Libertad Torres Grau, resulta peor: porque entonces recuerda que Puerto Rico se encuentra superpoblado y que el deber del buen fiscal consiste en restarle habitantes mandándolos al patíbulo. Así, al culto, inteligente y estudioso Libertad, finísimo y bondadoso en el trato particular, todas las cualidades menos la última se le agudizan en estrados y lo convierten en un artista del crimen. Con menos dificultad perdona y suelta un tigre su presa que un fiscal inteligente a un acusado. Parece que ellos, como el abuelo Torquemada, se proponen limpiar y salvar el alma de la sociedad destruyendo cuerpos.

La tranquilidad del sitio y el efecto de los manjares le calmaron algo la tirria contra fiscales y jueces, y los nombres que habían sonado en la agria peroración quedaron en mí despertando el recuerdo de la lectura de un ruidoso proceso que se ventiló en Ponce hacía varios años y cuya reseña, hasta en nimios detalles, publicaron *El Cubano Libre*, de Santiago de Cuba, y no recuerdo qué periódicos de La Habana. El presunto hechor se alejó de aquí y apareció en aquella isla en compañía de una mujer arrogante, tentadora y guapa. Lo descubrieron, lo reclamaron, las autoridades de allá concedieron la extradición, y el barco en que lo conducían hizo escala en la capital de la República Dominicana, en donde el principal periódico del país dió noticias del escándalo. Fué un suceso verdaderamente antillano.

Con los detalles que le agregaron engalanándolo en Cuba, el caso resultó repulsivo y a la vez de lectura atractiva. Describieron a un homicida fosco y feroz; del muerto detallaron costumbres y cualidades excelentes y ponde-

raron las virtudes de su familia, de elevado rango. Al defensor lo describieron amarillo de bilis, enjuto y largo, enredador y odioso, hombre de vinagre y Lucifer, sorprendente de coartadas y de recursos, enemigo de la sociedad y empeñado en conservar la vida de un reo que era brutal y bruto.

El abogado así descrito y redivivo ahora en el recuerdo, era de Ponce, el suceso ocurrió y se ventiló en Ponce, y Canales venía de Ponce... ¿Qué parentesco habría entre aquel criminalista maligno y largo y éste fornido y corto? Con prudencia me atreví a hacer mención de aquello, preguntando además si existía nexo lejano entre éste y aquel de igual apellido.

Sonreía Luis Llorens Torres, quien había mirado de rato en rato el reloj y se despidió al fin para ir al tribunal a solicitar el aplazamiento de una causa.

—Pues, mi señor Cónsul, disfruta usted en este momento de la diabólica compañía del mismísimo Canales... al que los gacetilleros le alargaron el cuerpo al pasar su nombre de ésta a las otras islas. Lo que no comprendo es por qué ese caso intrigó tanto y no otro, de más interés y de menos ruido, que representé en la misma corte y completó la repugnancia que me inspira la carrera de abogado, que es la peor, y sobre todo el papel de criminalista.

El interés algo enfermizo por relatos de crímenes y folletines de asuntos de policía, que entre lectores de novelas durante lustros puso de moda *Crimen y Castigo* de Dostoiowski, se me despertó de pronto y explotó en el simple:

—¿Y cómo fué eso?

—Remover y contar fracasos propios no es precisamente afición que me acomoda. Esa manera de “hacer el interesante” ya ni a los cínicos creo que les gusta. Pero no he de negarle a usted lo primero que me pide.

Principio por decirle que yo no soy ningún criminalista.

Esa etiqueta es de las que inventan: falsa y desagradable como apodo de arrabal. Pero en la indecente carrera que mi señor padre tuvo la ocurrencia de obligarme a seguir, no se escoge el asunto: sería deliciosa profesión, si se escogiera, sino que a veces los asuntos buscan y se le imponen a uno. Y otra aclaración de esta persona: entre los seres más repulsivos y odiosos, a mi juicio, debe incluirse al asesino de mujeres y al que asesina por la mujer, al que mata "por amor", clásico en nuestra raza española.

—¿Y en la inglesa? y...

—No. El tipo no es inglés: fíjese en que Shakespeare escogió a Otelo en otra raza. El inglés, civilizado, frío, práctico y calculador, estrangula o degüella por ventajas de la posición social: del dinero o de la política. Macbeth sí era inglés. En cuanto al francés... ése es más práctico y juicioso todavía. Matar al amante de la mujer o a la mujer por apariencia falaz, o porque el marido se ha hecho cargante a la compañera y la pobre experimenta necesidad frecuente de engañarlo y positivamente acaba entreteniéndose con otro, parece cosa de españoles y de italianos, aunque sucedan casos en cualquier rincón del mundo. El ejemplo no prueba nada. Pero de dondequiera que sea el celoso que mata a la mujer, al amante y hasta al recién nacido si lo ve cerca, me repugna. Sin darle vueltas, es el mismo que visitó casas de regocijo y engañó a su mujer siempre que pudo. Pues mire y oiga al hombrecito que tiene delante y júzguelo después de oír lo que le va a contar.

En Ponce, que es ciudad por el perímetro y el número de casas, no sé por qué demonios dió la gente en decir que soy un criminalista. *Un gran criminalista*: que en nuestras islas pobladas de Tartarines todo tiene que ser grande. Yo he decidido no seguir siendo criminalista de ninguna medida.

Nuestra *gran ciudad* del Sur fué sacudida por un acontecimiento que la sacó de la habitual modorra. Al principio el caso era sencillo y claro y lo fueron enredando hasta aventarlo y darle varias fisonomías. Los ponceños, faltos de entretención, acabaron apasionándose. Un joven de su alta clase social, una vez más se excedió en el gasto del dinero propio y dispuso del ajeno; y como el progenitor, a quien apeló, se negara a facilitar la devolución de la suma defraudada (trescientos cincuenta dólares) el botarate, en lugar de devolverla, le mandó una carta al exdueño despidiéndose y apuntando la presunción de que el padre "arreglaría el pico". "Me voy", remataba la carta.

Aquel día, un nueve de marzo —le suplico que tome la fecha en cuenta—, almorzó en la casa paterna; recibió regaños en lugar de la suma necesaria, y se alejó desapareciendo por el lado del puerto. Horas después salió un vapor hacia Cuba, con escala en Santo Domingo.

En seguida se sacó a lucir que cuando menos en otra ocasión ya el mozo se había excedido y dispuesto de cien pesos ajenos y que por vía de escape aquella vez escogió la puerta del suicidio; pero tuvo la pretensión de que al viaje al otro mundo lo acompañara su amante, joven, dádovosa de su cuerpo y de su dinero y todavía dispuesta a seguir gozando de la vida. Lo sacó de apuro dándole noventa pesos que tenía ahorrados, y empeñando una joya de lucimiento le completó esa vez la suma total. No quedó ella muy satisfecha de un amante que valoraba sus vidas sólo en cien dólares, y dos o tres días después le propuso darle fin a las relaciones. Casualmente otro gallo cantó en el patio. Uno con quien ya ella había convivido. El defraudador la quiso matar y matarse.

El desfalco de los trescientos cincuenta dólares y su autor perdían interés cuando en abril aparecieron en el campo desperdicios, restos de un cuerpo humano mal co-

mido de perros, o de cerdos, y partes del traje que vestía Fernando Collazo, el amante y malgastador. El padre regañón se sintió acometido de remordimientos y trabajado de nervios, "a punto de locura". Un abogado amigo, de buena fe o por compasión, le hizo pensar que su hijo había sido víctima de un asesinato.

El Fiscal del distrito estuvo vacilante entre negación y duda, primero, y en lo sucesivo fué acomodándose a criterios distintos y extremos ante la maraña que armaban el consejero de los afligidos padres, las crónicas de los periódicos y las mortificantes habladurías de vecindario; y no sabía cómo encarar el suceso cuando sintió alivio con el encuentro del revólver del desaparecido. Su autoridad se afirmó entonces en la certidumbre de uno de tantos suicidios, actitud que agraviaba la condición del padre del muerto, que el nueve de marzo se negó a salvar del mal trance al hijo mediante trescientos cincuenta pesos oportunos. El suicidio lo hacía culpable ante la esposa y los familiares, lo empequeñecía por tacaño ante su clase social, y lo sometía a torturas de la propia conciencia. Por fortuna el Fiscal cambió otra vez de criterio, porque el diablo hizo de las suyas poniendo cerca del sitio en donde se hallaron los restos, el cráneo de un difunto, agujereado atrás.

Desde las columnas del primer periódico local, un buen periodista relacionado con la familia del muerto encontró adjetivos adecuados hasta transformar a aquel *¡Olé, y que viva la Virgen!*, en ejemplar magnífico de virtudes. Se exaltó Ponce; y el Fiscal afirmó el peso de su autoridad en esta tercera o cuarta actitud:

—Fernando Collazo *fué asesinado*. ¿Quién lo mató? ¿Algún compañero complicado en el fraude?

La necesidad de un culpable, creado o positivo, era patente. En la tapa de un reloj de Collazo, puesto o encon-

trado cerca de los restos, estaba intacta la bellísima efigie de una mujer disputada y disfrutada al mismo tiempo por Fernando Collazo y Alberto Román, un buen artesano; pero sin categoría social, ex miembro del cuerpo de policía y en aquellos días bajo proceso por jugador de barajas y andar con arma prohibida, consistente en una bola de hierro al extremo de fusta flexible, forrada en piel.

Solicitaron a Román, quien dos meses después del suceso había embarcado para Santiago de Cuba con la amante, huyendo de la legítima esposa y del castigo por las faltas citadas, y bajo supuesto nombre. Aventaron sospechas. Apareció, o se brindó, o se creó un declarante que la noche del nueve de marzo había aguaitado a Román y a dos hombres más matando a Collazo. Él los vió, los distinguió y observó desde una zanja a los compañeros de crimen tomar un coche y alejarse del lugar... Acusaron a Román que entonces vivía públicamente en Santiago de Cuba y solicitaron la extradición.

Por súplicas de su anciano padre y después de examinar al hijo, uno de tantos artesanos sin educación, áspero, de oficio duro, me hice cargo de la defensa. Lo declararon jugador y mal reputado; pero el primer testigo de cargo, jugador de oficio y socio de un falsificador de monedas, fué tenido como hombre honesto y veraz, mediante testigos. Sometí a éste a interrogatorio y él repetía que vió y distinguió bien a Román aquella noche, pegándole "al muchacho", aunque la oscuridad no le permitía ver los caballos del coche, ni si los compañeros del matador montaron y se alejaron en ese vehículo, o qué se hicieron... El puño y la fusta de Román eran más visibles y de mayor bulto que dos hombres y un par de caballos.

El segundo testigo de peso, un cubano reportero de periódico, vino de su país y con mi sorpresa y oposición juró ante el juez que Román, interrogado por él en el vivac

de Santiago de Cuba, le confesó su crimen en una *interview*. Pero desde que publicaron allá esa nueva las autoridades de dicho vivac hicieron saber que allí no permitían que se le hiciera interrogatorio no oficial a un prevenido, sin asistencia, sin presenciar la entrevista, y que la declaración del perjuo en lo substancial era amañada y falsa; que el acusado no confesó allá ser autor de ningún crimen, que tres empleados estaban presentes durante la conversación del prevenido con el periodista y dos de ellos se ofrecían para venir a declarar en la causa.

El Fiscal se opuso y la Corte desestimó la moción que presenté al respecto, juzgándola innecesaria. La del perjuo era la necesaria. Algo más. Se comprobó que el *rompe-cabeza* o macana, con que según la acusación Román matara a Collazo, se le había quitado en el cuartel de policía el día que lo procesaron por andar con esa arma prohibida, y que la guardaban ya en el tribunal el nueve de marzo cuando, precisamente, según el primer declarante, a Fernando Collazo lo mataron en la noche de ese día. Aclaré. La aclaración fué protestada por el Fiscal y la Corte no la tuvo en cuenta. Que Román asistía aquella noche, y a la hora conjeturada por el declarante, a una velada de caridad en el teatro municipal... Tampoco se tuvo en cuenta.

Médicos residentes en Puerto Rico: norteamericanos, alemanes, y algunos nativos, jurando "decir la verdad y nada más que la verdad", testificaron concordes en que el cráneo que se exhibía recibió golpe contundente de macana, capaz de ocasionar la muerte.

Médicos de reputación: criollos, venezolanos, españoles, declararon que el cráneo no presentaba golpe de contusión, sino orificio de bala y en la base y fosas nasales mordidas de perro o cerdo; y que era absurdo confundir el agujero producido por una bala de revólver con un golpe contun-

dente. Pero el otro testimonio, calificado de absurdo, fué el preferido.

La autoridad judicial necesitaba un malhechor, y lo tenía.

En Ponce... buenos ponceños se acostaban con el Nuevo Testamento y amanecían con el antiguo, reclamando *el ojo por ojo y diente por diente* contra "el asesino".

Convencido de la no culpabilidad del acusado, estudié tanto el caso hasta en los íntimos pormenores y con tanta pasión procuré mover resortes del espíritu, que conseguí cambiar el ambiente hostil: la prensa diaria se dividió y una oleada humana protestaba proclamando en el parque central la no culpabilidad del acusado. Pero las instituciones protectoras y guardianas de las buenas costumbres, se obstinaban en que su autoridad no quedara en entredicho. Un culpable era necesario y mejor que no perteneciera a la alta clase social.

El sexto día de ventilar la causa y a la hora decisiva, en el salón repleto de curiosos y caldeado de anhelantes respiraciones, en definitiva vi a qué andrajos, a qué bajo nivel humano, puede reducirse el sentido de la justicia. Al escapar de ahí materialmente fuí a echarme en la cama, a esconder la vergüenza de ser partícipe de la farsa, el asco de ser abogado, y sufría igual angustia y tanta necesidad de consuelo como el padre del condenado a muerte, quien tenía toda su fe puesta en mi capacidad para salvar a su hijo de la horca y a él de la afrenta.

.....

Entienda ahora por qué he renunciado a ser criminalista y considero una desgracia ser abogado.

El timbre de la voz se le embronquecía a Canales al resucitar la emoción antigua, mientras con hipocresía viril apartaba el humo del cigarro, causante de la nube que le

empañaba los ojos a punto de cuajar lágrimas. Mirándolo y oyéndole inevitablemente se prescindía del tamaño de su cuerpo y el interés total quedaba fijo en la frente ancha y combada, en los ojos escrutadores, en sus palabras cálidas y elocuentes, escapes de aquella su vasta y elocuente simpatía.

Los hombres yerran, y él, transcurridos varios años desde aquel suceso, acaso persistiera aún en el error; pero su ferviente sinceridad era indudable.

Vano sería pretender reproducir con pormenores de exactitud una conversación después de treinta y ocho años. Detalles y reflexiones sin duda se desvanecieron. Lo que vale hoy no son conceptos expresivos de ocurrencias caducas ya de interés, sino la sensibilidad, finura y grandeza de alma de aquel hombre luminoso y bueno, cuyas manifestaciones muchas veces paradójicas y estridentes solían impresionar con desagrado a quien le oyera por primera vez, o leyera algunos de sus escritos sin conocerlo.

EL PROCESO DE LA FLACA

El proceso de La Flaca causó sensación en la isla de Puerto Rico, suscitó discusiones apasionadas entre *conservadores* y *liberales* en el Oriente de Cuba y fué ampliamente comentado en los periódicos de los países vecinos.

El que un suicida o asesinado perteneciera a familia principal y que un hombre sospechoso de haberle dado la muerte se fuera a Cuba y desde allá lo devolvieran, y que el barco en que lo trajeron hiciera escala en Santo Domingo, no era bastante para que el suceso alcanzara repercusión tan vasta. Todavía —treinta y cuatro años después— el periodista J. Córdova Chirino en sus comentarios publicados en *El Imparcial*, categóricamente afirma:

Este caso es el más interesante y el más sensacional de cuantos han llegado a los anales de la criminalología puertorriqueña.

.....

Repetimos: el más famoso de nuestros anales criminales.⁽¹⁾

¿En qué estribó, o a qué, o a quién se debería ese interés sensacional?

Que un joven “de buena familia” se exceda en sus gastos y para darse gusto y complacer caprichos de amante disponga del dinero ajeno, y crea evitar el particular sonrojo y que la afrenta caiga sobre los de su casa ocurriendo al suicidio, no es un motivo de asombro; ni es inaudito que un rival en enredos de amor le perfore a otro el cráneo con balazo de revólver o se lo reviente a golpe de macana; ni se explica la sensación porque la hembra disputada fuera generosa de su persona, garrida de porte y de singular belleza; ni tampoco parece que el claro y firme sentido de la justicia, del señor Fiscal, produjera la expectación interantillana.



El joven Fernando Collazo desaparece y lo olvidan en pocos días. La bellísima Rosario Aneiro se aleja del país, y nadie la echa de menos. Vacila el señor Fiscal cuando aparecen despojos de un cuerpo humano, con restos de un vestido de Collazo, sin saber a qué atenerse. Duda al principio y luego se va acomodando a sucesivas actitudes. La duda es ya una primera actitud.

—¿Collazo se murió, o lo mataron? —se pregunta.

“Yo desde el primer momento y por antecedentes que conocía... me incliné a creer que se trataba de un suicidio.”⁽²⁾

Segunda actitud, o tránsito a una segunda actitud:

“Pero al no encontrarse ninguna clase de arma junto a los restos... enfáticamente sostuve que se trataba de un crimen.” (Tercera actitud.) “Ahora bien... el señor Collazo (padre) quien inspira respeto y conmiseración, se ha echado de consejeros a dos calamidades: el abogado Casalduc y el también abogado doctor Vidal Ríos; y éstos con sus propagandas y habladurías y artículos de periódicos han levantado la opinión pública. Yo creo que el padre de Collazo tiene su razón desequilibrada, pero el señor Vidal, que a mi juicio no está tampoco bien de sus facultades, va a concluir por rematar a aquel padre.”⁽³⁾

No sería temerario inferir que en su bondad de corazón el señor Fiscal se apiadó, y, además, temió y deseaba acallar “las propagandas y habladurías”, aunque consideraba a aquellos individuos a punto de volverse locos; pero no encontraba asidero para satisfacer en lo posible al padre del muerto y la terrible opinión pública. Por desdicha aparece el revólver que perteneció a Fernando Collazo, con una cápsula vacía y cuatro cargadas, en lugar próximo al sitio en donde descubrieron los restos mortales... “Al aparecer esa arma con que se suicidó Collazo, ya no tenemos duda de ninguna clase de que se trata de un suicidio”, le escribe el señor Fiscal al Procurador General.⁽⁴⁾

Pero el diablo hace de las suyas una semana más tarde, colocando el cráneo de un muerto cerca del referido lugar, y el Acusador Público se afirma en una *quinta actitud*, última y definitiva.

Por muy grandes que sean el respeto debido a los representantes de la justicia, el reconocimiento de su capacidad jurídica, y la obediencia y acatamiento que se merezcan sus fallos, es permisible deducir que en la firmeza y la pericia del señor Fiscal no se originó tampoco la sensación interantillana de aquel infeliz acontecimiento.

Desde que encuentran el cráneo se vuelve a pensar en un asesinato. Se coge o se escoge al matador, y todavía la expectación queda circunscrita a Ponce. Pero la pasión contagia y el interés rebosa, se extiende sobre la isla, se expande más y pasa a las dos Antillas Mayores, cuando Canales se encarga de la defensa y empieza sus actuaciones. A ese momento alude el periodista J. Córdova Chirino al afirmar:

Nemesio R. Canales actuó de abogado defensor y es justo reconocer que el brillante intelectual puertorriqueño hizo una formidable defensa.

La batería de fiscales, reforzada con el Licenciado Torres Grau...⁽⁵⁾

Si el señor Fiscal y varios doctores examinan el cráneo del difunto y se ponen de acuerdo en que recibió golpe contundente de macana en la región del occipucio, que ocasionó la muerte, el criminalista echa de menos la clásica discrepancia entre los de la profesión médica. Medita y observa, le da vueltas a la calavera y en tanto sólo ve un cráneo agujereado, sin saber de qué vivo sería ese cráneo, ni si el agujero y no la contusión se produjo en vida, ni con qué arma. Trabaja, gestiona y consigue que otros médicos de prestigio sean invitados también a dar testimonio de favorable convencimiento.

Comparecen otros doctores, nativos unos y extranjeros otros, y se produce la habitual discrepancia entre esa alta clase de profesionales: ahora, opuestos a los que opinan que el golpe fué contundente, todos éstos están concordes en que el cráneo fué herido de bala de revólver, señalan el orificio de salida del proyectil, disparado de delante hacia atrás y descartan como absurda la teoría del macanazo dado de atrás hacia adelante.

El doctor Ulpiano Córdova da en estrados una declaración tan precisa y clara como lección de un técnico en asunto de balística, y, más que convencer, revoluciona la opinión pública.

El doctor Salicrup diserta en relación a heridas de bala, cita textos y autores famosos apoyando sus conclusiones y acaba desafiando a que vayan a sostener en su presencia que aquel golpe era contundente y no agujero de bala.

El venezolano doctor Francisco Izquierdo, reinterrogado por el Acusador Público que supone que acaso el médico éste no conocía bien la macana en cuestión y la forma que las heridas que produce tienen a veces, responde, y precisa sus palabras como si diera lección explicando ese adminículo; y no sólo describe cómo es, sino cómo manejan el *rompe-cabeza* y en qué lo empleaban en la Argentina (quizás aludiendo a los tiempos de don Juan Manuel Rozas) y a qué fin lo destinan en otros pueblos de la América del Sur... ¡Miren que venir a poner en duda que uno de Venezuela conozca lo que es macana!

La defensa le suplica a tan competente facultativo decir si la primera vez que examinó los restos mortales vió unos botones presentados ahora por la acusación. Hasta en cuestiones fúnebres y trágicas hay puntos que aligeran y apartan de la mente lo espantoso. De pronto no se ve clara la finalidad que persigue el abogado con la pregunta.

Bueno... Al doctor Izquierdo le "extraña encontrar aquí

un botón que él no vió el día que se le presentó la caja en la fiscalía"... Ese botón tan nuevo, tan brillante... no recuerda haber visto ese botón"... Ese botón de... una lim-pieza tan brillante, no le recuerda los botones viejos y llenos de óxido, que son de cobre y que se encuentran en las ropas del cementerio"...⁽⁶⁾

"El señor Fiscal interrumpe al declarante y se opone a todas esas manifestaciones juzgándolas impertinentes." Le pregunta al médico si no cree haberse equivocado al distinguir y apreciar la herida, el golpe.

El doctor Izquierdo es de firmeza absoluta en su opinión científica, en cuanto a que la herida fué producida por bala; y su criterio está robustecido por enseñanzas del maestro Lombroso y con obras de profesores eminentes de otras nacionalidades, y hasta con simples ilustraciones de enseñanza práctica. Sobre lo dicho, su opinión es indudable en cuanto a la perforación y trayectoria del proyectil, de la bala. Pero dijo que él podría estar equivocado en qué especie de animal pudo roer los huesos blandos de la base del cráneo y de los cartilagos y huesos de la nariz: no sabe si fueron roídos por perros o por cerdos...

Se pierde ahora la intención incisiva del doctor Izquierdo al no precisar si perros o cerdos mordieron el cráneo; pero entonces resultaban de gran efecto porque tendían a refutar la conjetura de que un asesino se ensañó causando con instrumento cortante esas erosiones.

Las opiniones de los doctores Izquierdo, Salicrup y Córdova, conmueven a los oyentes y trascienden a las muchedumbres. Y el criminalista, no satisfecho todavía, sigue moviendo resortes. *El Aguila de Ponce*, periódico dirigido por el inteligentísimo Carrión Maduro, se hace eco de la excitación pública y contribuye a exacerbar los ánimos.

"En Ponce —le escribe el Fiscal al Procurador General— se ha levantado una cuestión política en este caso

y muchos médicos estaban dispuestos a testificar que la herida de Collazo pudo ser producida por él mismo.”⁽⁷⁾

Entonces pide que vayan peritos de San Juan “para contrarrestar la fuerza pericial de los médicos de Ponce”⁽⁸⁾ y consigue que se traslade y declare en la audiencia de aquella ciudad el doctor Lippit, de los Estados Unidos de América, y que mediante su autoridad oficial se restablezca la teoría de la macana. Lippit era jefe del Departamento de Sanidad en Puerto Rico.

.....

Para estudiar a Nemesio R. Canales en su calidad de criminalista y comprobar hasta qué extremos pudo errar, o estar en lo cierto, en su apreciación del caso que lo hizo célebre y a la vez repugnar ese aspecto de la abogacía, después de releer el trabajo publicado por el periodista J. Córdova Chirino en *El Imparcial*, fué indispensable acudir al Archivo de la Corte Suprema de Puerto Rico, en donde conservan el larguísimo expediente de La Flaca.

Las declaraciones, con los interrogatorios y contrainterrogatorios, las contradicciones, ampliaciones y rectificaciones de numerosos testigos; mociones del defensor y oposiciones del fiscal; “instrucciones solicitadas por la defensa y negadas por la Corte”; visitas de inspección ocular al campo de la ocurrencia; pruebas y contrapruebas; exámenes periciales y discrepancias de doctores competentes y firmes en sus razones científicas e indubitables; coartadas impresionantes y el fallo de severos jueces... hablan aún en la escritura inerte. Por desdicha la defensa oral del abogado, durante el curso del juicio, no se encuentra en esos papeles.

El fuego pasional se ha extinguido. Reo, jurado, jueces, facultativos de nombradía, jurisconsultos de argumentos luminosos, los rangos y los hombres, fueron barridos por la vorágine del tiempo. ¡Y no más han transcurrido cua-

renta y dos años! Se oscurecen las miradas que escrutan el expediente, turbadas de entrañable espanto, y sólo por fidelidad y afán de rescatar un nombre se llega hasta el fin de tantas memorias trasegadas ya en la muerte.

Seis días —de un tres a un ocho de octubre, inclusive— duraron las vistas que pusieron al jurado de acuerdo con el acusador:

“Alberto Román es culpable de asesinato en primer grado.”

“Con malicia premeditada, deliberada y demostrando tener un corazón pervertido y maligno, dió muerte ilegal al joven Fernando Collazo.”⁽⁹⁾

“El convicto, por medio de su abogado Nemesio R. Canales, presentó moción escrita solicitando nuevo juicio.”⁽¹⁰⁾

El Fiscal se opone, y la Corte declara de plano sin lugar dicha moción, y finalmente, aceptando el veredicto del jurado, dicta sentencia:

“Resuelve condenar y condena a dicho Alberto Román a sufrir la pena de muerte, que se ejecutará dentro de los muros del Presidio de San Juan (de Puerto Rico)... de acuerdo con la ley, colgando a dicho Alberto Román por el cuello hasta que haya expirado.”⁽¹¹⁾

La parte agraviada, “no conforme con la sentencia, apela de la misma para ante la Corte Suprema” de Puerto Rico, sosteniendo que “el veredicto del jurado debe ser declarado nulo”:

a) —porque la Corte cometió error al declarar sin lugar la moción de suspensión para que los señores Antonio Palomo y Alfredo García, empleados del Penal de Santiago de Cuba, vinieran a declarar sobre la falsedad de la admi-

sión de confesión que el testigo cubano Porfirio Carcasés pone en boca del acusado;

b) —porque el veredicto es contrario a derecho y a las pruebas:

Primero: —“porque de las pruebas de la acusación no resulta comprobado de manera alguna que se haya cometido homicidio en ninguna de las circunstancias que se enumeran” en...

Segundo: —“porque la preponderancia de la prueba estaba a favor del acusado.”⁽¹²⁾

.....

A continuación aparece en la causa otro eminente jurisconsulto, nuevo encargado de la defensa: Herminio Díaz Navarro; y utilizando la moción de Canales, desestimada por la Corte de Distrito de Ponce, reafirma que:

“La falsa confesión del acusado al testigo cubano Porfirio Carcasés...” “no ha podido menos de influir de manera poderosa” en el jurado; y mantiene la apelación “para que se reconsidere el fallo”.⁽¹³⁾

.....

Meses después la Corte Suprema desestima la moción. Díaz Navarro, en representación de su defendido, apela entonces para ante la Corte de los Estados Unidos de América.

Le niegan la apelación con un:

“NO PROCEDE”, grande y terrible. Y como remate final, agregan:

“Y tampoco la suspensión de la ejecución de la sentencia.” (15 de junio, 1912.)

Nota: El reo fué ejecutado el 12 de julio de 1912, a las 12 horas y 31 minutos. Ya a mediados de junio millares de personas se habían reunido en la Plaza Central de Ponce pidiendo que el Gobernador de Puerto Rico conmutara la sentencia.

*

Así acabó el proceso de La Flaca. Así terminó Nemesio R. Canales su papel de criminalista.

El humorista genial, por una de las contradicciones de su carácter, no procuró percibir que aunque la razón presente a veces más de una fase, los encargados de administrar justicia, en el sagrado instante de la sentencia, reciben un hálito de Dios y por eso pueden disponer y disponen de la libertad y la vida ajenas. No previó que un hombre ordinario, colgando cogido por la garganta, sería un detalle más concurrente a que el jovial humor de uno de los grandes puertorriqueños se transformara en fina ironía.

-
- (1) J. Córdova Chirino: *El asesinato de Fernando Collazo en La Flaca, El Imparcial*. San Juan, P. R., marzo de 1944.
 - (2) Id., *id.*
 - (3) Expediente Criminal número 357, año 1912. Caso del Pueblo de Puerto Rico versus Alberto Román. Archivo de la Corte Suprema. San Juan, P. R.
 - (4) J. Córdova Chirino: *El asesinato de Fernando Collazo*. Fecha y periódico citados.
 - (5) Id., *id.*
 - (6) Expediente Criminal número 357, año 1912. Caso del Pueblo de Puerto Rico versus Alberto Román. Archivo de la Corte Suprema. San Juan, P. R.
 - (7) Id., *id.*
 - (8) Id., *id.*
 - (9) Id., *id.*
 - (10) Id., *id.*
 - (11) Id., *id.*
 - (12) Id., *id.*
 - (13) Id., *id.*

IV

CANALES Y LAS PEQUEÑAS
NACIONALIDADES

Al fin de noviembre de 1916, un Capitán de Navío de la Marina de Guerra norteamericana proclamó oficialmente la ocupación militar de Santo Domingo obedeciendo instrucciones del Gobierno de los Estados Unidos de América. La ocupación total del territorio, precedida por la de Haití, se había efectuado de hecho.

Privado de sus fuentes de recursos económicos estaba el gobierno dominicano, impedido de utilizar las vías de comunicación terrestre, y suplantado de tal manera su endeble poder público que ni siquiera era capaz de expedir cablegrama ni radiograma. Por extraordinaria virtud de solidaridad el pueblo mantenía el respeto unánime a la autoridad legal, cuando el Secretario de Estado José María Cabral y Báez consiguió que llegaran hasta el Cónsul General en Puerto Rico dos extensísimos partes de urgente transmisión, dirigidos al doctor Armando Pérez Perdomo, Ministro Plenipotenciario aún subsistente de la República en Washington. Aparte vino la orden de darles curso inmediato y de mantenerse en la posición consular mientras fuera posible, previendo que Puerto Rico sería "puente necesario" en la lucha incruenta que fatalmente se posponía entonces y se reanudaría al terminar la guerra europea.

En aquella noche infeliz, de lluvias intermitentes, amigo

único, solícito y eficaz, me acompañaba Nemesio R. Canales. Comprensivo, seco, lacónico, en momento de tan ruda prueba su actitud viril ni siquiera permitía escape a una inflexión de voz que revelara afecto: y nadie era más afectivo que él.

En auténticos campesinos del Sur de las Antillas —y Canales era campesino de un picacho del Sur— no sé por qué oscuros trasiegos hereditarios, persistente sobre tumbo y vicisitudes suele reaparecer intacto ese antiguo ejemplar de España: de Castilla, de Córdoba, de Asturias.

Hoscas preocupaciones redujeron la conversación a concretas preguntas de él y a respuestas breves de mi parte.

La oficina radiográfica, atendida por un norteamericano, se empinaba en *Puerta de Tierra* dominando al Mar Atlántico. Volvía a llover, y arreciaba viento de rachas. El oficinista, pretextando tecnicismo de horario, miraba en vago, rehacio a darle curso a los partes, quizás con ánimo de someter a consulta la índole de su contenido: dos protestas oficiales; una destinada al Cuerpo Diplomático acreditado en Washington, y la otra que el Ministro Pérez Perdomo entregaría personalmente en la Cancillería norteamericana.

Persuasivo y hablando en inglés con suave voz, consiguió Canales que el vacilante empleado aceptara los partes y los expidiera.

En días subsiguientes Luis Llorens Torres solía inquirir noticias preliminares de aquel acontecimiento, deduciendo luego conjeturas siempre sombrías. De Hispanoamérica, según él, era el caso conflictivo y todos los pueblos de América, inclusive el norteamericano, tenían el deber de hacer respetar y restablecer la integridad de cualquiera nación de América que se viera atropellada.

Desde el primer instante creyó Canales que la ocupación militar de Santo Domingo, y de la isla entera, eran

pasos previos de la gran nación preparándose a intervenir en una guerra de potencias... Por no lastimar mi susceptibilidad no explayaba al principio su parecer; pero justificaba la mala acción juzgándola transitoria y necesaria. Me molestaba que viniera considerando a Santo Domingo como un médico a un niño inválido, por la simple causa de su pequeñez territorial y yo presumía que su optimismo en cuanto al final era una de sus mentiras piadosas.

*

Casi todas las tardes, en saliendo de su bufete pasaba a buscarme para irnos al malecón del *Parque Borinquen*, a esperar allí a Crucita Matienzo y a otras amigas, entre las cuales sobresalía Mercedes Negrón Muñoz que vestía luto con motivo de la reciente muerte de Muñoz Rivera, y por entonces escribía prosa interviniendo en asuntos de la política y escudando el nombre bajo el seudónimo de Hedda Gabler.

El Malecón, humilde y grato paseo, se extendía a orilla del mar, bajo los cocoteros, frente al viejo arbolado de *barías*⁽¹⁾ en cuyo terreno se levanta ahora el espléndido casino de San Juan.

Allí, al rumor del oleaje y de las pencas y las frondas mecidas por el viento, en espera de las amigas, fijaba él la vista en la lejanía, miraba velamen, espuma, nube. Desde el confín hizo regresar su visión, musitando a poco frase sorpresiva y carente de sentido inmediato:

—Jonás no debió salir del vientre de la ballena... Repare en que no dicen que se trataba de un cachalote. Y hasta los niños saben que una ballena no se traga a nadie.

Lo miré con atención y comprendí que no bromeaba; pero me abstuve de averiguar el significado de su rareza.

—Arrepentido, comprendió que había salido antes de tiempo y lloró su error, y hubo de regresar a Nínive, el monstruo real, a cumplir el mandato de Dios. Fijese y perciba el fondo del pensamiento: la aldea no servía entonces, ni sirve ahora, ni servirá para propósito grande. Ni siquiera en Jerusalén se podía ser eficaz y de ahí que los incomprensivos escupieran después al Salvador y lo eliminaran. Nínive, Babilonia, Roma, Londres, New York, son los lugares desde donde se hacía estremecer y se ha de hacer estremecer y cambiar la suerte del mundo. Si Pedro no tiene juicio y consigue que Roma lo cuelgue patas arriba, si lo sacrifican en aldea, la doctrina de Jesús con todo el fervor y el ímpetu de Pablo no pasa de ser uno de tantos sueños, borra perdida en el gran cementerio de la antigüedad humana.

—Dígame, Canales —interrogué—, ¿ha retrogradado usted dejándose sugestionar del libro de algún hindú? No crea que le sienta bien. Esa nueva forma armoniza con su habitual manera como un par de pistolas en la cintura de Jesucristo.

—Amigo mío —respondió sin cambiar de actitud—, usted, obsesionado por las razones del minúsculo Santo Domingo, no se da cuenta de que el eje de la tierra cruje a cada ofensiva y contraofensiva de los ejércitos combatientes en Europa, mientras los hombres, los hermanos, cuando se cansen de pisotear cadáveres tendrán que acabar preguntándose por qué pelean, hasta que la voz de la conciencia les responda y ordene como le ordenó a Alarico:

—“Anda y destruye a Roma...”

Observe que Europa, la única región de hombres verdaderamente civilizados, es la que está en conflicto. ¿Qué cambio impondrán los combatientes antes de que suelten el fusil? Y además, le pregunto a usted si andar cabizbajo meditando y lamentando que sustituyan por otra la ban-

dera de Santo Domingo —un trapo como todas las banderas— y que gobiernen aquí y allí y más allá los criollos, los paraguayos, o los yanquis, es cosa que debe preocupar ahora tomándose por lo trágico.

Las pequeñas nacionalidades, de írrita soberanía, subsisten por concesión o consentimiento de las demás. Ni alcanzarán a ser prestigiosas, como antes, ni en realidad son necesarias. Periclitaron. Y el que quiera cumplir el deber de ser útil tendrá que dar espaldas a lo chiquito y estar atento al fenómeno que se aproxima. ¿Llorens no le ha hecho conocer *Paliques*? ¿No? Entonces empiezo a pensar que Llorens me está traicionando o no le tiene a usted estimación intelectual. Es un libro interesantísimo: ¡como que salió de esta querida cabeza! —dijo acariciándose la calvicie.

Mire a fondo, Nolasco; procure ver lo que tapan las etiquetas de las palabras que se repiten en el uso común, y sin pretender buscar de qué lado está la razón, porque en realidad la razón la tiene cada cual, verá que la causa sustantiva del conflicto no se encuentra en el insignificante asesinato de Sarajevo. Está atrás, búsquela atrás, en la suma de ansiedades que venía invadiendo a la familia humana; y no puede terminar como otras veces en la mesa redonde de una paz falsa, con las imposiciones de un vencedor, sino cuando las necesidades de los que pelean y de los que están situados a retaguardia queden satisfechas, como es debido. Y si los beneficios materiales no corresponden a esas necesidades, por los amaños y corta visión de los políticos, la catástrofe será fatal: inevitable e inaplazable. En tercer lugar... porque el combatiente de ahora es un adulto y sabrá hacer que el triunfo, su triunfo, no se convierta una vez más en botín de especuladores, irremediabilmente condenados a correr igual suerte que los vencidos. Pero en el peor de los casos quedará una luz

de salvación, y esa luz es América, obligada a intervenir en la contienda. Entienda que hablo del pueblo de los Estados Unidos y no de su mañoso gobierno. Y eso, si ese pueblo no continúa en la rutina de creer que su derecho es el de legatario universal, hijo único del moribundo Padre Eterno, y su deber seguir tragándose a los vecinos para luego de cada zarpazo entonar himnos en su *Día de Gracias* "por los bienes recibidos" y abroquelarse en falso aislamiento de *egoísta perfecto*. Por cálculo tendrán los Estados Unidos que terciar en el conflicto. Por cálculo tenemos que ir a ellos, al grande, para desde adentro contribuir a imponer la evolución, el cambio. Del grande, esperarlo todo; del pequeño... insignificantes minucias y padecimientos interminables.

Aquella explosión de luces —continuó— cuyas proyecciones profundas y de insospechables alcances podrán ser fatídicas para los explotadores, si las dirigen con inteligencia serán de seguro benéficas para las mayorías; y óigalo: no podrán esas proyecciones ser circunscritas a región determinada. Su bien y su mal son fatales y universales, y si la evolución no se encauza de buena fe los resultados serán más catastróficos que el derrumbamiento de Roma.

—Canales, usted me hace pensar en lo que dice y en otras cosas: incita a abandonar el deber y, ¿a cambio de qué? A cambio de lejanas y problemáticas posibilidades. Mira con lástima a los que no entienden a Bernard Shaw, sin prever que el día que al *Premier* de Francia, y a Su Majestad Imperial el amo de los austríacos, al *Kaiser*, al Rey-Emperador de británicos y de hindúes, y al Wilson que predica la paz según usted para lanzar su país a la guerra, diciendo que quiere para Europa lo contrario de lo que practica en México y en Haití y en Santo Domingo; que cuando a esos señores les dé la gana, los propagan-

distas de Sorel, de Marx, y aquel excitador y atajador de huelgas llamado Samuel Gompers, y hasta usted, discípulo entusiasta de Bernard Shaw, estarán más lejos del éxito que del patíbulo. Porque a Shaw lo consienten los ingleses considerando que en su genio hay un notorio tanto por ciento de lunático, y a los vociferantes que andan por allá y por acá con la manía de creer que leen el futuro, los estarán tolerando mientras parezcan chachareros inofensivos. Y ya que ha tenido la paciencia o la tolerancia de aceptar la interrupción...

—Agradézcaselo a Montaigne y no a mí —interrumpió—; le recomiendo que lea a Montaigne y sabrá o recordará lo que es tolerancia.

—Déjeme agregar que tiene usted las generales del Apóstol cuerdo.

—¡Lo que vale un buen adjetivo! —exclamó—. Toda la aburrida monserga de apocado que acaba de soltar el salvaje de fúnebre humor que hay en usted, adquiere animación y gracia con sólo el adjetivo *cuerdo*!

—Quiere decir que usted, Nemesio Canales, que es puertorriqueño y además europeo y universal con Bernard Shaw y los *fabianos*; que ve en el sufragio y en la huelga y no sé en qué otros recursos legales armas tan poderosas que cambiarán el destino del mundo; que juzga insignificante el concepto de patria y vanos los sacrificios que costó la creación de la República Dominicana, al actuar en Puerto Rico ha sido un seguidor de Muñoz Rivera hasta su muerte y adversario de los políticos que trabajan porque este país pase a ser otro Estado de la Unión... Ahora acompaña a Barceló contra la propaganda de socialismo casero de Santiago Iglesias en favor de los asalariados. No parece diáfano, Canales. Déjeme ahora decirle que el día que lo vi por primera vez satirizó contra Rubén Darío y hasta lo maldijo, y después he descubierto que estima y

tiene a Darío en el sitio más alto de los poetas actuales de la raza. Bufo contra el estilo hinchado, y tiene entre sus dioses a Calderón de la Barca.

—Es que de esa hinchazón salieron Segismundo y un estupendo alcalde y otras cosas, y de las gargantas almidonadas... chácharas de cotorra. Siga.

—Pues... "pasemos del diluvio". Lo único que me faltaba agregar es que una vez en Cuba, Angel Alberto Giraudy me dió a leer y recomendó un libro de Stirner y el de otro inglés, que tratan de economía y socialismo. Leí el primer capítulo de uno bostezando, y en la introducción del segundo libro acabé durmiendo. Como no era razonable pensar mal de mi entendimiento, supuse que estarían mal traducidos o mal escritos. Desde entonces decidí que en mi caso lo mejor es seguir liberal contra conservadores y dejar que Dios se encargue de arreglar el mundo.

—Pero Grullo —objetó— sostiene que toda idea nueva y grande suscita contradicción y que mientras más evidencia de justicia entrañe es natural que con más feroz tenacidad se la combata. Pero, dejando quieto a ese reposado pensador... cuando le interrumpí no era eso lo que iba a pedirle que me diga... si es que no quiere mantenerlo en secreto. No pretenderá hacerme creer que es ocurrencia suya eso de *Apóstol cuerdo* que soltó sin las comillas correspondientes —dijo bromeando y como si pasara esponja mojada sobre cuanto fuera desagradable en la conversación. Dígame, ¿en quién leyó o a quién le oyó eso?

—Sería a usted.

—Probablemente. Ese adjetivo es tan interesante que parece mío.

(1) *Baria*, en Puerto Rico: *María*.

V

CANALES Y LOS PROBLEMAS SOCIALES

No me es posible simpatizar con la violencia y la crueldad futuristas erigidas en norma absoluta de vida...

N. R. CANALES.

El ángulo agudo en las ideas de Nemesio R. Canales fué su persistente y recta inclinación hacia el socialismo. En sus primeros escritos se nota a veces en simple latido, temperamental o de sentimiento; se ensancha luego en manifestaciones esporádicas de inconformidad ante lo circunstante, disperso, inconexo, cuando no en estridencias del vociferante que aparece en los ocho capítulos —*Pobreza y Riqueza*— insertos en *Paliques*, su libro de artículos escritos en la juventud y que otra persona recopiló sin crítica severa.

Sus ideas sociales no daban la impresión de ser originadas por causa de lecturas: apuntaban como producto personal o brotes de la generosa índole de un inadaptado. Inadaptado al ambiente de Puerto Rico en seguida de regresar de España; inadaptado a New York, Babilonia del Nuevo Mundo, centro convergente de inmigrantes ambiciosos, o desheredados, que salían huyendo de la Europa decadente, y en cuya Quinta Avenida sintió que él era “una molécula de la gran marejada humana”.

Por ahí pasó él cuando fué a Boston a completar los estudios comenzados en la península ibérica, interrumpi-

dos por las escaramuzas navales de Santiago de Cuba y de Cavite que remataron el agonizante imperio español y ponderaron sobre la conciencia de los pueblos del Caribe obligándolos a orientar y encauzar la vida por distinto derrotero. ¿Qué vió, qué experimentó él en el tránsito, en el trasiego de la isla de un imperio al otro, sufrido por unos como eclipse total de la esperanza y por muchos acogido y alcanzado a ver como orto de la mejor fortuna?

Perspicaz sentimental, herido entonces y obligado a echar de sí el lastre de conceptos heredados, distante una vez más del sitio de su nacimiento y en la obligación de aprender a luchar sin recursos bastantes y a vivir en urbes desconocidas de ajena lengua y de costumbres extrañas, los ideales vacilaron, perplejos, para luego quedar avasallados, o mixtificados. En aquel tremendo choque de intereses, ideas y sentimientos, desde temprano hubo de ser adulto, y con la inconformidad del inadaptado miró con desconfianza lo que tantos de sus compañeros contemplaron como promesas preñadas de beneficios. Su sensibilidad finísima quedó sometida a prueba y, herido, andaría convaleciente todos los días de su porvenir; y si no llegó a ser un amargado, sino en ocasiones agrio, por accidentes adversos tampoco logró curarse. Costra preservativa de ironía fué apagando y suplantando el jovial humor y cerrando en falso las íntimas dolencias; y la cicatriz más visible, como tantas cicatrices, lo afeaba a los ojos del que no lo tratara en la intimidad o fuera incapaz de leer bajo el fondo de engañosas apariencias. En el cono de sombras que envolvió la estrella de su destino, los problemas particulares se le antojaron a Nemesio Canales problemas de Puerto Rico, y los de su isla, transferida como botín de guerra, problemas universales. En secreto sufría por colectivos padecimientos, y le faltaba tribuna, y la palanca económica, y la estatura necesaria que debe corresponder al

papel de orientador que se sentía animado a desempeñar. La costra, la cicatriz, se le endurecía y la vieja herida del sentimental a cada contrariedad sangraba adentro.

Para bien o para mal, aún continuaba estudios en los Estados Unidos de América cuando comenzó a entusiasmarse con el esplendor de Bernard Shaw y Anatole France, luminarias que alumbran y hasta deslumbran; pero que acaso a la juventud no le señalen los mejores rumbos. Aquel histrión genial le reanimó el moribundo optimismo y durante muchos años tuvo la preferencia de su espíritu; y Anatole France no dejó de impresionarle con el hábito ejemplar de envolver la intención mordente y sugeridora en la forma armoniosa y sutil de la ironía. Entre la compostura académica del francés y la desenvoltura calculada, agria, estridente, endemoniada y directa a determinado fin social del irlandés, sin rodeos se inclinó hacia Bernard Shaw declarando que es uno de los genios más extraordinarios que ha tenido el mundo. Del examen de los prólogos-ensayos de sus dramas y comedias, más que de la admiración a su teatro, extrajo enseñanzas y ávidamente releyó su obra y así quedó adscrito a las ideas revolucionarias del más interesante de los *fabianos*.

Desde entonces colocó las interesadas y tendenciosas ideas del teatro de Shaw en lugar del Evangelio de Jesucristo. Para no sentirse del todo subalterno, porque a los hombres de ánimo superior y estatura chica no les gusta sentirse subalternos, pasó de ahí al estudio de otros ingleses contemporáneos: Bertrand Russell, Wells, Harold Laski, y en busca del estribo, del eslabón inicial, anduvo hurgando hasta remontar a Gerard Winstanley, el precursor.

La masa de materialismo creciente en sus visiones se satisfizo con las prédicas de ese socialismo inglés, prudente, seguro en su avance evolutivo, incruento y práctico.

La República de Platón, la mística Ciudad de Dios (del

grande y hervoroso arrepentido), Campanella y Tomás Moro, Rousseau y los suyos, todas las viejas utopías pasaron a ser recursos complementarios. Su socialismo venía siendo netamente inglés, cuando la última crisis emocional de su vida lo hizo salir de la isla e ir rodando por naciones y pueblos familiares en su pensamiento. Venezuela, ¡Caracas!, en donde al principio a él y a su compañero los acogieron bien... Panamá, en donde fundaron un periódico y al principio los acogieron bien... Buenos Aires, en donde permaneció cerca de dos años y se relacionaba bien entre intelectuales... cuando precipitadamente resolvió regresar y emprendió el regreso.

Reciente el estallido de la tremenda revolución rusa, todavía desconocía él la propaganda escrita de aquellos revolucionarios, apóstoles de principios impuestos por la violencia. Su conocimiento de aquel enorme país —según explica en trabajo inserto en *La Democracia* en abril de 1915 y reitera en *Juan Bobo* el 23 de setiembre de 1916— se limitaba a un Zar de láminas, que se le antojaba pintoresco, espléndida figura decorativa de gran ópera o de zarzuela. Se le ensanchó más tarde espiritualmente esa nación e ilustró el conocimiento con la lectura de algunos de sus grandes novelistas.

—Odié a Rusia en la edad del pavo —dice— sencillamente porque era monarquía y tenía un Zar, y yo era cursi.

Después leyó los libros de autores de “los nombres enrevesados y queridos: ¡Tolstoi, Turgueneff, Dostoiewski, Gorki, Tchekhoj! Precisamente Tchekhoj, ¡cuántas cosas me ha dicho que yo nunca había oído, y cuántas emociones fuertes le debo!”

Quiere decir que todavía en 1916, cuando lanza esa exclamación de partidario de Francia, Inglaterra y Rusia en *la gran guerra*, los voceros rusos del marxismo, con

excepción de Máximo Gorki, le eran por completo ignorados; y no parecía admitir a fines de 1917 que pudiera ser definitivo el triunfo de aquel sistema implantado con violencia en tan vasto territorio poblado en gran número por asiáticos y analfabetos en proporción abrumadora. Se imaginó al comienzo que aquel sería uno de tantos zarpazos destructores de haciendas y vidas, ensayo temerario y aleatorio.

Si el comunismo tiene como finalidad la abolición o nivelación de clases, como medio la supresión provisional o definitiva de la libertad del individuo, y como procedimiento conspirar ejercitando a continuación todas las formas de la violencia para ampararse del poder público y mantenerse en ese poder durante el tiempo necesario hasta sentir consolidada la ganancia, nadie más ajeno que Nemesio R. Canales al comunismo.

Pacífico y hablador "extravasado", su cobardía física de la que vivía haciendo alarde hasta formalizarla en el *Héroe Galopante*, necesitaba inequívoco ambiente democrático para sentirse a gusto, aunque viviera criticando esa democracia. Libertad; quería libertad sin más traba que la que impone la estética, *la decencia pública*, para la prédica de sus ideas osadas. Entonces no podía conformar su mente a la filosofía del marxismo, ni se hubiese acercado a Rusia: por miedo a que lo sometieran a posible ración de placeres y de ideas suministradas; porque en el fondo de su instinto sobrevivía el epicúreo reprobado un día por Rosendo Matienzo Cintrón; porque se mantenía adscrito a la táctica evolutiva del socialismo inglés; porque a su temperamento le repugnaban las prácticas sangrientas; y por la desconfianza que le inspiraba la impreparación de los isleños. Fué fiel, por tales motivos, a su criterio de escuela.

Después de su viaje y permanencia experimental en Buenos Aires, de donde salió huyendo cuando temió que

lo mandaran sin causa a un "reformatorio" de la Patagonia, regresó a Puerto Rico suavizado de prudencia. El cariño que ponderaba tenerle a la propia persona... que él sólo tenía que proteger, de acuerdo con su humorístico decir, le bajó el diapasón de antiguo Profeta vociferante, temeroso de que lo mataran nuevamente a pedradas o le cortaran la lengua larga.

*

Por lo que se podía advertir en su habitual manera tratándolo íntimamente, no parecía Canales hombre de ingenio analítico, capaz de estructurar sus propias y abundantísimas ideas en forma que constituyeran cuerpo de doctrina. A escribir y actuar, prefería hablar, vaciar sin esfuerzo sus opiniones, que no se manifestaban metódica, sistemática y serenamente eslabonadas, sujetas a cálculo o plan concebido, sino en síntesis explosivas, a saltos, iluminando zonas avanzadas correspondientes al fervor de su ideal. A veces adelantaba interrogaciones, y como que regresaba a buscar el punto de partida para enlazarlas en trabada unidad a los problemas antes planteados.

Temperamento hipersensible, recónditamente afectivo, nunca frío, aunque en determinadas circunstancias parecía observar, en guardia. Acaso la inconformidad con lo inmediato se le originara en la niñez, bajo la mirada del padre que era espécimen sobreviviente del padre de familia de la antigua Roma, cuya voluntad absorbente se sobreponía a todas anulando hasta la de la esposa. Quizás se debiera a viejos fracasos, que marcaron huellas profundamente arraigadas y reiteradas con nuevas decepciones que le lastimaban mientras le herían, sumiéndolo en aquellas sus momentáneas abstracciones parecidas a ausencias, de donde regresaba como despertando con alientos de supuesta

fe, generalizadora, ofreciéndose para remedios urgentes y universales que se aplicarían no se sabe cuándo. De ahí, tal vez, el que ni en su lenguaje hiperbólico ni en la crítica a ratos incisiva y agria fermentara el lastre de sus dolores con la amargura del resentido. De ahí, también, el que los problemas sociales en su juicio no pretendieran resolverse con el recurso de la violencia, sino por la virtud persuasiva de la propaganda; pues aunque él solía repetir que la guerra civil es la única que en ocasiones se justifica, la condenaba recordando la sentencia de Bolívar: que *en la guerra civil ha triunfado siempre el más feroz*.

*

Cuando a Canales se le frustraba una presunta adquisición, estrangulaba en el pecho la esperanza y levantaba el alma, desasida de antojos, en indostánica renunciación. Olvidaba entonces el más tenaz de sus estribillos de empecinado materialista:

—En primer lugar hay que existir. Precisa ante todo la animación de la materia, mantener vivo este precioso cuerpo y tratar de sostenerlo mediante la satisfacción de sus apetencias: en primer lugar, satisfacer las necesidades primarias. La idea de Patria, *su Patria dominicana*, amigo Nolasco, las consideraciones filosóficas relativas al alma, la ética religiosa, la estética pagana, las ciencias y las artes y todos los bienes espirituales, son aditamentos, lujos que embellecen y hacen soñar después de llenar las necesidades físicas. Ni todo ese bello conjunto ni la conciencia del alma, pueden subsistir en cuerpo muerto. No ande creyendo que el alma sobrevive: muere con nuestro querido cuerpo. Primero, crear el cuerpo; en seguida, sanear el desarrollo del cuerpo y luego de atender y acariciar bien al cuerpo... permitirse el lujo de tener alma, y discutir de

arte, de estética... y a meterse en la cabeza a Dios, si le da a uno la gana.

Entonces, ¿por qué la inconformidad, que lo sobrecogía, y la rebelión de todos los sentidos frente al predominio aparente de la materia y, en cambio, la ardiente simpatía por las cosas del espíritu tan vinculadas a él?

En setiembre de 1916, poco tiempo después de hablar así en *La Mallorquina*, de regreso de un viaje a New York cuenta en *Juan Bobo*:

—Antonio Pérez Pierret, mi inteligentísimo y buen amigo que vive allí hace tiempo, me dijo que New York es como la cristalización colosal de un sueño de Sancho Panza. Y así es.

Al contemplar toda su opulencia, prevista, catalogada, satisfecha, repleta toda función fisiológica y atendida y mimada, nota que no somos simple fisiología: “somos psicología también” —dice; y de pronto siente que la parte psicológica se le moría de hambre.

“Hambre de no sé qué” —agrega. Hambre de esa clase de emociones que no tienen que ver con la succulenta comida del Astor y los sesenta y tantos pisos del Woolworth. Y (dentro de sí) “perro flaco”, sintió además “un diablo que gruñía y rompía a ladrarle bruscamente a todo aquello tan flamante y rico.” “Y en una nube negra hecha de vapor de lágrimas y humo de recuerdos, me iba a viajar y caía en Zaragoza, novia del Ebro.” Y volvía a vivir su vida de estudiante en aquella “ciudad minúscula”, “tan pobre, tan seca, tan llena del zumo del tiempo.”

¡Ser de contrastes! Muchas veces soltaba ideas raras y expresaba ocurrencias para atizar contradicciones, hambriento de discutir. Y entonces discutía a voces cualquiera detalle de arte.

Más que escéptico, impenitente; ni le interesaban en

apariencia ni discutía motivos de religión; pero en el fondo de la conciencia guardaba viejo miramiento, forma de respeto, a la religión católica practicada por los de su familia.

—En lo que dice un Obispo —afirma en el *Palique LXV* inserto en su libro— “nunca dejará de percibirse algún aroma de espiritualidad, alguna remota vislumbre de infinitud, de eternidad, de ese inefable *no sé qué* que palpita en el alma de misterio de las cosas, que es lo único que le imprime un tono de nobleza a la vida”.

—Supongo que no se atreverá usted —le dice a José De Diego criticando uno de sus manifiestos— a negar que el ideal cristiano es más grande que el ideal de la independencia de Puerto Rico. ¿Y dónde estaría el ideal cristiano, si para desplegar su nueva bandera Jesús hubiera esperado a hallarse en mayoría? Así los Cristos seríamos tantos que acabaría el oficio por echarse a perder.⁽¹⁾

No se creía en el deber de manifestar igual reverencia al hablar de los protestantes. Entre los rasgos repugnantes para él, de Mr. Dexter, señala “el perfil puritano de su cara solemne como un himno protestante”.⁽²⁾

“Este puritanismo cuando es falso, esto es: hipócrita, me indigna; pero cuando es sincero me espanta y enferma. ¡Qué lástima que Inglaterra tenga esa llaga odiosa del puritanismo!”⁽³⁾

Sobre el aspecto económico de los problemas sociales, que en demasía lo apasionaban, después de regresar de la Argentina sus ideas apuntaban suavemente en la conversación, animándose pronto con ocurrencia momentánea para insuflarle a poco repentino calor, y entonces salían de su cabeza redonda vertidas en derroche de torrencial catarata.

2

Pocos puertorriqueños se preocuparon tanto por las penurias del pueblo como Nemesio R. Canales, y nadie vivió con mayor disgusto de lo presente ni miró con más vehemente anhelo de un cambio, hacia lo porvenir. Su fe, aunque intermitente, y la sana índole impidieron que el dolor y las contrariedades lo malearan. Los desengaños y los fracasos se transmutaban en su ánimo y trascendían limpios y robustecidos por la convicción de que el mal es transitorio, aunque parezca perpetuo, y transitorias las derrotas y las caídas en la lucha por el bien. Le infundía a remotas posibilidades de mejoramiento colectivo, que los que se acercaban a él ni siquiera alcanzaban a vislumbrar, los claros y firmes contornos de sus deseos.

Vale la pena insistir en el esclarecimiento de sus ideas, en ocasiones vueltas abstrusas por la ironía y las paradojas con que las solía expresar.

Cuando en 1914 estalló "la gran guerra" ya él venía henchido de problemas sociales, ignorados por algunos, supersticiosamente temidos por otros, e insolubles en el concepto de muchos que desde los días de la separación de España venían ocupados por antagonismos de la política de partidos.

Enfrascado en ambiciosas ideas, toda discusión que no entrañara propósito de ganancia práctica para las muche-

(1) *Juan Bobo*; 30 de diciembre de 1916.

(2) *Palique XXXVI*.

(3) *Juan Bobo*; 23 de setiembre de 1916.

dumbres se le antojaba académica, vestuario y lucimiento de momentánea vanagloria. Durante el tiempo que lo conocí, desde enero de 1915 hasta 1923, año en que ocurrió su muerte, vivió admirándose de que los dirigentes en nuestros países se afanaran buscando arreglos y posiciones para grupos regionales, con descuido de los problemas sustantivos que afectan al conglomerado social.

Ni tenía el sentimiento del patriotismo en el sentido corriente, dentro de límites particulares, ni creía en la soberanía de los Estados pequeños, ni estimó que éstos pudieran contribuir de manera perceptible al mejoramiento de “la familia de las naciones”. En su materialismo indolegable, pensó que la soberanía de una nación vale en razón directa de la fuerza que la respalda; que es atributo de naciones poderosas y concesión ficticia que éstas dispensan a las pequeñas.

—“¡Grecia es una concepción milagrosa!” —exclama en artículo publicado en *La Democracia* el 3 de abril de 1915. “La engendró el acaso, el misterio. Todos los hombres de todos los tiempos la admiraron y amaron hasta enloquecer por ella...”

Meses después agregaba en conversación:

—Las nacionalidades helenas, madres eternas de eterna cultura, y las italianas del renacimiento, tan ricas de proyecciones espirituales como de arte, llenaron un ciclo histórico y han pasado a ser conceptos “periclitados”, primordiales capítulos de la historia de la civilización, dignas de un respeto que nunca alcanzará a ser tan grande como sus merecimientos; pero infelizmente casi tan inactuales como el gobierno de los patriarcas.

No creía en la libertad política si no conllevaba, en justa proporción, independencia económica. Con la mirada fija en deslumbrante derrotero, le decía y lo conmovía más el padecimiento de numerosas familias carentes de lo indis-

pensable para vivir cómodamente, que el sufrimiento y los afanes causados por el eclipse temporal del pequeño Santo Domingo, aunque no dejaba de admitir que la lucha por la reintegración de ese país en su soberanía fuera un deber, respetando que todos los símbolos y atributos para el juicio de los demás eran sagrados. Más le decía el problema de la regular alimentación, de la higiene con sus hospitales de maternidad, la reclamación de escuelas suficientes para las muchedumbres, que lo que él solía llamar "abstracta soberanía". En este sentido, si no se anticipó a los demás en la concepción de la idea, fué el primer declamador de un concepto nuevo, o un renegado, o el sepulturero de ideales heredados, o como lo quieran calificar los disconformes con sus opiniones. Nada simpático, si se recuerda que sus principios en cambio no ofrecían nada concreto, y sólo para él entrañaban una mística.

A su juicio —reiteraba pensando en Centroamérica y en Santo Domingo— el bienestar de los asociados, como su malestar, no depende de que mande el caudillo o gobierne el presidente, desde adentro, o rija desde afuera el emperador o como se apellide en otra parte; y poco le importaba que esas ideas fueran o no gratas al interlocutor, a los oyentes, ni las censuras a su persona con que fueran repudiadas. Repetía, con igual convencimiento, expresiones ya para él familiares, publicadas en su libro *Paliques*:

—“A mí el problema ese de la forma o sistema político de un pueblo me inspira igual cuidado que la ceniza de mi cigarrillo o el polvo de mis zapatos. ¡Tiene tan poco que ver el verdadero bienestar del hombre con el sistema del país en que vive!”⁽¹⁾

Su criterio materialista se mantuvo desde entonces inalterado frente a cualquiera razonamiento hostil; y nadie que no le hubiese tratado y conociera a fondo su profunda y dilatada bondad y su imponderable don de atracción

personal, podría explicarse cómo con ideas tan diferentes sobre asunto tan importante él y yo llegáramos a ser íntimos amigos y, además, que entre Luis Llorens Torres y él no se enturbiara ni un punto el fraternal compañerismo, cuando la cardinal cuestión de la independencia los mantenía en desacuerdo, aunque jamás discutían sobre ese motivo. Aludiendo a su practicismo retórico, decretó un día Ramón Martínez Reyes:

—“Canales es un Don Quijote del materialismo... y lo curioso es que se cree un Sancho.”

*

No se hacía ilusiones de la eficacia actual de nuestra América, pródiga de materiales inexplotados, carente de industrias y riquezas acumuladas, carente de hombres de estudio y prolífica en otros entregados a imaginar. Como indicio de esa carencia de madurez, señalaba el apego a la rutina del caudillo, al *Hombre-Dios* tutelar en la conciencia hispano-americana, mientras los hombres de mejores deseos vegetan en la frontera del pobre y envejecido liberalismo, sin que se den cuenta de que al europeo lo lanzaron a un conflicto global cuando ya andaba urgido de problemas universales y que, con guerra o sin guerra, para el viejo continente se había roto el equilibrio entre las sociedades de cada nación; y lo extravagante, según él, era estar creyendo que se volvería a la situación precedente. Todos los cataclismos —solía decir— sobrevendrán en vez del reajuste de lo anterior.

—*Soy pacífico, pero no pacifista...* —subrayó un día respondiendo a una observación de Alfonso Lastra Charriez; y agregó repitiendo con exactitud lo que había publicado en *La Democracia*:

—“Si por lo menos hubiésemos llegado a librarnos del monstruo del capitalismo que ahoga y envilece a un millón

de seres humanos en beneficio de tres, de dos, o de uno (privilegiados que a veces ni siquiera tienen noción del privilegio absurdo de que gozan); si el hombre, ya que no hermano al modo evangélico, llegase a ser amigo del otro hombre, entonces y sólo entonces sería yo pacifista y me parecería bien que nos desmayáramos por una gota de sangre vertida en la guerra"... "a la pelea hipócrita e in-noble que sostenemos en la paz, prefiero y preferiré siempre la pelea franca y grande que ahora ensangrienta los campos europeos. No me gustan las cosas a medias."⁽²⁾

"No sé, ni me interesa saberlo, de quién ha sido la culpa de la iniciativa de esta hermosa guerra"... "celebro que tal agresión haya dado lugar a tan grandiosa epopeya"...⁽³⁾

Por fortuna —agregaba— por mala que resulte cualquiera imprevista complicación, el resultado siempre será menos horrendo que el presente y mucho menos que el inmediato pasado, que todavía algunos tienen como paraíso terrenal, sin darse cuenta de que lo más inteligente del paraíso fué la serpiente que lo perdió.. ¡y bueno que se le ocurriera echarlo a perder!

Destruída por la guerra entre Estados Unidos de América y España la bellísima concepción de la Unión Antillana, que habría justificado y completado la razón de ser independientes Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, reparando además el desprestigio de la América familiar, uno de tantos males, y acaso el menos grave, será quedar excluidos de la limitación de los pequeños, de los cuales no depende ni su propio porvenir y a los cuales nada que valga la pena les deberá el porvenir. Y si lo esencial y lo que más importa y libera en la vida es la economía, muy superior en definitiva y más liberadora que la teórica igualdad, risible en la práctica si no fuera de falsedad tan irritante, por más que le den vueltas y vueltas, mientras no se modifique el actual sistema siempre tropezará el

que piense con el hecho descarnado o disimulado de que al son del himno y a la sombra de “las banderas de las nacioncitas” es más brutal y aniquiladora la explotación del coloniaje y más difícil desde afuera que desde el vientre del monstruo, romper trabas y mejorar la condición de las familias.

El derecho de huelga, arma poderosa tan temida como respetada en Estados Unidos y en los grandes países de Europa y ya admitida en algunas de sus colonias, no sabemos cuándo será practicable en las naciones chicas.

El sufragio popular, segundo acto y secuela del primero, tampoco es de verdad ejercitable.

Y si *el derecho de huelga*, que puede incluirse en los recursos de propaganda para aumentar y seguir ganando los votos que autorizan al legislador, no se ejercita, se asfixia al legislador que escala un escaño del congreso por casualidad o asalto, y se hace ilusoria la ley que sangra en los grandes países al poseedor para beneficio de los desposeídos.

¡No nos dejan al alcance sino la insurrección! —exclamaba— suicidio ante el cual hay que permanecer en constante alerta: porque el recurso de la violencia casi siempre está atizado de trastienda y es fácil manera de embotarle las armas legales a los oprimidos.

En los pequeños países de América (colonias disimuladas) le basta al agente del imperio acercarse, sonreírle y secretarle al capataz-presidente, para impedir la huelga declarándola revolucionaria en el periódico amordazado o asalariado y en la agencia cablegráfica que presentan la verdad lastimosamente fabricada y suministrada al mundo.

Así se impide el derecho de huelga, se desvirtúa al diputado, representante o portavoz de los menesterosos y se anula o ataja el proyecto de ley pasándolo a un cementerio que llaman “comisión de estudio”. Y adiós salario razona-

ble, y zapatos para los niños pobres, y casa-cuna, y hospital de maternidad con sábanas limpias, y habitación sin fetidez para la parturienta, y pensión para el trabajador envejecido e incapacitado por causa justa, y contralor del sistema económico. Así se impide. Así, con resortes muy sencillos, las bananeras centroamericanas y los cañaverales de *Cubita bella* y de su andrajoso Santo Domingo, amigo Nolasco, les salen tan baratos o más al capitalista ausente que el azúcar de la Guánica y la Aguirre en Puerto Rico, aunque en Puerto Rico está cada día repercutiendo el —¡qué amargo es nuestro azúcar!— grito alertador de Fernández de Castro, el gran orador cubano.

Pero a Puerto Rico siquiera empiezan a hacerle caso, a su trabajador principian a hacerle “concesiones”; y no le hacen esas concesiones por cristiana caridad, sino porque los lamentos resuenan con tornavoz allá, en el partido de oposición; porque el trabajador de aquí se está volviendo pariente de los de Samuel Gompers y será llamado a ingresar, temprano o tarde, en la asociación matriz de los trabajadores continentales. En esto Santiago Iglesias tiene razón, pues no hay que olvidar que entre los trabajadores de todas partes existe un vínculo, una ciudadanía de trabazón más verdadera que entre ellos y los que los exprimen en el propio territorio.

A usted le ha parecido que para asociarse no se requiere estar protegidos, dentro del imperio. A mí también me lo ha parecido. Día llegará en que eso resulte cierto. Por ahora tenemos que darnos cuenta de que en países grandes la ley es freno de todos y amparo de todos, cuando no se lesionan “intereses de cancillería”, en cuyo caso la justicia en todas partes se va al infierno. La ley, en cambio, en las naciones pequeñas de América es la clásica telaraña: sólo para beneficio de los fuertes. El fuerte del país y el

fuerte que desde el exterior hace de sus intereses el aludido caso de *cancillería*.

Se le antojó a usted decirme una vez que hago la apología de la colonia, temeridad merecedora de disculpa y que no contradije: porque a Santo Domingo le acababan de hinchar la cabeza a garrotazos y de una cabeza hinchada no debe esperarse que salga razonamiento sereno. Los que no están en idéntica condición podrían considerar que para mí las repúblicas subalternas y las colonias son males equivalentes y que esta clase de males, en ambas formas, es siempre tan deplorable como odioso. Los maliciosos, a su vez, barruntarán en la finalidad de mi pensamiento asomos de comunismo. Pamplinas.

Otra cara tiene la cosa: *la sangría del impuesto* en los países grandes. Con el impuesto, señor mío, con el tributo que sostiene y engrasa la maquinaria del Estado, no se juega, y los directores del Superior Gobierno agradecen que en este punto sustancioso reclamemos y los respaldemos. Esa sangre chupada desde la dirección, ya no se destina exclusivamente al ejército y a la marina militar y a sueldos de *ventosas* o enjambres de empleados públicos: en gran parte se trasiega y vuelve al pueblo. Sangra el gran propietario por los órganos más sensibles: en el aumento del salario que ha de pagar; en la parte que se le debe al trabajador para el retiro de la vejez; en el tanto por ciento de la sobreganancia, suma acumulada que con justicia debió en el momento oportuno haberse distribuído; en la herencia del legatario y hasta en el registro de la que éste maneja temporalmente y ha de legar; en la ganancia directa, y en la indirecta, y hasta en el aire que el poseedor respira.

Compare lo que paga una central azucarera aquí, por cada zafra, con lo que se paga allá y tendrá a simple vista que la explotación contra ustedes es tan despiadada como

barato el costo de producción. Después de engordar el capital ajeno, mediante "salario de hambre", a la hora del impuesto razonable sobre los beneficios de la cosecha... están ausentes los que representan a los legítimos propietarios; esto es, ausentes el capitalista y el capital; el usufructuario, invisible; el dueño o amo feliz, de paseo no se sabe adónde; y *su capital suyo*... depositado en la caja fuerte de un banco de Londres protegido por *John Bull*, o en *Le Credit Lyonnais* en París, o bajo la seguridad de *las barras y las estrellas* en una casa altísima de *Wall Street*, o cobijado por las tres banderas, que saben juntarse para esas cosas.

Cabría una remota esperanza: iluminar las mentes. La lectura, el libro. A nuestra América vienen libros, llega la literatura. Pase usted por *La Primavera* y por donde Sanjurjo y póngase a mirar carátulas de libros y se asombrará de la cantidad de literatura de tipo emocional que se consume en Puerto Rico. Es la que entre nosotros y me figuro que entre ustedes, tiene acogida y eco. No hay en nuestros pueblos quien no hable o haya oído hablar de Alejandro Dumas, de Víctor Hugo, de Walter Scott, de Echeagaray y de la respetabilísima Carolina Invernizio, a quien estoy pronto a aplaudir con asombro y con todo el respeto que se le debe a lo desconocido... Cuentan que esta buena señora se ha hecho célebre en la literatura sin aportar ni una simple idea, ni un rasgo descriptivo.

Naufraga y se hunde al pasar el Atlántico el libro que está alumbrando las cabezas europeas y con ese libro se hunden también las esperanzas. Y si no se va a lo grande preparándose a tiempo para aprovechar el cataclismo que se avecina, moderándolo, o la serie de cataclismos, como el negro Toussaint Louverture aprovechó el de la revolución francesa para soltar la argolla de la otra esclavitud, habría que esperar que impongan la nueva liberación los mismos

explotadores; lo que sin duda ocurrirá tan pronto como la pantera y el jaguar se apiaden y recen arrepentidos.

—¿Y qué es lo que viene, catastrófico señor Canales?

—¿Que qué es lo que viene? ¡Vaya con la preguntita! ¿Y quién sabe lo que viene en seguida de la paz? O se comienza desde ahora a reclamar que se practique la evolución social con sentido de justicia y con moderación, o queda libre y autorizada la violencia, derecho extremo de los desesperados. Y los que condenan las doctrinas de los pensadores ingleses y en lugar de entender responden cerrando los ojos y tapándose las orejas, como dizque esconden la cabeza bajo el ala los avestruces para que el peligro no los vea, sin admitir posible remedio ni darse cuenta oportuna de que con semejante actitud todo lo arriesgan y todo se puede perder, facultan lo que condenan.

O la revisión gradual del sistema democrático, el contralor en el aspecto económico, el socialismo inteligente y evolutivo a *la inglesa*, o lo peor.

—En sustancia: los *fabianos* o la barbarie —interrumpí, bromeando.

—Pues sí: los *fabianos* o la barbarie. ¿Y qué se requiere para una revisión gradual del sistema democrático, precisamente en ese aspecto económico? —continuó—. Sesos... Un poco de previsión juiciosa. Nada más; pero nada menos.

Revisar, evolucionar a tiempo, amigo mío, será robustecer los fundamentos de la democracia auténtica con el remozamiento del consentimiento común. Prepararse antes de que el monstruo asuma la ofensiva girando sobre los talones, atizado por el instinto y un mundo de tentaciones y necesidades apremiantes, prontas a fanatizar. Después... no faltará quien se encargue de vestir de armiño al monstruo, como vistieron a la revolución francesa articulando principios y dándole bellísima forma literaria.

*

Al hilvanar y pretender precisar recuerdos viejos en la memoria, quedan siempre vacíos, huecos que no serían difíciles de llenar con réplicas imaginadas *a posteriori*, hasta aparecer convenciendo de error al desaparecido. Lo cierto es que las ideas y los problemas que expresaba Canales, al principio me eran tan desconocidos como a otros puedan serles ahora familiares. Pocas veces entendí entonces, claramente, lo que en 1916 aparecía en el fervor de él empapado de doctrina.

En vastos imperios de portentosas riquezas acumuladas y de inagotadas posibilidades —Gran Bretaña, Francia, Alemania, Estados Unidos de América— por mi ignorancia yo sólo alcanzaba a ver la grandeza que deslumbra y, como desavenencias internas, conflictos fáciles de arreglar, apetencias fáciles de satisfacer mediante acuerdos directos entre patronos y obreros o por virtud de legislación fácilmente aplicada desde un organismo del Poder Ejecutivo.

En cuanto al orden social reclamado por Canales, de ineludible disciplina, era de presumir que en la práctica tendría que serle adverso debido a la incapacidad del sujeto para someter su persona y su criterio a cualquiera disciplina.

(1) *Palique* XXXIII.

(2) *La Democracia*, San Juan, P. R., 3 de abril de 1915.

(3) *Id.*, *id.*



3

Ocho capítulos titulados *Riqueza y Pobreza*, insertos en *Paliques*, pueden aceptarse como resumido exponente de la primera etapa del socialismo de Nemesio R. Canales. Escritos con vehemencia para hacerse oír, desde el principio responden a la intención comúnmente contenida en los carteles de desafío: llaman a discutir, a reñir si es preciso.

Tiende el autor una trampa en exaltada apología del dinero, "síntesis donde cabe todo lo que posee algún valor en la tierra" y, al revés, señala y detalla parte de los inenarrables males provenientes de la pobreza, "que es el más grande, el más abominable de los crímenes. ¡Si hasta creo que es el único crimen!"

Hasta ahí, en la carnada, no hace más que repetir con voces nuevas conceptos de dos grandes humoristas de la raza: del arcaico y genial Arcipreste de Hita y del temible y multiforme polígrafo don Francisco de Quevedo y Villegas.

Mordieron el sebo apetitoso y aparentemente fácil de engullir, y quedaron prendidos en el anzuelo. Entonces reitera y redarguye:

—"Yo no retiro nada de lo dicho... Lo escribí precisamente como una protesta contra este medio social roñoso y absurdo que nos pone en la necesidad de no tener otra preocupación seria que la eterna preocupación del dinero"... "por el aprecio que hago del valor inmensurable del dinero (es) que protesto y me rebelo"... "contra el actual sistema social que permite neciamente que unos cuantos piratas nos roben"... "toda la vida, toda la crema de las cosas de este mundo". "No hay que salirme diciendo que hay cosas —inteligencia, valor, integridad, bondad, arte, belleza y mucho más— que están por encima del dinero." En eso... "voy más lejos que nadie".

"Hacen muy bien los ricos en arramblar con todo al

amparo de una sociedad que lo consiente y hasta lo premia." "Lo criminal es ser pobre"... "El hecho de que yo no diga nada contra los ricos, ni contra los lobos, no significa", "que yo esté conforme con el actual sistema social que consagra todas sus actividades a la defensa del rico contra el pobre".

"No es por sentimentalismo, por pura compasión: es por egoísmo, es por la conveniencia de todos, es por amor a la salud y a la estética del mundo que debemos suprimir a los pobres, (y) toda la maldad esparcida sobre el globo."

Entonces es cuando se siente apostólico, y vocifera:

—"Nos pasamos la vida fabricando escuelas para extinguir la ignorancia, dictando leyes, estableciendo y sosteniendo cárceles y tribunales, pagando costosísimo ejército, jueces, fiscales, policía, verdugo, para extinguir los crímenes": y "la brutalidad y el crimen se reparten el imperio del mundo".

"Ya es hora de decir que no se combate la pobreza con esa ñoña caridad de reglamento que levanta hospitales y asilos." "No se combate la sarna, no se combate la viruela, con obras de misericordia: se combaten matándolas."

"Si se pudiera acabar con la pobreza matando a los pobres a lo Herodes, yo no vacilaría en aconsejar ese procedimiento como más en armonía con la barbarie de nuestro estado social; pero además de que el remedio no nos curaría sino temporalmente, los ricos serían los primeros que habrían de combatir contra esa matanza", "que les dejaría privados del brazo de los pobres", "máquinas más barata y más cómoda que ninguna otra máquina".

"¿Qué es la justicia de hoy sino un acto estéril de venganza?"

"Quise explicar mi artículo *La Virtud del Dinero*, para que no me levanten falsos testimonio, y ya habrán visto ustedes en lo que me he metido."⁽¹⁾

Y continúa:

—“El dinero es un símbolo convencional inventado para comodidad de los hombres” y “puesto que se produce y se puede producir profusamente y no tenemos dinero, ¡alguien se está quedando o se ha quedado con todo el dinero! ¡Alguien se roba algo que es de todos, porque es aire, agua, pan, instinto, emoción hecha idea!”... “la culpa es de este monstruoso y abominable sistema social”.

Ya al final, en el *Palique XXI*, descubre e indica el remedio, su panacea que todo lo cura:

—“*El remedio está en el Estado.*”

—“¿Cómo?”

—“Muy sencillamente: *volviéndose el único capitalista.*”

La segunda etapa del socialismo de Canales llena páginas del semanario *Juan Bobo* y se diferencia de la primera en que las lacerias del país se exhiben de modo más escueto, con razones más directas y con mayor dominio de los motivos.

Como regalo de Pascuas o recordatorio de Nochebuena, alerta el 23 de diciembre de 1916:

—“Ahora la injusticia, la desigualdad y el monopolio no son de casta a casta, de sangre a sangre, de nombre a nombre. Ahora son de barriga a barriga.”

Ya el 30 de setiembre del mismo año, de regreso de New York, publicaba *Hambre y Millones*, insistiendo:

—“Hay que machacar. Hay que machacar sobre esta cuestión de nuestra hambre de abajo y los pocos millones de arriba. Nuestros hombres públicos, que tanto charlan sobre materias secundarias, no dicen nunca nada sobre nuestro más apremiante problema.” “Y hay que volverse martillo, hasta que la tragedia espantosa del hambre puertrorriqueña”... “comience a inquietar y a preocupar al grupo

de hombres de buena voluntad que nunca faltan en ningún país”.

—“¿Cómo es posible que esta realidad de nuestra miseria, que nuestra falange lamentable y siniestra de jornaleros que parecen espectros”... “no nos sacuda fuertemente el alma?”

—“O somos fieras y el espectáculo de tanta degradación, de tanta penuria, nos deja insensibles, o somos hombres y nos queda un resto de simpatía humana y un eco de la voz de la especie nos dice que abramos los ojos y miremos todo lo que hay de indigencia, de ignorancia, de llanto, para que lo horrible de la visión nos”... “despierte la noble ansia de luchar sin tregua en la gran cruzada de rescatar de la miseria al ser humano enflaquecido, sucio y triste, que interpone el reproche y el espanto de su silueta entre la sonrisa primaveral de los campos puertorriqueños y los ojos indiferentes, cuando no desdeñosos, de nuestros magnates”.

.....

—“Para prescindir día y noche de tan dantesco espectáculo, no basta ser simplemente bruto y egoísta: hay que ser hecho de una tela tan basta y tan grosera como la que forma a los asesinos y a los hipopótamos.”

*

En cada número del semanario se inserta uno o más artículos con igual argumento, con acentos conmovedores y preocupación tan contagiosa y tan patética vibración de sentimientos, que no se explica cómo no se dictaban medidas en favor de los necesitados. Llamó y volvió a llamar la atención de los rectores de la política tratando de enternecerlos y ganar sus simpatías. En vano. En vez de provocar simpatías, ellos leyeron con espanto y en lugar de la aconsejada ayuda se inclinaron más a “la derecha” con

la prudencia y la moderación de los hombres de buen juicio...

A raíz de la muerte de Luis Muñoz Rivera, quien alentaba desde Washington a Canales y a Llorens, en la primera asamblea general del Partido Unionista los nuevos dirigentes y varios de los recientes enemigos del difunto, puestos de acuerdo y convertidos en herederos universales, con asombro de algunos observadores descartaron de toda combinación en la política militante a los fundadores, dueños y redactores del atrevido semanario.

Se frustró así la manifiesta simpatía de Muñoz Rivera al periódico de doctrina más avanzada sobre problemas sociales que hasta entonces se había editado en Puerto Rico; así murió el *Juan Bobo*, y así enmudeció por muchos años Luis Llorens Torres y, meses después, salía Nemesio R. Canales rumbo a la América del Sur lanzando voces y diseminando ideas ahora perdidas, desvanecidas en el extranjero.

Al mirar atrás después de treinta y cinco años y examinar el aspecto más relevante de la vida de Canales, se llega a la conclusión, y es justo manifestarlo, de que por virtud de la democracia existente en los Estados Unidos de América y sus reflejos en Puerto Rico, cuando menos a los humoristas y a los satíricos se les permitía decir y escribir atrevimientos que, en otros países, acaso hubiesen acarreado funestos males a los escritores de esas y otras modalidades. Nemesio R. Canales vivió aquí sin tropiezo con jueces, fiscales, agentes de policía ni tribunales de inquisición. En todo momento tuvo libertad y protección democrática y ni autoridades continentales, ni las nativas de este país, quisieron ver herejía en sus opiniones ni intervinieron en su derrota. Éstas, tanto en la Cámara de Representantes como después en la propaganda de los

periódicos, corren aún por cuenta de sus correligionarios. Los poderosos ni tan siquiera se dignaron dar señales para estrangular o acallar temopralmente las ideas y los ideales en apariencia hostiles a sus intereses. Que hay muchos medios para matar, y no faltan algunos para morir.

(1) *Pabiques XIV y XV.*

VI

CARACTERÍSTICAS Y CONTRASTES

En diversas alternativas de la fortuna he tratado a gente diversa. En desierta región dirigí fábricas numerosas hasta fundar un pueblo, escogiendo a los habitantes de carácter que fueran valladar preservativo en la frontera frecuentemente amenazada del Sur de Santo Domingo. He vivido entre montaraces, agricultores, carpinteros, albañiles, arrieros, pastores... y tan lejos de centros civilizados he asumido el papel de amistoso conciliador entre pretensores de gramática parda y apetitos turbios, litigantes contra rivales alborotados. He viajado. He andado entre diplomáticos, sutiles y enredadores unos, y otros de palabras y gestos nobles, razones claras y propósitos retorcidos. Me he inclinado ante poetas y literatos ilustres, aventados de su gloria, centro y puntales del universo. He investigado y estudiado el laberinto de la historia de la República Dominicana tratando de desentrañar la parte válida de hombres entre los cuales hubo rudos, sinceros, hábiles simuladores, brutales, y aquellos otros ¡tan complicados!, revueltos amasijos de virtudes y defectos... y ni en los muertos ni entre vivos he encontrado a nadie tan sorprendente como Nemesio R. Canales.

Leo lo que han escrito y oigo lo que dicen de él: desconcierta la facilidad con que se le juzga y lo contradictorio de las opiniones.

Acerca de actitudes y aspectos espirituales relativos a los hombres que sobresalieron y pertenecen ya a lo pretérito, cuando pugnan pareceres a la hora de emitir juicio para explicarlos, cada cual puede atribuirse el monopolio de la razón y en última instancia y contra el testimonio simple y verdadero, nunca faltará argumento para seguir defendiendo ese monopolio. Porque, según R. Menéndez Pidal, "en las ciencias del espíritu el derecho a la no persuasión queda siempre ejercitable",^(*) y porque si ni aun Hernando del Pulgar ni Plutarco obtuvieron testimonios ante notario para escribir los *Claros Varones* y las *Vidas Paralelas*, no parece razonable que a los de ahora se les deba exigir la prueba fehaciente en que basen sus conclusiones.

¿Pero qué causas motivan los puntos de discrepancia y por qué el interés creciente hoy, que despierta el caso preciso de un hombre que a pocos apasionó en vida?

Acaso se deba al contraste perceptible entre algunas de sus modalidades y cualidades intrínsecas. Contraste entre lo aparente y lo substancial de su existencia: entre la forma apasionada y paradójica de la expresión y la permanente y clara serenidad en el mantenimiento de los principios. Contraste entre el propagandista constante e indoblegable del materialismo, y el idealista indiferente a la personal ganancia que pudiera proporcionarle comodidades e independizarlo para la acción. Contraste entre el crítico mordaz, despreciativo de la vanagloria, odiador de los actos que menguan la justicia y enturbian las relaciones humanas, y ese su andar compadeciendo y callando defectos y caídas de los demás, rebosando en dones de misericordia. Contraste entre la insuficiencia de la obra que dejó escrita, y aquella su elocuencia oral, honda y tan rica de conte-

(*) Ramón Menéndez Pidal: *Poesía árabe y poesía europea*.

nido. Contraste entre la física pequeñez del propio continente y la imponderable grandeza de la esperanza, desde la cual pretendía alcanzar a ver removida la condición social del mundo. Total contraste, en fin, entre el que pasó dando alerta positivista, predicando en Sancho y viviendo fantasías de Don Quijote.

Elevarse hasta captarlo, comprenderlo y revelarlo en la generosidad y limpieza de su ideal, en la finura de su sensibilidad y en la porción mejor de sus pensamientos, sería fijar otro punto luminoso en la historia de la cultura de Puerto Rico: un bien, si es cierto que "sin la enseñanza de los grandes nombres, salvados del naufragio de la muerte, a menudo no queda más que ceniza".(**)

HUMORISMO – IRONIA – SATIRA – ORATORIA

Suenan en castellano numerosas palabras que a simple oído aparentan identidad. Más que un parentesco innegable, más que el íntimo aire de familia, tienen la fraternal similitud de los Mellizos de Menandro latinizados por Terencio en *Los Gemelos* y remozados por Shakespeare en la *Comedia de Equivocaciones*.

La abundancia de diccionarios confeccionados en América no siempre marca lindes de separación entre la índole *tuya* y *mía* de *los Gemelos*. Cabe, aquí, una observación de Azorín: "Si apelamos a los diccionarios acaso no podemos lograr mucha luz sobre el concepto."

Si en la región matriz del idioma la misma palabra se afirma, gana o se gasta en el discurrir del tiempo, alterando en ocasiones el significado, y en cada una de las provincias hispánicas del Nuevo Mundo adquiere inflexiones, ritmos,

(**) George Clemenceau: *Demóstenes*.

acentos, ¡cómo no han de tener las voces gemelas intención y valor diferenciales, diferentes gradaciones y matices!

El oído delicadísimo de Marcelo Pogolotti, ciego que fue pintor y acaso músico en la adolescencia, ingeniero titular y después novelista y periodista abundante de conceptos y económico de frases, distingue y separa por tono, acento pardo, agudo brillante, y otros rasgos característicos, ese género de palabras. Le advierte intención ineludible a la persona que le está hablando y la buena y la mala índole se le denuncian en la pronunciación, cuando serían impenetrables a la vista y al oído vulgar de los demás. En la inflexión de la voz, aunque la dulcifiquen adulando con el sonido, descubre el propósito y capta la condición del alma. Para él las palabras se atavían de colores, tienen sus ademanes, se animan de particulares sentimientos, son seres vivos y revelan al sujeto que las profiere. Le apagó Dios las pupilas para otorgarle como compensación a su espíritu insospechable clarividencia.

¿Qué gamas, qué gradaciones y diferencias sutiles escapadas a un diccionario manual, debemos aprehender entre humorismo, ironía, satírico o sarcástico, cuando grandes escritores de Puerto Rico las están confundiendo al tratar de explicar a Nemesio R. Canales? ¿Es que el concepto ideológico se limita siempre a lo supuesto a veces en el envase, se atiene a eso y nada más? ¿Están ahí la diferencia y el matiz personal, hijos de la intención, del temperamento, de la índole del escritor ahora sometido a examen?

Queden abiertas estas interrogaciones en apelación del fallo que extravía, acaso queriendo orientar, al establecer paralelo entre Canales y Bonafoux. Paralelo infeliz entre un satírico maldiciente y el sentimental de bondad insondable de quien trascendía la ironía como un perfume. Paralelo inaceptable entre el agrio preservativo y oloroso

del limón y la amargura persistente e inconfundible de la sábila y la retama.

El medieval Arcipreste Juan Ruiz era y sigue siendo humorista. El gran renacentista don Miguel de Cervantes Saavedra, platónico de incomparable elevación espiritual, es, más que sano, como Platón un saludable humorista. Don Francisco de Quevedo y Villegas es humorista natural, a ratos avinagrado, que suele herir y cuando hiera con la palabra, él goza. Es doble: tiene doblez en sus travesuras. Y cuando ese jovial Quevedo del *Buscón* se enturbia y hasta se amarga en algunas de sus otras obras, prueba que ni él ni el mismo Arcipreste de Hita eran en su vida material tan bondadosos como Cervantes; pero no dejarán de ser humoristas ejemplares.

El humorismo regocijado será el mellizo generoso de la ironía, a la cual consiente cerca, mientras alcanza a ver sin gratitud a los demás de la parentela: la sátira o el sarcasmo; y aunque no censure, sonrío y rehusa aceptarlos en íntimo tratamiento.

En Nemesio R. Canales, como en Quevedo, asoman varias fisonomías, menos la del amargado. Resplandece su humorismo regocijado que suelta burlas, cuando es don engendrador de gracias gratuitas: el que desfrunce el ceño, reanima, alegra, y momentáneamente alivia o cura. El cuento de *Don Bruno* es digno del Quevedo del *Gran Tacaño*; si se le arranca y aparta del primer *Palique*, resulta joya literaria y característico exponente de ese género.

—“Para que nada faltase a la seriedad inmensa de mi tío, se llamaba don Bruno, y era Alcalde”...

El buen tío, que sufre en silencio desde años antes su seriedad, previene a Canales cariñosamente para salvarlo de tan grave mal, y también para desahogarse:

—“Sobrino: más que del peligro de la embriaguez, del

juego y los demás vicios, apártate y huye con horror del peligro de ser respetable.”

En diversos momentos, en la conversación y en los escritos, presenta Canales la modalidad, en apariencia ingenua:

—“Estoy por perdonarle a mi padre el feísimo delito que cometió conmigo llamándome *Nemesio*...”

A esa modalidad corresponde su protesta:

—“Es casi criminal lo que ha hecho conmigo el corrector de pruebas. ¡Me hace llamar Moille a la Condesa de Noaille!”

—“En Puerto Rico, fuera de algún asesinato, suicidio o incendio, o la visita de algún personaje, no ocurre nada que valga la pena.”⁽¹⁾

Loa a los buenos monjes fabricantes del *Chartreuse*, a quienes angurriosos comerciantes norteamericanos han pretendido despojar de su secreto y adulterar el licor:

“...su fórmula breve, sencilla, dulce, se parece al *Amaos los unos a los otros* de Jesús. Sólo que la fórmula, en lugar de entrar por los oídos, entra por la boca.”⁽²⁾

El elogio exhala un tufillo de profanación; pero ahí no incurre Canales en irreverencia.

—“Todavía hay gente tan boba que no sabe lo que vale, para lo que sirve, un castillo en el aire. Sirve... para sentir uno el aleteo de la propia imaginación, el vuelo del espíritu, el clamor de los anhelos multicolores que se agitan y tiemblan dentro de nosotros esperando su hora. Sirven... para lo que sirve todo lo que no sirve.”⁽³⁾

A los jorobados de alma “hay que meterles de cuando en cuando algo de Bécquer”. “Hay que darles a probar a Bécquer... aunque no sea más que para darles el disgusto.”

En el *Palique X* apunta broma macabra. Un choque de vehículos lo convierte en sanguinolento guiñapo.

—“Estos feotes ojos míos, que han visto tantas cosas que no valían la pena, me vieron después de muerto.” Tendido

en medio de la calle; “en torno mío, un grupo abigarrado de personas comenta y me echa piropos. Yo había sido más bueno que el pan, más patriota que Guzmán el Bueno, más sabio que el Tostado, más justo que Catón, más valiente que Amadís... Hubo alguien —creo que fué una vieja cegata que llegó a soltar la enorme barbaridad de que yo había sido un buen tipo. Era la leyenda que empezaba. Todos esperaban a la autoridad para *el levantamiento del cadáver*... cuando un muchacho que pasaba se atrevió a darme un pellizco en la nariz. ¡Me gustó la familiaridad con que me trataba el muchacho!”

El humorismo sano, el buen humor, fresco y natural, brota y bulle, y mueve a reír. Canales no inventa imágenes, ni extorsiona las frases y los conceptos, ni se preocupa de hacer gracias ni chistes para agradar. La verdad, su ocurrencia verdadera, por cuenta propia se deforma y reviste inofensiva broma, breve y vivaz. Cuando el interlocutor, o cada oyente, amagado de inquietud va a mirar de reojo temiendo que la broma le sea endilgada, rápidamente el autor la revierte contra sí mismo.

El discurso de Canales en Buenos Aires prometiendo agradecimiento en el banquete con que un grupo de intelectuales lo acoge y agasaja, dura no menos de media hora y entretiene al auditorio más de veinte minutos con burlarse de Canales, del nombre de Nemesio, etiqueta burda que —según él— sus padrinos y su padre, en contubernio, tuvieron la maligna idea de imponerle como castigo; se mofa de la indigna, de la menguada estatura, insignificante envase en que el diablo y Dios, en increíble acuerdo, le habían tasado medida antitética de su grandeza espiritual; se ríe del Canales exterior sin respeto ni miramiento, de la interesantísima cara de fauno sin barbas de Canales, y de los ojos... hechos así, para que al pasar cada día frente al espejo entendiera que todo el infeliz conjunto era irre-

mediable y no se enorgulleciera del mundo armonioso que llevaba dentro.

Las ideas raras e ingeniosas le salían con facilidad y pasmosa abundancia. Sugestionados estaban los comensales. Se olvidaban de que enseñaba la caricatura de sí mismo y, entonces él, para que no quedara género de duda, con índice de evidencia señaló contra la propia persona.

Al siguiente día Nemesio R. Canales era popular y querido entre los concurrentes al banquete y otros más que se enteraron del triunfo y que por los comentarios al discurso tuvieron interés en conocerlo.

Ya uno o dos años antes de correr su quijotesca aventura por la América del Sur, en San Juan de Puerto Rico, beneméritas señoras inscritas como auxiliares en la institución de la Cruz Roja le indicaron turno para que invitara a los concurrentes que llenaban el teatro del Parque Borinquen a donar dinero que aligerara las penalidades de los combatientes en Francia durante la *gran guerra*. Él había olvidado el compromiso, animado en discusión por demostrarme que un verso de Alfonso Reyes inserto en la *Salutación al Romero*:

Sueltas el alma por donde los astros van...

en su parte buena fué extraído del Don Juan de José Zorrilla, cuyo torrencial lirismo le emponzoñara la memoria desde que estudió en España.

—Está incluido en la quinta espinela (de pie forzado), porfiaba y recitaba:

Mármol en quien doña Inés...

.....

*¡Oh, doña Inés de mi vida!
Si esa voz con quien deliro
es el postrimer suspiro
de tu eterna despedida;*



*si es que de ti desprendida
llega esa voz a la altura
y hay un Dios tras de la anchura
por donde los astros van...
dile que mire a don Juan
llorando en tu sepultura.*

Con repentina y metálica estridencia el timbre del teatro le recordó el deber caritativo.

—No me deje usted solo en este lastimoso trance —dijo instándome a seguirle.

Por el pasillo central del teatro avanzamos y al llegar él cerca del telón de fondo, saltó a la tarima que servía de improvisada tribuna. Protestó, como asustado, de que lo enfocaran luces ante tantas jóvenes bellas y matronas honorabilísimas, alegando que a los feos la oscuridad les favorece. —¿Por qué lo hacen? —preguntó—. ¿Será por insatisfecho deseo de ver lo interesante de esta persona? Pues para que la recuerden mejor...

Se describía por fuera. Y un rumor de resaca igual al del mar vecino, de oleaje que se retira arrastrando arenas, murmuró y fué creciendo en la muchedumbre que al fin rompió en risa general y en multánime y atronador aplauso. La risa y los aplausos de regocijo le ahogaban la voz, cuando con un ademán dominó y acalló al “respetable público”. Y entonces, en breve síntesis, describió la excelencia interior de Nemesio R. Canales. Un Canales de escultural y espiritual perfección.

Otra vez, jubiloso, en *crescendo*, se dilataba el anterior rumor, cuando subitánea, giró la peroración enalteciendo la cristiana finalidad de la Cruz Roja. Hablaba ahora con voz tan emocionante y razones tan luminosas de cristianismo, que el más avaro tendría que sentirse incapaz de negar su óbolo. Pocas veces serían, como aquella noche, tan espléndidos los donantes. Terminaron los minutos que

le habían señalado y... olvidados del cinematógrafo, "¡que siga!", exigían voces.

Ese su jovial humorismo se habituó a sutilizar disparando flechas que, de rebote, recurvaban y de exprofeso le caían encima.

—"Dante es un hombre bueno para ponerlo en un museo, pero no en nuestra casa."

Y musita frase complementaria a manera de confidencia:

—"La verdad es que yo no lo he leído nunca"...(5)

¿Traicionaba la verdad, o la dió a olvido? Él sí había leído la traducción en versos que hizo el Marqués de la Pezuela y Conde Cheste (el que fué gobernador de Puerto Rico). Sin conocerla no hubiese podido explicar trozos de esa traducción que una vez me recitó reprobando la sinrazón de mi crítica al traductor.

*

El "humorismo filosófico", definición exclusiva con que se limita él y pretende clasificarse en el preámbulo de *Paliques*, ¿es actitud hija de cálculo, o emanación trascendente de observaciones, de aspiraciones agonizantes, o barrunto de invasoras ideas revolucionarias?

Todo sentimental verdadero, a medida que experimenta desengaños y el maltrato de dolores, es decir: a medida que vive, si no es de espíritu religioso se va tornando escéptico, y todo escéptico que no sea de aviesa índole recibe de cuando en cuando la visita del humorismo razonador al que el discurrir del tiempo le impone esa pátina o saturación interna que algunos llaman ironía y otros se complacen en elevar a la categoría de humorismo filosófico.

Cuando Canales olvida que debe producirse así, surge y fluye en otras modalidades su fresco y bonachón humorismo de juventud.

El desgraciado proceso de silenciosas contrariedades y

derrotas injustas, no lo descompone, no lo amarga; pero sí lo agría entre ratos y a ratos le enturbia la vena pura y el humorismo se le tiñe de ironía:

—“El *Puerto Rico Progress*... periódico calculado para matar en ciernes todo principio de hervor imaginativo”...(6)

Efervescentes las pasiones en la Cámara de Representantes, enhoramala Canales se opuso a la aprobación de una *resolución conjunta*, o proyecto de ley, o no sé qué propósito que pasó a ser “cuestión de partido”, de su partido, y que él no creyó de razón práctica. Se enardecieron los ánimos. Discurseó e ironizó y sacó de compostura a José De Diego y a los demás prohombres que eran sus correligionarios. El gran don Rosendo Matienzo Cintrón, en vez de tratarlo con la elevación merecida diciéndole *Cerdo de Epicuro*, que habría sido quizás de su agrado, se irritó y... ¡qué Cerdo de Epicuro!; lo degradó y redujo a “una lechona de Jayuya”. Y, no satisfecho con la reprimenda, ironiza desde *La Correspondencia de Puerto Rico*.

Canales comenta desde Ponce en el *Palique LVI*:

—“Matienzo... se deja caer contra mi pobre y japonesa humanidad, para decirme... “*hombre sin fe y sin amor a los ideales*”; y declara que “nada me podía llamar que sonara tan gratamente en mis oídos.”

¡Ironía cruel y sutil la de Matienzo!

—“Sí —responde el de Jayuya—, reconozco, con el aire avergonzado propio de las circunstancias, que no poseo ni un adarme de fe en mí mismo y que no me preocupa gran cosa eso de los ideales. ¡Pero qué demonio de hombre este Matienzo! ¿Cómo habrá logrado enterarse de una cosa que yo me tenía tan callada?”

“Yo también tuve fe. Pero... ¿qué Américas he descubierto yo, qué Marengos y Austerlitz he ganado? El mismo Matienzo, si no tuviera fe en tantísimo embeleco como tiene en la cabeza, sería delicioso... No hay para él nada

bueno, nada sano, nada merecedor de respeto o de cariño, si no está dentro del molde de sus ideas!”

¡Tremenda y sutil ironía, la de Nemesio R. Canales!

—“¡Qué grande —continúa— y qué simpático resultaría este viejo-joven, si viniera un ciclón y cargara de una vez con el maldito fardo de tanta chifladura como lleva en el cuerpo!”

Entre las chifladuras es de suponer que el ironista no se atrevería a incluir el espiritismo.

Dolorosa ironía, tan aplicable a las tres Antillas de habla española y que hace pensar tanto en una lesión común en ellas:

—“En Puerto Rico los hombres de letras no se entusiasman nunca por la obra de ningún compañero, y si se entusiasman lo hacen con tantísima reserva que nadie se entera.”

“No conocemos el placer del elogio.”⁽⁷⁾

Ironía reminiscente de ex católico, ex español de raza y ex patriota antillano:

—“Yo no quería a Mr. Dexter. ¿Por qué? ¡Qué sé yo!... será porque lo conozco poco, o lo conozco demasiado; porque en su voz y en su figura todo es, o todo parece, opaco, frío, húmedo, casi sepulcral. Será por la manera de mirar, o de andar, o de toser, o de hablar, o de quedarse callado; será por el corte de su americana, o por el color de su sombrero, o por lo siniestro de su melena, o por el perfil puritano de su cara solemne como un himno protestante.”

“¡Oh venturosa Puerto Rico, esmeralda escondida entre espumajos de olas! Eres pequeña, eres chiquita, eres mansa, eres inerme... ¡Pero tienes a Mr. Dexter!”⁽⁸⁾

Irónico tanteo de socialismo ante la muerte de un verdugo:

—“No estoy conforme con el dictado de *insensato* que le aplican al finado. Yo no creo que haya nada de insen-

sato en tener un oficio. Un oficio siempre dignifica... al que lo ejerza con probidad."

El negocio de matar gente es lo mismo que cualquier otro negocio; "hecho en pequeña escala, está mal visto"; y "es la industria que hizo inmortales a Alejandro, Aníbal, Escipión, César, Napoleón."⁽⁹⁾

El socialista apunta, crece, rebasa de lo inmediato, se desenvuelve ensanchándose hasta sentirse dilatado en la raza hispana: sólo le falta pasar la última frontera para abarcar el mundo:

—“Mis entusiasmos de la hora presente son de raza, no de patria. Peleo por lo que hay en mí de hispano latino. Si la lucha fuera ahora con venezolanos, argentinos, dominicanos, españoles, yo no me metería en nada.”

Antes de que la astucia filosófica del débil lo ilumine y guíe y haga pensar y comprender que en el socialismo acomodaticio y manso de los *fabianos* ingleses se encuentra el bienestar y quizás la represalia de Puerto Rico y demás naciones débiles sometidas a intereses imperiales, ¡cuántas parciales y amadas ideologías necesaria e inexorablemente estranguladas, incineradas y lanzadas al viento! Al desembocar el río individual en el océano, que universaliza, indefectiblemente la injusticia se anula: acaban los sojuzgamientos. Columbrando desde la cresta de un cerro su auroral visión, divisando ya la nueva Canaán, destila su maliciosa ironía:

—“Todo, hasta la ciudadanía, puede y debe tolerarse en este mundo.”⁽¹⁰⁾

—“El *Washington Post* dijo que somos “mansos y sumisos”; los puertorriqueños se han indignado y protestan. Mera cuestión de amor propio.”

“Somos tan pequeños que no podemos ni debemos ser valientes. Pues seamos mansos, y desarrollemos cada vez más la fuerza de los mansos, que es la astucia.”⁽¹¹⁾

Expresión madura y profunda del socialista universal:
 —“A mí no me ha quitado el sueño lo de que Arizona y New México sean o no Estados. Si he de decir verdad, el problema ese de la forma o sistema político de un pueblo me inspira poco más o menos igual cuidado que la ceniza de mi cigarrillo o el polvo de mis zapatos.” “¡Tiene tan poco que ver el verdadero bienestar del hombre con el sistema del país en que vive!”⁽¹²⁾

La pequeñez de su propia estatura y el tamaño de su isla le hicieron comprender desde temprano lo juicioso que es renunciar a recursos de la fuerza:

—“*No me es posible simpatizar con la violencia y la crueldad futuristas erigidas en norma absoluta de vida.*”⁽¹³⁾

FEMINISTA, EL PRECURSOR

Encarecimiento parece reafirmar que Nemesio R. Canales era feminista, ya que el feminismo está lógicamente implícito en el socialismo. Porque el personal ensayo rebotara en su disfavor, no se ha de considerar como siniestra premisa de fracaso de la idea. La realidad resultante a largo plazo, avanzando a paso lento, ahora le está dando a él la razón.

No predicó él que la mujer debe alcanzar y disfrutar igualdad de derechos y deberes que el hombre, por concederles favor, sino por convencimiento de justicia y, sobre todo, porque:

“...la mujer, ennoblecida por un ambiente de libertad, pueda y sepa entendernos, ayudarnos, distraernos, siendo nuestra amiga, nuestra camarada, nuestra hermana”; y porque “somos también los hombres, ahitos de grosería y repletos de brutalidad, los que saldremos ganando”; y “por el noble empeño de librarnos del bochorno de ser amos.”⁽¹⁴⁾

Se lamenta:

—“Todos los hombres serios de la Cámara (de Representantes) miraron mi proyecto (para la emancipación de la mujer) con esa cargante risita de desdén que tienen para todo aquello que no entienden. Y, puesto a discusión, saltó mi elocuente amigo De Diego a la palestra y sus períodos relampagueantes convencieron a todo el mundo de que yo estaba loco y de que “*nuestras castas y angelicales* mujeres estaban muy bien como estaban y para nada necesitaban más derechos que los que tienen.”

Ahora... “me tropiezo en *La Democracia* con un manifiesto de Muñoz Rivera (en que) aboga porque aquí, en Puerto Rico, nos dispongamos también a realizar tan noble acto de justicia: implantar el voto femenino”...

“No me sorprende que el señor Muñoz Rivera, hombre inteligente y progresista, se haya convertido en abogado del sufragio femenino; pero me sorprende y me aflige que ni él, ni los que comentaron y ensalzaron sus declaraciones, hayan dicho una palabra de mi labor.” “He sido el primer paladín de la causa femenina en Puerto Rico.”⁽¹⁵⁾

CANALES, CRITICO

El crítico de alta categoría se encuentra en distintos momentos de la obra escrita de Canales; fué centro y espina dorsal de su propaganda hablada, y arteria mayor de toda su vida. Observador y crítico de los problemas sociales, crítico de las costumbres y de la ley escrita. Pero, además, en varios capítulos de *Paliques* apunta y se reprime el deseo de desempeñar el ingrato papel de crítico malhumorado. Desde ese libro de juventud lleno de atrevimientos, dispara el dardo; pero a señores innominados, indistintos, distantes y dispersos en la república de las letras: nadie se debía dar y nadie se dió por aludido:

—“Detesto el estilo hinchado, sonoro, campanudo, que

algunos emplean. Se abusa todavía, en Puerto Rico, de la Retórica que nos encariña con lo artificioso, con lo rebuscado, con el símil pedantón, con el período hueco y pomposo que no dice nada."⁽¹⁶⁾

Hubo un tiempo en que en España se popularizó una clase de crítica, casi siempre desprovista de elemental miramiento para el lector desconocido, sin misericordia para la obra criticada, y en la que se olvidaban las cualidades meritorias del autor, si las tenía. Ingeniosidad, reglas gramaticales y malhumor, eran bastantes. Cómo podían coexistir esos críticos, roedores de reputación intelectual, y el genio enciclopédico, creador y reconstructor de don Marcelino Menéndez y Pelayo, preocupado por alumbrar cuestiones esenciales, es cosa que hace pensar. Se explica porque en un idioma caben juicios y lenguas de muy diversas medidas.

Dos españoles de Cuba y Puerto Rico, al principio admiradores de Clarín y después maldicientes de Clarín, tomando la porción negativa del mismo Leopoldo Alas se señalaron en el ejercicio de aquella modalidad: por la acritud, el amargor y un desenfado que rayaba a veces en irreverencia y de cuando en cuando se extremaba en el cinismo. Para hacer más ostensible la diatriba escandalosa, contando en su fuero interno con la aprobación del público lector al que fingían desdeñar y que en más de una ocasión calificaron de "cretino", se situaban en el centro del universo con autoridad de dioses irritados. Y para abultar defectos de la obra sometida al tribunal de su inquisición, ocurrían a faltas o deficiencias gramaticales, a defectos físicos del autor, positivos o imaginarios, y hasta al defecto moral. Así, *pasquín* con firma, atrayente y repulsivo como anónima caricatura trazada con intención malévola, llamaban la atención de los lectores.

Escritores representativos de esa literatura maligna,



cuando Canales cursaba estudios en la península ibérica, eran Luis Bonafoux, de Puerto Rico, y el cubano Bobadilla (Fray Candil). En el primero el modo peculiar quizás fuera malsana exudación, humor del hígado afectado desde la infancia por el paludismo antillano. En el fondo del cubano, hombre cultísimo, la obra ajena y sobre todo el triunfo aplaudido con entusiasmo, parecían remover bilis de resentimientos.

Canales, ser de contrastes, naturalmente repugnaba esas obras y a esos autores. ¿Cómo, por qué él, tan rico de pensamientos de noble finalidad, que no nació enfermo y a quien ni las contrariedades ni los reveses lograron desvirtuar, descendió a la crítica mordaz, peleadora, llamativa y de sospechosa categoría?

Lejos estaba ya el estudiante obscuro procedente de obscura y remota aldea, del tiempo en que necesitara saltar y meter ruido para darse a conocer sin pérdida de tiempo, cuando Bonafoux criticó la forma poética de Luis Llorens Torres, con desparpajo, acción intolerable para Canales.

En abril de 1914 aparece en *La Revista de las Antillas* agria, áspera crítica de represalia, en que el de Jayuya utiliza recursos de estilo con desagradable impertinencia, aunque prescindiendo del retruécano y del adjetivo degradante, que tampoco eran privativos, sino circunstanciales, de Bonafoux; pero el desenfado formal del humorista es ahí semejante al del satírico envejecido.

Asegura un clásico español que a veces se pierde la razón y se incurre en culpa por la forma de exponer la razón. Bonafoux vivió de la diatriba, practicaba a menudo la diatriba como un cirujano la cirugía. Su manera respondía a una necesidad del oficio y de la índole, o a un desigual temperamento; y ni su adhesión y consecuente lealtad a Ramón Emeterio Betances, de amable memoria para los antillanos, ni la bondad personal que el escritor

Carlos N. Carreras le reconoce en uno de sus trabajos de revisión histórica —apoyándose en opiniones y anécdotas de periodistas que trataron a Bonafoux y luego aseguraron que era amoroso con los hijos y la mujer— lo limpian y redimen. También los fariseos amaron a los suyos.

En cuanto a Canales, el cariño y el respeto que merece su recuerdo refrenan el juicio en relación a ese descenso de su personalidad múltiple e intranquila. Por fortuna él se entretuvo, no se detuvo en eso.

La opinión que Canales publicó en *Juan Bobo* el 14 de octubre de 1916, relativa a Felipe Trigo que acababa de morir, es, menos que un estudio, quizás desmedida loa al novelista cuyas publicaciones leería con entusiasmo juvenil en los días de estudiante en Zaragoza. Su crítica, en ese artículo de ocasión, es desenvuelta de estilo y deficiente de argumentos y pruebas que convenzan de la alta calidad de aquel novelista y de la maestría que le supuso. Si Felipe Trigo fué un creador de personajes a quien de los españoles contemporáneos sólo Pérez Galdós a veces igualara, a los que no han leído todas las novelas de ese muerto ni siquiera les incita a completar la lectura de sus libros para comprobación, mejoramiento de la personal cultura y estético regocijo.

Lector culto era Canales. Insaciable amante de la poesía y admirador de los máximos poetas de la raza, así como lo fué de los grandes novelistas, ensayistas, historiadores y filósofos, sin frontera de naciones ni preferencia de geografía. Tampoco limitó sus aficiones artísticas a tiempo determinado. Amó la producción contemporánea y retrotraía momentos pretéritos, y se animaba recordando los días, felices para las letras, de Juan II de Castilla, flojo rey y poeta a ratos delicado, cuyos versos rancios paladeaba Canales con deleite:

*Amor: yo nunca pensé
que tan poderoso eras,
que sabías tener maneras
para trastornar mi fe...
¡Hasta agora que lo sé!*

Momento de Juan de Mena y Gómez Manrique, que Canales solía recordar en instantes de nostalgia; el momento de Villena, alquimista “brujo” que pasó a ser legendario en el *folklore*; momento que perpetúa Jorge Manrique; el mismo de Santillana, Marqués intranquilo y vario, “agudo et discreto”, et de grand corazón que ni las cosas grandes le alteraban ni en las pequeñas le plazía entender”; momento cuya floración maravillosa cuajó en el portentoso esplendor de los siglos de oro de las letras españolas: *enseñanza y decoro del mundo*, según Nemesio R. Canales.

Juan de Mena, más que el mismo Rubén Darío, creía él que autorizó las primeras tentativas revolucionarias de Luis Llorens Torres. Leyendo éste, en la oficina de la sociedad que tuvieron por aquel tiempo contigua a la Capilla del Cristo, ciertos versos prístinos, encabritados y retorcidos, pretendió hacernos creer que se los había dado a corregir una maestra rural recién llegada de Juana Díaz:

—“¡Buena hembra!” —exclamó Llorens— “¡Y qué frescura de carnes, y qué talento! ¿Qué les parece?” —acabó preguntando.

—Parece que esta maestra, como usted, está acostumbrada a leer a Juan de Mena... —respondió Canales.

No hay para qué decir que la maestra imaginaria era el mismo Llorens.

La estimación literaria que le tenía Canales a Llorens Torres, a quien juzgaba el más nuevo y el más antiguo y el más grande de los poetas de Puerto Rico, no estribó en el fraternal cariño con que se trataban. Una poesía cualquiera de Llorens la sometía a examen con rigor de

enemigo, y en lugar del cálido elogio expresado por los demás, de costumbre fallaba él con un lacónico: "no está mal"...

Al principio, cuando no eran socios y Llorens no había llegado a la plenitud poética, sí lo aplaudía con entusiasmo:

—“¡Con cuánta gallardía y cuánta exquisitez sabe (Llorens) dar relieve y colorido a todos los matices de belleza desparramados por nuestra tierra! Mientras otros rompían el tímpano al cantarle a Puerto Rico con resonancias extemporáneas de trompa épica, con certero y admirable instinto poético que nunca podrá encomiarse bastante, supo encomendar a otro instrumento más delicado y más dulce —la flauta— la expresión de su sentir, y con arpegios suaves, delicados, *femeninos*, como suave, delicada y femenina es la campiña puertorriqueña, bordó una canción exquisita, toda alma, que tiene como el tono apacible, como el contorno impreciso, y la gracia inefable de nuestras montañas cuando las columbramos desde un recodo del camino bañadas por la vaga poesía de la tarde.”⁽¹⁷⁾

La expresión de simpatía continúa en el capítulo siguiente de su libro, como contestando a la interrogación lírica:

*¿Quiénes duermen en las torres y castillos y atalayas
[y bohíos,
escondidos de las lluvias, de los duendes de la noche
[y de los fríos?*

—“No hay nada más machacón en el mundo —dice— que un pareado y, sin embargo (Llorens), ha combinado tan sabiamente los metros, que lejos de parecernos monótonos, nos impresionan precisamente por la animación, flexibilidad y vigor que en ellos se advierte.”

Otro aspecto de la crítica de Canales, superior a la de conceptos extremos, aparece en algunas de sus *Vendimias literarias*, sección encomendada a él en *La Revista de las Antillas*. De la obra de cada escritor de universal nom-

bradía en aquel momento: Gerardo Hauptmann, Chesterton, Romain Rolland, Wells, Bernard Shaw, Tagore, Ibsen... exponía sobrio y substancial resumen en el cual están comprendidos lo fundamental del libro o del acontecimiento, la ideología, la escuela literaria, la calidad y la manera característica del autor; y queda también incluso el juicio y la personal preferencia, sin apariencias de haberlos manifestado. La economía de frases en la exposición circunscrita al asunto, revela cultura depurada, penetración, ponderación, y fina crítica.

CANALES, CUENTISTA

Bajo el verso de Manuel Machado,

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna

como título, abordó Canales el "Cuento largo" o "Novela corta" planteando de nuevo el problema del *triángulo sexual* explotado en demasía por escritores franceses. Ahora —uno para ellas...— el caso es casi oriental: o porque en *Adelfos* Machado se orientaliza, o porque una vez más "de la abundancia del corazón habló la boca".

En el cuento de Canales la acción no pasa del beso, rebasando apenas los umbrales de lo platónico; y el conflicto, que podría estallar y adquirir proporciones dramáticas, se resuelve en el entusiasta avenimiento de dos señoritas espiritualmente dotadas para favoritas de harem. Se piensa, sin posible eludir, en que antes de los franceses y de Canales los árabes, maestros en eso de amar, cuando menos en una de las apariencias del dios habían resuelto el triángulo aludido y dejado atrás pentágonos y decágonos amorosos. Nada hay nuevo...

Lo que en el cuento largo de Canales le interesa hoy

más al escoliasta no es el asunto, ni la trama, sino el procedimiento, el estilo, la persona del escritor y lo que le andaba adentro. La solución del caso, natural, sencilla y de buen gusto, evita que la satisfacción carnal mancille una concepción tan fina que se engrandece en ausencia definitiva y se dulcifica cada día en la caricia del recuerdo. Obra bella y sutil, realizada con magistral destreza hasta en la selección de la frase final:

.....“*rezo esta letanía.*”

Puro tributo al pasado.

Realzado por la idea de pureza sobreentendida en la obra, el autor olvida su materialismo y en prosa cuidada, de frases cortas y ágiles, se siente en el protagonista y en él acomoda sus sentimientos, su nostálgica devoción a las montañas: “amadas por altivas, empenachadas de brumas, contemplativas como esas frentes nobles y unguidas de la gracia de la melancolía”. Como él, tiene hermanas distantes y una, la preferida, “la más joven y soltera”, se llama Paula... como su hermana Paula Canales. Siente, como él, simpatía profunda por el campo, el árbol, el silencio en rústico sosiego digno de Fray Luis de León:

—“¡Oh árbol, cuán inefable compañía la tuya! Cuán sosegadamente te vas transfigurando en el silencio, hasta parecer que tienes alma y que la brindas.”

“Y este latir profundo de mi vida en el latir inmenso del silencio.”

Cuando ve dormir a su amigo Narciso nota que éste posee “la más hermosa colección de ronquidos. Desde el tímido e insinuante de la tórtola enamorada, hasta el silbido taladrante” y... “hasta el redoble del tambor, y el estruendo pavoroso de la tempestad”.

En semejante caso, no hablaría de otro modo Canales: se atendería a lo dicho por su personaje.

Pero siendo el señor Narciso (el compañero de andanzas) dado a la persecución y disfrute del amorío fácil, surge el

Yo no soy ese...

Desemejanza psicológica que lleva en la vida por caminos divergentes:

—“No es en el orden de las sensaciones en donde está el divino secreto del goce. Está más adentro, más adentro”, asegura.

Cuando menos en este punto el protagonista es de psicología superior a la del adinerado don Narciso, y quizás si a la del mismo Nemesio Canales. Si el señor Narciso hubiese seguido roncando acaba por liberar al autor de sus viejas inclinaciones epicúreas y de la natural admiración que le tuvo a Don Juan Tenorio, a quien un día llegó a preferir a la personificación más pura del sentimiento platónico encarnado en nuestro Señor Don Quijote de la Mancha.

La desafección que el joven personaje manifiesta por cuenta propia es la relativa al mar: “Llano, chato, comercial y rutinario.” Canales no decía rezondros así del Atlántico, ni del Caribe, los que solía contemplar absorto. Quizás si el Pacífico, frente a las desoladas y extensas costas del Perú a Chile, le inspirara eso.

Acaso el cuento es el género literario en que Canales hubiese podido explotar cabalmente sus múltiples cualidades de escritor, justificando con plenitud la elevada estimación intelectual que sus amigos sentían por él. La concepción original e impresionante, la imaginación sorprendente, traviesa y rica, el estilo de frase cortada y ágil, la ocurrencia repentina, el rasgo y el detalle vivos, la metáfora juguetona, su conciso don de crítica, y, sobre el resorte de esas facultades, el no tener que verse obligado a prolongado esfuerzo, le favorecían y encontraban propicia aplicación

en la brevedad del cuento. Fuera del periodismo —que tampoco obliga a un sostenido esfuerzo de unidad— en cada uno de los trabajos que dejó escritos es perceptible la deficiencia, si se piensa con rigor en el caudal de sus ideas, en su cultura, en la finura de su talento y en la obra que debió legar y no dejó escrita.

Desde el esquemático cuento *Don Bruno a Mi voluntad se ha muerto* y *El Héroe Galopante*, que es cuento admirablemente dialogado en el cual las mujeres traspasan novios con excesiva facilidad, y hasta en el *cuento de camino* al que animaba de viva voz, aparece el cuentista auténtico. En ninguno de sus demás empeños literarios, si se prescinde de las prédicas del socialismo, alcanzó un nivel tan elevado.^(*)

EL CUENTO DE CAMINO, O FOLKLORICO

Jayuya en orto lunar. Coabey encendido de cocuyos que son almas errantes un punto suspensas para deleitarse con el rumor de la convergencia de los ríos: *El Río Grande* desprendiéndose en cascadas blancas sobre piedras negras, de pizarra, y el *Salientico*, cantarinas escurriduras de montañas y picachos. En la celestial techumbre, fulgentes clavos de oro. Y la tía-abuela que sabe contar cosas de brujas y explicarlas sin riesgo de que la culpen ni el juez ni los agentes de policía. Cuenta...

—Cuando acaba el rezo del anochecer pasa un graznido volando (y dizque dicen que dizque dicen) que es Ña... fulana, del barrio ese de Mameyes; y que sabe cambiar la pelleja por las plumas de la lechuza jabada. Les chupa

(*) En *El Héroe Galopante* el autor sobrepone el valor moral (heroísmo reflexivo y verdadero) al arrebatado del instinto (guapería de los brutales). Esta obra quedó sin terminar a causa de la muerte de Canales y fué alterada para su representación. Sería injusto achacarle al autor cualquiera deficiencia de la obra.

la sangre a los nenes y los deja jinchos, y enclenques, y barrigones, y con lombrices... Y los pobrecitos se crían tan flojotes que cuando llegan a hombres —¡ay Viiirgen!— sirven no más que para hacer mandados y emplearse en oficio doméstico. ¡A las casas de los cofrades del Justo Juez, sí que no se acerca ella!

—Quiero ser cofrado...

—Tate, tate... ¡Hijo, todavía no alzamos y ya pringamos! ¡Miiirenlo!

Y dizque en cerrando las puertas y cuando se apagan las luces en el barrio ese, del techo baja ella vuelta un negro culebrón con ojos de cucubano. Y dizque mete la punta de la cola, como si fuera pezón de teta, en la boca del nene para que se entretenga, y, entonces... ¡entonces es la gorda!: ella chupa que chupa y rechupa, pegada al pezón de la madre hasta escurrirle la teta. ¡Ay, Viiirgen! Y se está enroscada hasta que al cantío del primer gallo se escapa por las soleras dejando el bajo de azufre. Y el nene llora que llora, y se pone fofo, y jincho, y amarillo como el abrojo.

—Debían de pegarle fuego a ese maldito barrio y que se achicharre con toda su mala gente...

—Bueno, bueno... Cállese el zonzo; que los niños hablan cuando las gallinas mean.

...Y el buey Mogolla, que tiene los ojos anchos y pensativos, y esconde en el testuz lo mucho que sabe. Y el burro... Nolasco: ¡qué mucho sabía aquel burro, y qué grande tenía las orejas!

¡Ay, cuando muere la tía-abuela! Lloran en la casa de Coabey y lloran en el vecindario. Lloran sin consuelo el niño Canales. El que quiera saber lo que es pena grande y cómo se llora por una pérdida así, vaya a una aldea del centro de Puerto Rico, vaya a Jayuya y sabrá cómo se

llora de verdad ante la muerte. Llora el niño y se tiende abajo de la mesa, boca abajo, y se duerme cansado de tanto llorar su pena. Duerme. Cuando despierta... ¡la casa vacía y un hambre terrible!

Más tarde: sí, ya eso fué más tarde. El burro —¡quién se atreve a probarme a mí que el burro es animal estúpido!— aquel era un prodigio de malicia que engañaba a Salomón.

Galopa camino de la *quebrada* y yo, jineteando, arranca que arranca pelos de su rabadilla, cosa que lo hacía correr más. Y corre que corre; y ¡más!, le arrancaba más pelos para que corriera más. Era ya un vértigo el escapar, cuando él, repentinamente, tuvo una idea. Bajó la cabeza sin dejar de correr, la metió entre pierna y pierna delanteras, paró en seco, columpió y lanzó al jinete como muñeco de trapos. Se detuvo. Taimadamente volvió paso entre paso a ver si el jinete estaba muerto. Muerto o vivo, la ocasión para completar su venganza era propicia. Olió. Alzó el hocico y levantó el labio superior olfateando al viento; resopló, se aplastó de nalgas y... me derramó un chorro de líquido caliente. En seguida tiró un par de patadas y corrió a trote largo hasta entrarse en el patio de la casa.

¡Y que vengan a porfiarme a mí que los burros son estúpidos!

—Canales: su burro me parece algo metafísico. ¿No se habrá ido perfeccionando con el tiempo en la imaginación de usted?

—¡Qué pregunta! El buen narrador no es un notario: debe añadirle al cuento siempre que se figure que está gustando.

EL SENTIMENTAL Y LA NOSTALGIA DEL PAISAJE

Sobre los aspectos varios del humorista, del ironista, del satírico, del sociólogo, del crítico y del cuentista, se levanta y cobra relieve el sentimental que se disimula con diversas formas en Nemesio R. Canales.

“Un sentimental apaleado”... gráfica y certeramente lo clasifica un gran escritor hispanoamericano. Sentimental nostálgico y dolorido, nos permitimos reiterar, de cuyos profundos escondrijos de inconformidad surge el atisbo inquietante y se precisa y amaga al fin el pensamiento del socialista.

El frecuente espectáculo de una anciana o de un niño limosneros, lo conturba, y le duele, y gradualmente lo irá convirtiendo en uno más de los que pretenden mejorar para lo porvenir a la familia humana. Desde similar plano de vida, ante idénticos conflictos, igual sentimiento de misericordia le hace llegar a la misma conclusión de un sociólogo inglés:

—“Los acaparadores de riqueza no han tenido conciencia ni piedad.”

Ha pasado la infancia apegado a la madre triste, menuda, tímida, afectiva, hiperestésica y sumisa al padre luchador, forjado en escuela de rudeza. Gruñe y se incomoda el marido contra la esposa apoyadora que le debilita con caricias y palabritas de miel el carácter al niño, cuando se le debe educar la voluntad para hacerlo fuerte en la vida. Y el niño tiembla, y se acurruca en el regazo materno, y la voluntad, en vez de fortalecerse, se le va debilitando.

Después... crecer embriagándose cada día en la contemplación de los panoramas de Jayuya, estrecho caserío apre-

tado entre montañas. Afuera, desde la casa solariega de Coabey que enmarcan y arrullan el *Salientico* y el *Río Grande*, deslumbran las eminencias de Pandura, Piedras Blancas, y desafiando cumbres sobre todo Puerto Rico, se encrespan y afilan los Tres Picachos. Arriba juegan, cambian, se encienden y se amortiguan luces. Abajo se diversifica en matices sorprendentes el color verde. Verde profundo de la fronda del mamey, del mango estéril de frío, de los naranjeros pródigos de frutos de oro. Verde pálido de cañaverales, verde nevado a trazos de los yagrumos, y a ras de tierra el verde sepia de unos pastos moribundos. Y arrullos, rumores, cantos. Despiertan los oídos y las pupilas, y el niño aprende a ver, a oír, a soñar.

Una de las expresiones de más limpio afecto es sin duda la que nace del amor fraternal. Así, cuando Canales escribe de Morell Campos y lo liga a la devoción que siente por sus montañas, le rinde al inolvidable músico uno de los tributos más desinteresados, honrosos y sinceros:

—“¡Oh, este divino Campos!

Acordarme de él, rumiar su música, es para mí lo mismo que volver a mis montes, a mi noble cerro de Los Tres Picachos, a mi quieto y mojado valle de Coabey, a mi río, a mi casa, a mis bohíos queridos que aún columbro a lo lejos.”⁽¹⁸⁾

¡Jayuya!

Púrpura solar del amanecer, en las cumbres; fantásticos ponientes millonarios de inolvidables colores, neblinas que son hálitos de hondonadas, de hondas simas de las cañadas que amanecen después y anohecen antes; exudación de montes. Ascenden, se extienden y vuelan y se condensan en nubes coloradas que juegan con el azul, y simulan islas,

ciudades y animales disformes y multiformes: duendes... pasan duendes, gigantes, arcángeles, barbas copiosas del Padre Eterno. Y el olor de la tierra rociada por el sereno nocturno y refrescada por el relente y las lloviznas: lloviznas de las montañas, tenues, ligeramente frías, dulces y tristes... como la madre y Jayuya en el recuerdo, y, como ambas, para siempre jamás inolvidables.

¿Qué es el niño de la ciudad, que no ha escondido en el seno de la camisa y sentido palpitar sobre su corazón el polluelo semiimplume de la calandria, y en vez de la ternura de ese palpitar ve no más tiendas inertes repletas de juguetes sin imaginación, artificiosos? ¿Cuál es su gozo, si se compara con la compensación que le regala Dios al niño de la montaña? Miserabilísima criatura, digna de lástima.

Después... cuando el montañés y el urbano crecen, si se educan juntos, lindes espirituales en distantes silencios los separarán; y el silencio del de arriba, en su vida de riqueza doble, no será nunca cabalmente comprendido por los condiscípulos llenos de limitaciones. Y un vacío natural, insobornable, adversativo, será aislador entre él y los compañeros.

Ese vacío de campesino sentimental y bueno, contribuyó a hacer de Canales un inadaptable. Pasó por ciudades inmensas y extrañas, y salió de ellas insatisfecho. Admiró, pero no amó a ninguna. De Zaragoza algo le quedó en repliegue íntimo del espíritu. Amó a Ponce, prefirió Ponce a las exóticas Babilonias. Prefirió Ponce a las demás ciudades de Puerto Rico; pero... el pero del montañés, del niño de Jayuya, que rezonga inconforme todavía:

—“¡Qué hombres los que edificaron esta ciudad! Para ellos el sitio ideal para fundar un pueblo era el más seco y el más plano; el que se asemejara más a una galleta...”⁽¹⁹⁾

Y en seguida, mirar y ver hacia adentro:

—“¡Un poquito de azul, un fragmento de cielo!... y también un jirón blanco y suave de esa niebla que flota y que ondula sobre la paz de oración melancólica, o de místico éxtasis, de una cumbre lejana”...

Andaba con la madre y con Jayuya —la otra madre— acunadas en el íntimo sagrario del alma. En sucesivas ausencias, muerta una y la otra lejos, se les confunden y suspira igualmente por ambas:

—“Miro al pasado y el pasado se me aparece como una árida y vasta planicie donde sólo hay cipreses y tumbas”... “Y quisiera volver a ser niño, y buscar el regazo de aquella madre triste y joven que me ungió la frente con aroma de ternuras y de besos.”

“¡Volver a ser niño!” Repite, en insospechable concordancia, la idea contenida en las palabras de Jesús de Nazaret a Nicodemos. *Renovarse, o la muerte total.*

—Te es preciso volver a nacer...

Encariñado con sus visiones nostálgicas, piensa:

—“Despojar la vida de lo que tiene de triste, sería lo mismo que despojarla de lo que tiene de bello.”

“Mientras de tu piano iba saliendo lentamente el musical sollozo, yo no sé qué de imágenes borrosas de mi triste pasado iban surgiendo en mi alma a la luz crepuscular del recuerdo.”⁽²⁰⁾

La huraña ternura del campesino, en las horas de recogimiento, de silenciosas y frecuentes nostalgias, aún a y funde en el paisaje la pena causada por la mujer, procurando que se atenúe siquiera, aunque no cure:

—“Todavía siento cruzar por mi alma la visión trágica de la caída.” “Fué una tarde clara, apacible, quieta, casi estática. Sobre el verdor del campo, húmedo todavía por la lluvia reciente, flotaba una melancolía suave, como de

recuerdo, como de presagios. Allá lejos, el sol ya agonizante vestía de oro las nubes, las cumbres, las almas."

Nemesio R. Canales comprendía las confidencias de la naturaleza, y solía entregarse a ella, así como también se purificaba con el santo recuerdo de la madre.

—“En esa inmensa cosa dulce y bella, que es la madre —dice— juro que radica el secreto, la fórmula de alquimia para llegar a quererlo todo, ¡y a poderlo todo!”⁽²¹⁾

-
- (1) *Paliqus* XXVI.
 (2) „ XL.
 (3) „ LIII.
 (4) „ X.
 (5) „
 (6) „ XXXI.
 (7) „ XXII.
 (8) „ XXXVI.
 (9) „ XXXVIII.
 (10) „ XXVIII.
 (11) „ XIX.
 (12) „ XXXIII.
 (13) „
 (14) „ LII.
 (15) „ LXIX.
 (16) „ XII.
 (17) „ XXIII.
 (18) *Juan Bobo*.
 (19) *Paliqus* LXXI.
 (20) „
 (21) „

VII

UNA TARDE

Frente a la sentencia de la razón hay siempre una atenuante que el corazón dicta.

GREGORIO MARAÑON

Una tarde me llamó Luis Llorens Torres por teléfono, apremiante y con tono de voz inusitado.

—Venga ahora mismo —reiteró.

Firmé un expediente consular, se lo entregué al secretario con encargo de que lo mandara a la oficina de correos y, apresuradamente, acudí a la llamada del amigo.

Por ahí dicen ahora que Llorens perdía puntos de seriedad por causa de las mujeres y que se estaba convirtiendo en *viejo verde* al pasar de los setenta años. Cinco lustros antes de morir, él era galanteador; pero no así. Quizás sea cierto que las cualidades del carácter se relajan y los defectos crecen al acercarse la senectud. Un médico pedante asegura que se chochea del juicio por embotamiento o anquilosis de las facultades, tanto como del cuerpo por el entorpecimiento de los nervios y el cansancio de las arterias, que paran en esclerosis. Pero que en cada caso se caduca extremando la parte floja.

Lo encontré dándose paseos cortos en la antesala del bufete. Se movía en ir y venir entre iracundo y preocupado, alterado el carácter habitualmente flemático y bondadoso, revuelto, en desorden el cabello negro y profuso. En las cuencas hondas los ojos le fulguraban mirando de extraño modo, como si fueran de gente mala. Apresurán-

dose a ilustrarme antes de que el compañero y socio regresara, con voz gutural que amenazaba ahogarle, se le precipitaban las palabras queriendo salir a un tiempo.

—La mujer vino. Se presentó fingiendo compungimiento y abrazó a Canales. ¡Y él se dejó abrazar!... No le respondí al saludo ni quise mirar su cara de... Entraron y se sentaron ahí... (estirando el brazo indicó el consultorio); y cuando se iba, él bajó a despedirla. Y... ¡yo lo vi! —gruñó mordiendo las sílabas— *la besó al dejarla en el auto.*

—¡Oh, pero ya eso es una novela rusa! —exclamé—. ¿Adónde va a parar Canales?

Llorens profirió con rudeza una interjección, y agregó: —¡Por qué al nacer no moriría de pasmo!

Los improperios que oyó en la aldea natal, cuando muchacho, se le refrescaban reemplazando al léxico de cultura del jurisconsulto y del gran poeta. Olvidado de universidades de Europa, de los libros, de la finura social, de todo aquello, no quedaba en él más que el *jíbaro* de Collores y Juana Díaz.

Yo había notado desde hacía tiempo que Luis Llorens Torres se mortificaba y sufría más por los percances y vicisitudes de Canales que por los propios suyos. Se detuvo ante mí, y, en transición, adoptando aire confidencial, casi de súplica, me persuadía:

—Ésa es capaz de hacerlo arrepentir, de parar el divorcio. Háblele usted, Nolasco. A usted le hará más caso que a mí. Convénzalo del escándalo, del escarnio, del ridículo, *de lo grotesco.*

Canales me había informado de la ruptura de su matrimonio, desde el principio; y nuestra amistad había llegado a ser tan íntima que me sentí facultado para intervenir en la forma que juzgara pertinente y en bien de lo que interpreté como su decoro. Yo sabía, además, que Llorens estaba autorizado para gestionar y realizar el divorcio. Y a

pesar de que en el curso de aquellos ingratos días, Canales, antes de tan buen humor y de facundia tan extraordinaria, andaba silencioso y a ratos abatido de ánimo, no acepté como fundada la presunción de su socio, aunque sin duda era éste quien lo amaba más y lo conocía mejor.

Esperé.

Durante largo rato me entretuve una vez más hojeando la Biblia monumental, ilustrada lujosamente, que Llorens conservaba en anaquel aparte de los libros de derecho, en su oficina. Aquella espléndida, vieja y primorosa edición de *la Vulgata*, en lugar de inspirarme devotos sentimientos, en otras ocasiones me había sugerido tentación de robo: que no debe ser tan mal pecado cuando lo incitaba *el Libro Santo*.

Ahora no sabría decir por qué entonces, mientras esperaba a Canales, me entregué a la contemplación de las grandes figuras femeninas de la raza hebrea, atribuyéndoles arbitrarios y absurdos designios, allá, en sus remotas vidas. Sara, compañera discreta y calculadora, que se anticipa al deseo del *perfecto* Abraham, y a quien él obedece urgido de prole. Raquel, que del futuro esposo hace un esclavo desde antes del matrimonio. Noemí, envejecida de arrugas y adversidades, con la mente fresca y luminosa, formidable y admirabilísima, la primordial y única Celestina buena. Esther, Débora, la Abigail, la inflexible Dálila, de quien no parece fácil comprender por qué el atroz ensañamiento de cegar físicamente al que ya andaba tras ella enceguecido, sumiso y pronto a convertirse en befa. Y Judith... la hembra araña que absorbe el germen vital del varón y, en seguida, le clava la ponzoña y lo suprime. Todas van a un determinado fin y consiguen todo lo que se proponen.

Canales regresó casi a la hora de cerrar la oficina. Agobiado de calor y de fatiga, le pedí que fuéramos al Parque Borinquen, o a cualquier sitio extramuros de la ciudad, a

descansar, a respirar. Miró a Llorens, que estaba dándonos la espalda frente a su escritorio, con desconfianza, sospechando si habría incurrido en una de sus indiscreciones.

Salimos. Hasta llegar al Parque Borinquen estuvo fumando. Fumaba un cigarrillo tras otro. Su voluntad, para fumar y sufrir, lo mantenía despierto.

Comencé a narrarle cuentos de mi remoto pueblo del Sur de Santo Domingo, *cuentos de camino*, que a él le gustaban, y me alargué demasiado deduciendo comparaciones de similares ocurrencias que había visto u oído repetirse, ataviadas de civilización, en ciudades de Cuba y Puerto Rico. Para abreviar dije el verso de Rubén Darío, su poeta favorito y al que criticaba con frecuencia:

Nada más que maneras expresan lo distinto.

—¿Y a qué viene todo eso? —preguntó.

Al verlo animado, en lugar de responderle, interrogué:

—¿Es verdad que vino?

—Ya se lo dijo Llorens... Ése no dejará de ser indiscreto ni cuando muera —comentó.

—Le pregunté —proseguí— a qué altura está eso del divorcio. Me dijo que ella vino y se volvió a Ponce. Yo creo...

—¡Usted cree! ¡Nos hemos salvado! Este señor cree...

—Sí: yo creo. Usted pensará qué quién soy yo y de dónde salgo para venir a opinar en sus asuntos; y quién me está invitando a coger vela y a llevarla en el entierro. Pero...

Temí un ex abrupto, inadmisibile antes de parte de él acostumbrado a dominarse; pero me pareció advertir que su embotada voluntad se estaba reconfortando.

—Yo creo que no será la primera vez ni la última que se acabe un matrimonio; y entiendo que...

—No entienda tanto ni ande tan pronto ni vaya tan lejos —interrumpió.

—Y entiendo que separarse y someter las cosas a un tiempo de prueba es forma preferible a seguir así y en cierto modo...

Continué hablando con calor de simpatía fraternal, aunque sin mirarlo; mientras él quedó de nuevo en abúlico silencio.

Callé.

Callé y callo hoy. Cuestiones y aspectos íntimos de la vida en momentos determinados, son sin duda interesantes para acabar de dar a conocer a un hombre superior, como Canales. Se ha de justipreciar, sin embargo, si el beneficio estrictamente biográfico que se derive de una revelación completa de intimidades, superaría, compensaría siquiera el recuerdo del escándalo que, lejos o cerca, siempre encontrará a quien zaherir. El valor de decir, en ocasiones es la cobardía de no saber callar.

Pasaron horas. El malecón, iluminado desde hacía rato, volvía a llenarse de gente: madres, niños, niñeras. Parejas de enamorados salían del caserón de madera utilizado como teatro para cinematógrafo. Me incorporé del banco de hierro invitando al regreso. Antes de subir al tranvía, satisfecho de haber sido convincente siquiera una vez en la vida, agregué:

—Me parece haberle oído a usted decir, que en las relaciones íntimas lo peor es la mentira, el engaño que envenena la confianza.

Entonces él, atendiendo más que a mí a un proceso de profundas reflexiones, confirmó los temores de Llorens, dejándome confundido:

—¿Y cuántas veces no la engañé yo a ella?

.....

Quando a nuestro lado un hombre verdadero consigue moderar las pasiones que lo atarazan y sobreponiéndose al dolor se alza hasta rozar un punto la santidad, en el fondo



del instinto se nos revuelve, sorprendido, resentido y sordo, lo que inflado gallardea a menudo en nosotros con atributos de honor; se irrita, y desde abajo querría vengarse pretendiendo herir con mal juicio o desahogo de injuria, en lugar de reconocer que el lastre de común soberbia y otros sentimientos turbios nunca nos permitirán elevarnos tan alto así.

El hombre no es ser pensante, sino un animal susceptible de razón — pensé o recordé luego; pero el barro con que amasaron a este hombre es muy superior al mío.

VIII

DESCONFIE DE LOS POETAS LIRICOS

CANALES Y EL POETA BAZIL

Era él. Aparecía en el umbral erguido con elegancia, mientras yo parpadeaba vacilando en darle crédito a la realidad de la visión. Irreprochable el traje gris, corbata gris con arabescos de un sepia de olvido, muerto; en la mano derecha, el hongo flexible y gris; finos, cortos, impertinentes mostachos reminiscentes del Emperador Guillermo II de Alemania; en lugar de cabello, adorno, airón jugando al viento, penacho varonil, en acabando la frente elevada; entre los labios habituados a burlar riesgos y a probar vicios y los ojos de mirar mundano, apuntaba y se desvanecía una sonrisa sutil. Sobre el cutis de trigüeño antillano, tenue espolvoreo de cobre... de oro viejo. Y en todo su humano peralto, el dejo de estudiada fatiga, de negligencia estudiada, de estudiado y displicente señorío. ¡Magnífico ejemplar de un pintor del siglo XVII, escapado de una galería y enmarcado ahora ahí, en el vano de la puerta!

Tras el momentáneo asombro, fuí a él, abrió los brazos y se dejó abrazar, condescendiente.

—Sócrates: no mereces este abrazo y el cariño con que te quiero. Pero... ¿qué voy a hacer? Soy un irremediable, un enfermo esclavo de viejos afectos. Por teléfono llamé desde el *Hotel Caribe* para que fueras a recibir mis órdenes y a ocuparte de mí, y ni siquiera me respondieron.

Oswaldo Bazil hablaba con lentitud. Se acostumbró desde temprano a pronunciar las palabras con reposo, hasta

que consiguió vencer un ligero tartamudeo de nacimiento. Por aquel tiempo era cónsul en Barcelona y desde allá, pasajero en barco de carga, viajó hasta la ciudad de Puerto Plata, al norte de la isla de Santo Domingo. Necesitaba cubrir pronto cantidad precisa de dinero para reeditar con uniformidad determinados códigos de la República Dominicana, obligado por contrato oficial, o devolver en término perentorio la suma recibida.

La aparente esplendidez de que los ricos dominicanos suelen hacer alarde en el extranjero y el afabilísimo tratamiento que les dan a los cónsules para aprovecharlos y facilitar negocios, le infundieron ánimo para lanzarse a la penosa, larga y aventurada travesía, pensando que un opulento *puertoplataño* lo sacaría de apuro.

El millonario, ya en la tierra de sus dominios y sin necesidad de halagar cónsules, lo recibió en frío y apretó el resorte de *la caja fuerte*. ¡Cuando el militar norteamericano que mandaba en Santo Domingo, de acuerdo con el contrato, había escrito la última palabra!

Bazil, prevenido por uno de los miembros de la comisión que andaba con Martín Travieso *Junior* revisando cuentas de acreencias contra el Estado, por el Cibao, saltó de Puerto Plata a San Juan de Puerto Rico. Una semana, ocho o diez días, daba de tregua el vapor *Marina* de Miguel Such, que monopolizaba el transporte de carga y de pasajeros entre San Juan y la República Dominicana.

El proceso, la borrasca, lo sacudiría por dentro. Con cabal dominio de sus emociones, no hacía mención de aquello. El buen tono, la displicente elegancia, era lo de ver.

Anduvimos juntos, y aquí, y allí, derramaba la propina oportuna con la arrogancia gentil de gran señor botarate, acostumbrado a dispensar el honor de que le sirvieran. Y le servían con gusto; y las jóvenes miraban con interés

al magnífico ejemplar humano, cuando pasaba; y la gente de calidad, a cada presentación, lo acogía con distinción y miramiento.

En San Juan de Puerto Rico, por obligaciones de la guerra, permanecía una bella norteamericana y, según malas lenguas y el acertado juicio que ariscos puertorriqueños secreteaban, la gentil señora rendía servicios en el ramo de "inteligencia"... en eso que los enemigos califican con el burdo vocablo de espionaje. Alerté a Bazil luego de verlos juntos en el hotel. Se defendió a su manera: dos días después, unidos, paseaban y se trataban con intimidad y mimo de amantes. Quise ignorar quién conquistó a quién.

Bazil escribió y me leyó, para que aplaudiera, una ofrenda rendida a la memoria de José De Diego, que acababa de morir.

—“Esta vez sí que es uno el dolor y una la plegaria, de estas pobres islas, para rogar por la paz y la gloria del gran Cantor que acaba de morir.”

“Esta vez sí que están juntas las manos para llevar los laureles y los cipreses a la tumba del último palafrenero ilustre de la cuadriga del ideal antillano.”

Cuando su derrame lírico llegó a cadencioso remate, le sugerí que modificara esas frases iniciales y otra expresión, recordándole que en Puerto Rico, con motivo de la muerte de Luis Muñoz Rivera, los familiares aún vestían luto, muchos del pueblo andaban doloridos, y en Santo Domingo el Presidente Henríquez y Carvajal había sometido a nuestro país a tres días de duelo.

No hizo caso. Publicó la ofrenda intacta, que así sonaba bien.

Al calce del escrito, publicado en *La Democracia*, José Coll y Vidal puso nota restrictiva, y dos días después llenó columnas de caliente y áspera prosa de reprobación, a la

cual siguió desgraciada contrarréplica, aparecida en *La Correspondencia de Puerto Rico*.

Entonces volvió al consulado a verme:

—Sócrates: no tienes talento... ¡Pero qué sentido *co-múuun!* Tenías razón.

Antes habíamos pasado otro momento malo.

—Me figuro —dijo— que no habrás sido tan torpe para vivir aquí sin hacerte amigo de Luis Llorens Torres. A ése lo estimó de verdad Rubén.

Fuí con él al bufete de Llorens y Canales, contiguo a la Capilla del Cristo, e hice la presentación. Por el hueco de un ventanón cortado por barrotes perpendiculares, se ofrecía a la vista y era regocijo del espíritu, la bellísima bahía. Mirando hacia abajo... Cataño, brisas de paz sobre las ruinas de la vieja Caparra atrás de cerros, arrumbadas bajo matorrales. Y en fondo distante, vallejuelos, colinas, montes... paz, paz sugerente, trascendiendo del agua quieta y las montañas mudas.

En seguida de la presentación, apenas sonaron los nombres, ocupé el puesto correspondiente a mi inferioridad terrenal de prosista sin categoría, ignorado de dos dioses encaramados en el Olimpo. Los elogios mutuos y desmedidos que se prodigaban Llorens y Bazil, con frescura y desvergüenza increíbles, le hubiesen causado rubor a cualquiera, cuando no lo pasmaran de asombro. Díaz Mirón, Leopoldo Lugones, Enrique González Martínez, Guillermo Valencia, Amado Nervo, Herrera Reissig... Sí... no estaban mal. Pero... ¿Los demás? Coperos. A los demás les consentían ellos que ascendieran a la sagrada eminencia, como Júpiter y Apolo a Ganimedes: tan sólo para servirles. Y yo mirando y oyendo en silencio desde mi ínfima condición terrena, cuando desdichadamente apareció Canales.

Canales venía del tribunal asqueado de presenciar un interrogatorio de "hombres buenos",⁽¹⁾ zorros amaestrados,

enredosos de mañas y de conciencia sucia. Tenía, en el momento aquel, cara de tierra. Andaba hacia días como desprendiéndose de lo circunstancial, ya preparado para irse a la Argentina. Rehuía cambiar palabras, ensimismado, mal dispuesto a oír prodigios de pavos reales, cuando Bazil casi a raíz de la presentación se volvió a él realzándolo en alabanza.

Glacial, mirando sin ver, con sílabas lentas, acentuó Canales:

—Y usted es *simulador*...

Llorens, habitualmente *ajibarado* entre amigos y conocidos, ante los extraños readquiría destreza social y recursos de buen tono. Sorteó el instante malo; y el par de dioses mayores, durante un rato más, permaneció trepado en el Olimpo. Pero los ditirambos ahora sonaban huecos, y con oportuno meneo de cabeza invité a Bazil a despedirnos.

Yo iba de mal humor, callado, cuando al dejar atrás la Capillita del Cristo, Bazil, grave y mordiendo palabras, me sacudió sujetándome por un brazo:

—Y el enano ése me dijo *si-mu-la-dor*. ¿Quién es esa porquería?

—¿Quién te mete a andar elogiando sin miramiento a quien no conoces? ¿Te figuras que todos se alimentan de viento y se esponjan de vanagloria como tú y Llorens y los pavos? ¡Bueno que te pasara!

—Debí pegarle. Lo voy a provocar para darle dos bofetadas.

—Las merece; y el propósito no me parece malo. Pero acuérdate de que hasta hace poco ese individuo era boxeador profesional. El *peso pluma* aquel, célebre en Minneapolis y en San Francisco. Creo que además peleó en La Habana. Ese mal oficio le produjo el dinero necesario para graduarse de abogado. Puedes darle los bofetones; pero

también le vas a dar el gusto de desfigurarte aplastándote la nariz.

No creo que a Nemesio Canales le levantaran nunca otro falso testimonio tan extravagante... Dejé a Bazil en el hotel y volví a echarle en cara al otro su mal comportamiento.

Sombrío de ánimo en aquellos sus días penosos, dolorido más allá de lo que dejaba entrever, andaba Canales. A ratos buscaba en mi amistad apoyo, momentáneo aliento para seguir arrastrando su cruz; triste, como si tras el viaje que iba a emprender todos sus familiares y amigos para siempre fueran a perderse. Me vió llegar cuando ya él salía de la oficina. Su mirar, en vez de ofrecer excusa me envolvió en reconvención, como si también yo fuera un culpable de sus inquietudes. Comprendí hasta qué extremos seguía sufriendo por la causa que destruyó su hogar y por la incógnita de su riesgoso viaje; y al comprenderlo así balbuceé apenas:

—¿Por qué esa ofensa gratuita a un compatriota y amigo mío, al que le acabo de presentar?

Algo tardó en responder. Y no sé de qué repliegue del alma se le desprendió zumo o resumen de sombrías meditaciones, subrayando cada palabra:

—Nolasco: *desconfíe de los poetas líricos...*

Días después Osvaldo Bazil cambió su itinerario: en lugar de ir a Santo Domingo, prudentemente embarcó rumbo a La Habana. La sirena del *Antonio López* lanzó el tercer alarido en el centro de la bahía. Se iba. Desde el muelle la bella norteamericana le hacía señas de adiós besando y agitando un pañuelito blanco.

(1) En el argot de algunos defensores en Puerto Rico, el testigo *hombre bueno* es el que se presta, amañando, para servir de testigo. Es de aplomo y malicia asombrosos.

IX

APARICION DE JULIO R. BARCOS

En San Juan de Puerto Rico estuvo Julio R. Barcos, un argentino. Anduvo sondeando vanidades y en análisis de conciencias, cuando conoció a Canales.

Bastaba alcanzar a ver a aquel joven para comprender que se le debía tomar en cuenta; si para bien o como a fuerza trastornadora, eso se sabría más tarde. Lo inequívoco era que en aquel recién llegado había un sujeto de significación y fuerza, de esos que cuando se presentan y reclaman un lugar hay que abrirles sitio, *su sitio*, el puesto a que se creen acreedores en la escala de los valores sociales y que en justicia le corresponde. De ningún modo se confundirán en lo anónimo ni se desvanecerán en el no ser sin dejar huella perenne.

Una mañana llegó a la modestísima oficina del Consulado General Dominicano ofreciéndose para escribirle al cónsul la biografía. El personaje, ejemplar brillante, contrastaba con el oficio o la diligencia dudosa, que por miramiento a la calidad que se transparentaba en la persona no debía catalogarse entre rejuvenecidas artimañas de la picaresca. Surgía a cada instante la interrogación:

—¿Por qué este joven se entretiene en eso?

Barcos venía de los Estados Unidos de América, de Boston o New York, respaldado por firma de solvencia y crédito.

Cuando iba a finalizar *la gran guerra*, comerciantes de aquel portentoso país, en donde los hombres inventan cosas, descubrieron que todos los humanos tienen su biografía, y lo anunciaron, y escogieron intelectuales para que se encargaran de practicar el juicioso descubrimiento. A ninguno se le confundiría en lo futuro entre "el soldado

desconocido", también recién inventado. Cada quien tiene sus características diferenciales y es merecedor de que se le distinga por su biografía: Clemenceau, Wilson, el Kaiser y el hijo de Josefa. Y nadie puede predecir cuál será la más interesante, después de escrita.

Lo ideado, propósito o despropósito, era sin duda producto de agudo ingenio y evidentemente democrático. En cada vida, por humilde que sea, no sólo hay una novela, como se ha dicho, sino que de una sola vida se pueden "sacar" varias novelas, en sabiendo explotar su ambiente o atmósfera, los íntimos y secretos laberintos del carácter, los percances u ocurrencias esenciales, aunque a la ordinaria visual los defectos y las virtudes no parezcan ostensibles ni apasionantes. Gorki ganó universal nombradía estampando en el papel rasgos de seres insignificantes, más bajos que el *declassé* de los franceses, tanto que permanecían excluidos de clasificación y él se vió obligado a llamarlos *ex hombres*.

Pero el cuento es leyenda, o brote de novela, y la biografía es una porción de historia.

Así, a la hora de escribir la biografía del hombre común, es de rigor percatarse de la capacidad y personalidad del encargado de escribirla, aspecto que no descuidaron los negociantes norteamericanos; porque nadie se atreve a negar que los grandes pintores de caracteres: Cervantes, Shakespeare, Molière, los Dostoiewski, los Dickens, los Galdós, los Daudet y los Plutarco, son fenómenos circunstanciales o esporádicos de la naturaleza, o curiosa entretención de Dios que suele recrearse para hacerse admirable también en sus criaturas.

El Cónsul General de Santo Domingo no le dijo eso a Julio R. Barcos, ni palabra que contribuyera a desalentarle el ánimo ni a entorpecer sus diligencias. La República Argentina, según presunción y esperanza de los domi-

nicanos, jugaría eficaz papel tendiente a la reintegración de este país en su eclipsada y estropeada soberanía. Lo que le hizo saber fué que todo el aire fresco del que se disfrutaba en el balcón de la oficina y en la oficina, se le ofrecía libre y graciosamente, para cuando él quedara sudoroso de bregar con sus posibles biografiados tratando de convencerlos. En cuanto a describir al cónsul... Había él leído con avidez y consideraba importantes, las biografías de ilustres varones antiguos. La que Arrio escribió de Alejandro le atizó interés tan desmedido que el lector dió en cambiar parte del sueldo por obras del mismo género, hasta quedar *quijotizado*, con una barahunda de colosos constreñidos dentro del cráneo.

—Las biografías que no leeré jamás, señor...

—Barcos: Julio R. Barcos, señor Cónsul, muy a sus órdenes.

—Las que no leeré jamás —continuó— son las que desciendan a referirse a los prójimos o circunstantes; y el circunstante que está más cerca y quien habría de suministrar los datos y noticias de episodios, es uno mismo. En este caso, dando la tela y prestando el cuerpo para que le confeccionen el traje a la medida, el biografiado pierde el *interés desinteresado* de leer su biografía. De ahí que biografía y seguro de vida, señor Barcos, para este cónsul estén totalmente descartados. La biografía, por lo dicho y otras razones. El seguro, porque no estoy bastante convencido de que habré de envejecer y morir. El que los demás envejezcan y mueran no es razón suficiente. A lo que estaremos siempre dispuestos es a aceptar con gran placer su visita.

Así, los argumentos en verdad persuasivos de Barcos, quien cada tres minutos intercalaba seis u ocho veces *ché...* resultaron vanos. El que impresionaba era el sujeto, lo que se presentía o sospechaba en él de fuerza potencial desviada por circunstancia fortuita, en contraste con el encargo

aparente: fuerza sin posible logro mientras se ejercitara en el menester extraño; pues la persona y el oficio parecían mal avenidos. Entre la comisura de los labios finos, el brillar de las pupilas y el timbre sincero y viril de la voz, algo pretendía invitar a fraternidad, o complicidad, sin manifestarse.

—¿Quién será este hombre? —persistía la interrogante. ¿Y por qué anda en un negocio del que se burla fueros adentro?

El misterio se aclaró más tarde.

A raíz de Julio R. Barcos publicar un libro vehemente de pasión, de juventud, con trasiego de marxismo, del departamento de enseñanza pública al cual estaba adscrito como maestro, lo llamó el director: un zorro de la política. No dió éste impresión de conocer, ni por noticias, el libro mediante el cual el autor esperaba rápida celebridad. Se trataba de algo no menos interesante. Le manifestó aprobación plena por su vocación de maestro, por la labor realizada, por la simpatía que despertaba en los estudiantes, por su porvenir que se ligaría provechosamente al de la República. Sin ese vínculo de compañerismo entre maestro y discípulos, dentro de un marco de respeto indispensable, ningún entusiasmo por el estudio se conseguirá infundir; pues de todo buen maestro ha de trascender uno como sano contagio —argumentó.

Los textos para la enseñanza en la Argentina, sin embargo, eran deficientes: notoriamente retrasados en comparación con algunos vigentes en ciertos Estados de la Unión norteamericana, cuando después de conocer a la Montessori debería de ser lo contrario. ¿Quién podría encargarse con éxito de efectuar un estudio comparativo para ir a la revisión necesaria, superando lo de aquí y lo de allá, en beneficio de la enseñanza y el prestigio argentinos? Con profesores viejos, encariñados con su sistema, no se

podría contar. Él, creyendo de antemano en la generosa aprobación y el entusiasmo del joven maestro (Barcos) se había permitido pensar en éste para el delicado encargo. Encargo que obligaba a discreción para no alzar competencias y suspicacias.

Barcos, eufórico de optimismo, vió el mundo abriéndose a sus ambiciones. Harvard, Columbia, las grandes universidades norteamericanas pasarían hacia la Argentina lo más depurado y útil de sus enseñanzas, y él regresaría convertido en centro de admiración de los discípulos, y la prédica marxista ganaría la más amplia propagación en nuevos libros.

Lo que evitó la erupción de su entusiasmo fué la pobre suma de dinero que le proporcionaban, bastante apenas para pagar el alojamiento de él y la esposa: suiza-argentina de bizarra estampa, alta, silenciosa, serena, adicta al marido y convencida de que siempre y en todo él tenía razón. Ni *La Perfecta Casada* de Fray Luis era mejor.

Pero el señor director, propicio y decidido a allanar dificultades, se ofreció para gestionar y conseguir que las remesas sucesivas engordaran de acuerdo con las necesidades que él, Barcos, debería precisar en su primer informe que rendiría luego de estudiar el coste de vida en el desconocido medio.

Barcos y la esposa viajaron de Sur a Norte; y cuando llegaron y él estudió y rindió el informe convenido, pasaron días y vinieron días, y se extrañaron de no recibir dinero ni noticias. Acaso escribiera dirección errada. La reiteraron. Cartas, nuevas cartas, cablegramas y otros cablegramas, con resultado inútil. Entonces la compañera, menos culta pero más práctica, le hizo comprender que él no era tal comisionado para estudio de enseñanza comparada ni otra alguna, sino un separado de la enseñanza quizás por causa del libro recién escrito.

Que en la Argentina feliz gobernada por el venerable don Hipólito Irigoyen a ningún escritor se le restringía la facultad de publicar sus personales ideas, aunque fueran atrevidas, es cierto. Pero también es verdad que los prudentes pedagogos, responsables de la enseñanza pública, en todas partes y en todo tiempo miran con precaución a los maestros que puedan entusiasmar a los estudiantes con sistemas y doctrinas que la experiencia no ha depurado.

Pasaron "las de Caín", luego de acabárseles el dinero. Los trabajadores, para todos los empleos y oficios, sobraban en los Estados Unidos y nadie hallaba qué hacer al acercarse el término de la guerra. "La danza de los millones" tocaba a su fin. Las fábricas se cerraban, y un reajuste general y la devaluación de la moneda, amenazaban. Como el célebre personaje de *La Comedia Humana* de Honorato de Balzac amenazó París, estiró Barcos el brazo y apretó el puño y los dientes amenazando desde New York a Buenos Aires. Ya se la pagarían.

Así fué Julio R. Barcos castigado. Así pasó del magisterio a disfrazada expulsión, de autor de un primer libro promisor de gloria, a creador de biografías de individuos sin relieve, papel que a él mismo le repugnaba.

Envuelto en su propio ambiente, no parece que al aparecido le hiciera falta el aire fresco que en el Consulado General de Santo Domingo se le ofreció, de buena gana. Se iba borrando ya de la memoria cuando una tarde, al salir para el Malecón a nuestro habitual y crepuscular paseo, me preguntó Canales:

—¿No ha visto a Barcos?

—¿Barcos?... ¡Ah! ¿Un argentino que a los insignificantes los quiere volver ilustres?

—Es notable. Vamos por él y la esposa. Es un par interesantísimo.

—¿Pero usted sabe ya qué gente es esa? ¿Ya se comieron juntos el barril de sal?

—¿El barril de sal?

—Sí. Decía una matrona dominicana, observadora y de jovial humor, que antes de entregarse a la amistad de un extranjero hay que esperar hasta consumir juntos un barril de sal... en huevos. Es la misma que repetía que los santos han sido unos buenos sinvergüenza... Piense si en usted hay algo de santo.

—Y usted siempre con la desconfianza del cavernario —replicó—. ¿Esperamos los de aquí tanto para acogerlo a usted en íntima amistad?

Canales estaba rebasando la convalecencia de su crisis espiritual, y volvía a su "humorismo filosófico".

Cuando lo vieron llegar los argentinos, la esposa sonrió en silencio, complacida, y el marido cantó un "¡Compañeeero!" alargado con acento circunflejo sobre la primera e. En el tranvía y en el Parque Borinquen se trataron con confianza de viejos camaradas y amistad profunda.

A este Canales le seguirán pasando cosas... —pensé.

A poco rato me vi entre un par de doctrinarios, convencidos del inmediato cambio social que iba a salvar al mundo. La reflexión ponderadora, moderadora, frente al empuje natural, era Canales: de más lecturas y varios conocimientos; pero sin método. Barcos era un emponzoñado y emponzoñador de marxismo radical y nada menos que marxista, a quien los inofensivos *fabianos* le hacían cosquillas; pero le encantaba Canales: "¡este asombroso hombrecito!"... —decía a cada rato. Traía bulléndole en la cabeza un almacén de enseñanzas, calificadas y en orden. Todas las ideas "luminosas" de Engels, las doctrinas "indiscutibles" de Marx, las tácticas "geniales y carentes de escrúpulos de Lenin", el "apostólico convencimiento" de Jaurés ("el último mártir de la causa"), las "maduras"

conclusiones extractadas de "los filósofos del trabajo", el ardor contagioso de "los novelistas revolucionarios rusos de la pre-guerra", y hasta las locuras de Bakunine, le eran familiares. De otra clase de escritores acaso sabría muy poco.

Cómo descubrió Barcos a Canales y le cobró tan pronta estimación y se abrió a su total confianza, es detalle que se perdió en el tiempo. Los marxistas, como los francma-sones europeos de hace siglo y medio, como los terribles verracos cimarrones que se multiplican en las selvas del Sur de Santo Domingo, olfatean, buscan, adivinan y distinguen en las muchedumbres o en los bosques y miden y contrapesan a sus iguales y a los que tienen pensamientos afines, o siquiera parentesco con sus ideas.

Barcos negaba con aplomo que Nemesio R. Canales cupiera en la diminuta isla de su nacimiento. Preguntaba y respondía, como la Doctrina Cristiana en el Catecismo del Padre Ripalda:

—¿Qué es Puerto Rico? Un punto, un peñón que apenas si sale de entre el Mar Caribe. ¡Si un argentino y un brasilero no se atreven a pisar fuerte por miedo de que se hunda! Hostos, y Betances, y Juan Rius Rivera, se tuvieron que ir por sentirse grandes, o para acabar de sentirse grandes.

—¿Qué hace Canales aquí?

—Perder lastimosamente el tiempo.

—Las grandes ideas si se embotellan se ponen rancias, el tapón salta o se pudre y entonces emana de ellas la hediondez intolerable de las cosas en descomposición.

En la Argentina estaba el campo de Canales. Y desde aquella confluencia de ideales y fuerzas vivas podría él dar de sí ese caudal que le estaba rebosando y a pique de matarlo en forma de derrame cerebral o de meningitis...

Barcos era trastornador, coordinador y animoso propa-

gandista para destruir lo que a juicio suyo trabara el futuro bienestar humano. Pero lo curioso es que también apuntaba en él un sincero protector de los infelices y en los infelices colocaba a los *fabianos*: sobre todo al *fabiano* que tenía delante. Por su simpatía desbordada en un amor vehemente, veía ya el trasplante necesario del pequeño mundo antillano al vasto territorio de la Argentina, en cualquiera de cuyas esquinas vírgenes podría vaciarse cómodamente el puñado humano que superpuebla a Puerto Rico.

En Rosario tenía dos hermanas. Una... lindísima (a esta afirmación asentía la esposa con movimiento de la cabeza). Podría casarla con el Cónsul Dominicano. Parece que éste le gustaba por manso. Lo que pensaría la muchacha no le preocupaba...

No sería injusto, aunque de pronto lo pareciera, si las autoridades norteamericanas encerraran en el presidio de Atlanta al optimista perturbador... —se me ocurrió pensar. Quizás la Cancillería Argentina protestara por formalismo a la vez que aplaudiera puertas adentro.

En vísperas de proseguir viaje, Barcos y la esposa pasaron por el consulado dominicano más que a despedirse a anunciar que Canales se iría con él.

Quedé perplejo, casi entontecido. No veía razón; no existía razón ni explicación. Un monstruo fantástico, la Salamandra bailando entre brasas, sería menos absurdo. Y era verdad. Tan pronto dieron espaldas fuí a donde Llorens a averiguar el motivo, la causa de la aventura, de la locura del viaje.

Callado y triste, aparentemente sereno, sondeando atrás, el gran poeta no encontraba más razón que una:

—Sufre. Se va huyéndole al sufrimiento. ¡Como si Puerto Rico entero tuviera la culpa!

X

LA AVENTURA

El 29 de junio de 1918 embarcaron Canales y sus compañeros rumbo a La Guaira. De los amigos íntimos, tan sólo Luis Llorens Torres y otro, un extranjero, fueron a despedirlos.

Fervoroso de esperanzas y anhelos de juventud, orientado por un ideal y ligado a esposa fiel, Julio R. Barcos se iba acercando por calculadas etapas a la Argentina, su patria opulenta de promesas, de donde no lo alejó derrota sino que fué apartado temporalmente, hasta que el tiempo y el conocimiento de otros medios le modificaran, le atemperaran su pasión de catecúmeno de una doctrina que lo deslumbraba, mientras la mayoría de los gobiernos la creyeran perturbadora. No podía Barcos ser comprendido entre aventureros.

Canales dejaba atrás, en cambio de lo que allá lejos esperaba al otro: hogar deshecho, patria para él hasta entonces indolente, indiferente y sorda a prédicas, esfuerzos intelectuales y sacrificios. Como legislador abogó porque la mujer obtuviera iguales derechos que el hombre, procurando elevarla a la condición de ciudadana, pretendiendo borrar de ella para siempre jamás cuanto recordara su condición de vasalla y tratando de hacerla colaboradora y compañera del hombre. Y, en compensación, la mujer compendiada en una burló sus desvelos, confianza, afanes y generosidad. Paga de ingratitud: pago de siervos. Abogó en el congreso del país y trabajó en periódicos que él fundaba y costeaba y dirigía y escribía, por mejorar la cultura de la clase media y la condición social de los humildes;

y todos, indolentes o incomprensivos, dejaban alejar y apagarse la voz de uno de sus paladines, fiándose con arábica indolencia en que sin la voluntad de Alá ni se desprende ni se mueve siquiera una sola hoja del árbol: porque escrito está lo que habrá de suceder.

¡Dos amigos despidieron a Canales, uno extranjero! Los que sepan sentir, acaso puedan medir la insondable desolación para él de esa despedida.

En ausencia de Luis Muñoz Rivera, en 1916, defendió Canales los principios y propósitos políticos del ausente; y cuando éste alentaba desde lejos y se prometía compensar el laudable esfuerzo cívico, entre el propósito y el premio apareció la muerte. En seguida, los herederos políticos del gran campeón, con humanal prudencia discurrieron una vez más que la ingratitud es virtud en la política: descartaron a Canales y a Luis Llorens Torres, a dos amigos, y se entendieron y juntaron con enemigos.

La política desde hace más de dos mil años tiene sus exigencias. Augusto entregó a Cicerón, completando el precio de fingida alianza con Antonio: por conservar una lengua no iba a exponer el gobierno del mundo. Es verdad que Canales no era un Cicerón, ni le cortaron la cabeza, ni le arrancaron la lengua, ni le impidieron que se alejara del lugar. Pero tampoco se vislumbraba a Augusto, ni desde Puerto Rico se iba a gobernar a las demás naciones.

Se explica que el Puerto Rico de 1914 no pudiera costear económicamente *La Revista de las Antillas*, lujosa y sólo comparable en la selecta calidad, entre las conocidas en la América española, al *Cojo Ilustrado* de Caracas, aunque más voluminosa, y a *Histonium*, que ahora publican en Buenos Aires. Se explica, asimismo, la desaparición de *Juan Bobo*, militante de la política y exponente de extrema izquierda de los problemas sociales; pero nunca se explicará fácilmente que en 1918 la gente culta y las medianías

intelectuales no contribuyeran a sostener *Idearium*, revista estrictamente ceñida a la importación de ideas y motivos de arte provenientes de Europa y los Estados Unidos de América, extraña a la política y dispuesta a difundir la cultura en la isla y propicia a vínculos intelectuales entre los nativos y los de la raza hispana del continente; en la economía, asequible a todos, y abierta con criterio liberal a los escritores reputados igualmente que a los nuevos.

Fracasó *Idearium* y se rompió el eslabón último y el último esfuerzo de Canales por sujetarse al país de su nacimiento. Se alejó sin ser comprendido, o negado y apaleado moralmente por haber sido comprendido. ¿Para qué un Profeta más? Con el recuerdo de Elías tenemos bastante...

“Ya tenemos bastante con un solo Homero.”

Alivia y consuela saber que entre griegos y hebreos, los dos pueblos más espirituales del universo, se haya sentido y conversado así.

CARACAS

Con cuarenta años de vida quedan atrás los días competentes para emigrar, para aventurar. Pero si en el aventurero joven se sospecha la locura del vagabundo, se reconoce a la vez que en él está implícita una dosis no despreciable de valentía. La locura sube de punto y la valentía se expande hasta el heroísmo, si la aventura se emprende sin dinero, con la cabeza calva y sobrecargada de tribulaciones.

Juicioso acierto fué dirigirse a Venezuela antes que a otra nación del continente. El venezolano, para el de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, en su territorio no opone reparo. Y aunque los consecutivos mandatarios “fuertes” agrían el carácter y muchos de los literatos que llegan suelen medrar al servicio de esa fuerza y contra el pueblo,

hasta volver al venezolano cauteloso y mirón de soslayo, al fin de cuentas siempre vienen a ser en Venezuela acogedores y hermanos del que proceda de las grandes Antillas.

Con Barcos, un argentino, no sería exactamente igual. Desde que Olegario Andrade estiró el índice y su cóndor inmortal graznó sobre San Martín diciendo "Éste es el grande", y los buenos escritores del Plata se dieron a medir con centímetro la talla del hombre ilustre hasta acabar en que el suyo es un San Miguel Arcángel ("El Santo de la Espada"), el patriotismo continental, agresivo y vociferante de Rufino Blanco Fombona, enneblinó el ambiente. No importan el reposo justiciero del docto Lecuna y de Monseñor Navarro, y la serenidad de los académicos, y la imponente estatua ecuestre de San Martín erecta en una de las más espléndidas avenidas caraqueñas. A ningún extranjero que se presente y desde la falda del Avila hasta coronar la cima no suba pensando que Bolívar era un dios (como lo era y lo es) dejará de mirarlo de reojo el pueblo de Venezuela. Y es loable ese fanatismo.

Al presentarse en Caracas Canales tenía como título de crédito el haber sido fundador y director de revistas literarias y autor de un libro: ser literato al llegar a un país de literatos. En su defecto llevaba el no tener religión de bandera, ni patrias parciales y proceder del país de Gumersindo Rivas —escandaloso vocero y protegido de Cipriano Castro— y que el tormentoso Cipriano estuviera de continuo amenazando con invasiones desde Puerto Rico.

Andrés Aurelio Mata, el lírico bueno que sabía lo que es emigrar, y Teófilo Núñez, su compañero de empresa y de bondad para quien Venezuela y las Antillas forman una sola patria, desde las columnas de *El Universal* le dieron la bienvenida y facilitaron las primeras conferencias, bien retribuidas. Sonrió por primera vez en más de un año, el de Jayuya.

—“Creo haberte dicho” —le escribe a Paulita Canales, hermana a quien se confiesa y en quien desahoga penas de vez en cuando— “que rompí el hielo con artículo afortunado y que en las conferencias que dimos el interés del público fué creciendo de una a otra hasta el fin. Fuí comentado en los periódicos y tertulias y más de una vez sorprendí llamaradas de curiosidad en algunos ojos de mujeres entrevistas en calles y tranvías.”⁽¹⁾

En un artículo escrito el 6 de julio (1918) y que publicó *La Democracia* de San Juan de Puerto Rico, apuntó la impresión que le produjo el culebreo ascendente de la carretera desde La Guaira a Caracas y la excelencia de las arepas. Iba embriagándose de detalles y perspectivas. Se le llenaba y dilataba el pecho ante los panoramas numerosos y cuando preparaba el ánimo para disfrutar de la visión de la llegada, sin darse cuenta cayó de Catia en el centro de la ciudad capital, que por entonces no pasaría de ciento treinta mil habitantes, estilizados de modales, con mucho de urbanidad a la francesa y de nacional orgullo.

Caracas, bien; los intelectuales, bien; aunque mejor las caraqueñas... Fué la impresión. Pero... ¡el General Gómez!

En Caracas no se completaba el viaje sin ir hasta Maracay. Al General le gustaba que los viajeros de buena laya llegaran a Maracay, y desde el dorso del empinado camino se dieran cuenta de que si toda capital tiene alma cosmopolita, el verdadero espíritu de Venezuela vigila desde las cumbres y baja y se derrama sobre llanuras inmensas. Y le gustaba también que vieran el Parque de las Delicias en donde se regodeaban las fieras, criollas, auténticas de la Venezuela brava. Allí iba él todas las tardes a dejar fatigas, a descansar de los políticos, más temibles que los animales feroces y nunca suficientemente domesticados. Miraba, y de sólo un golpe de vista calaba la

condición del que le presentaran. Lo demás quedaba a cargo del "servicio de inteligencia"...

La carta en que Canales describió el viaje de Caracas a la caliente región de los llaneros y sus lagos, estará hoy confundida entre los papeles de Llorens, o traspapelada en Vega Alta, en casa de Ramón Martínez Reyes. Entre los amigos que la leyeron produjo la impresión de ser modelo descriptivo en el género epistolar.

En dejando atrás Los Teques yendo en dirección de las llanuras de Aragua, ¡qué espléndidas, qué sorprendentes perspectivas y en qué jubiloso vocerío del alma quisiera expresarse el que nació en montañas! En Jayuya se mira con arrobo y tímido respeto hacia arriba, a *Piedras Blancas*, *Los Tres Picachos* y el dorso ondulado de *Pandura*. Pero de espaldas a Caracas y rodando hacia La Victoria desde alterosas cumbres, hay que mirar abajo. Asombra Venezuela con los paisajes maravillosos que se multiplican entre la capital del Estado Miranda y el llano de Aragua, Valencia, Carabobo. Desfilan tan abundantes y de belleza tan varia, que sugestionan; y las visiones grandiosas igualmente se multiplican en la carrera y se atropellan pasando por la retina, colmando ojos y pecho de modo tal que exaltan, embriagan y luego abruman y empequeñecen al extranjero. Jayuya con sus eminencias maternas, amansa, aniña, acuna y se enternece después en nostálgico recuerdo. Y aquí, por aquí la belleza sobresalta, se encrespa y da vértigo entre tanta grandeza fantasmal. Se columbra a lo lejos, se acerca, crece y se ofrece a la vista, la gozan los ojos, deslumbra, fuga y se pierde en superpuesta aglomeración de montes. De la estupenda suma de grandezas queda al final de la travesía caravana de impresiones que la saciedad inmediata convierte en más dolorosas que placenteras. Discurren días y la memoria retorna, como atraída por imán potente, a contemplar los panoramas de

maravilla, y el sentimiento acaba por humanizarlos confundiéndonlos con algo de las Antillas nuestras, ahumados de niebla en fraternal cariño. Y se quiere entonces más y mejor a Venezuela en donde todo reza heroísmo y tiene nombre escrito con sangre.

Aquí, al llegar al fondo, está el pueblecito de San Mateo en donde voló Ricaurte con el polvorín y el Libertador rompió la caballería de Boves y puso a éste a huir. Pues ahora el chófer se entusiasma y cuenta y enseña el sitio. Y entre La Victoria y las máximas alturas, cerquita de San Mateo, se interpone El Consejo. Por calle que primero hubo de ser camino real pasa el viajero y ve y no podrá olvidar nunca el poblacho más original, ¡y tan feo! Peñones, verrugas y fístulas eliminados por las altivas crestas, vinieron rodando hasta fijarse ahí, trocados en caserío antiguo. ¡Qué casas! Se les alarga el frente de esquina a esquina; son de una planta, aplastadas, antipáticas como presidios y sin luces. ¡Casas sin luces! Sin puertas hacia la calle y ciegas de ventanales. En más de una amaga la ventanuca, se esboza exigua; pero aún así se protegen de barrotes duros. ¡Y las venezolanas ahí adentro, encastando venezolanos!

El humano es animal sociable. ¿Por dónde salen para mantener trato, el comercio espiritual con los demás, los moradores de tan extrañas viviendas? Por la calle no se entra ni hacia la calle se sale de ellas. Por el patio saldrán los hombres. Hay que suponer en honor del mejor concepto de la libertad de América, que son viejas viviendas fundadas por mahometanos conversos al comienzo de la colonización, cuando ni siquiera a Dios se le había ocurrido la explosión revolucionaria de 1810, o que pertenecieran a partidarios de Boves, o que del lado del patio se abren diez puertas y claraboyas en cada una, para no presumir que la mujer vive todavía adentro igual que en harén protector y protegido.

Y el *Samán de Güere*: ¡qué austero, qué imponente, y qué venerable el *Samán de Güere*, con sus ramajes que desde hace siglos parece que van a morir! Su frondosidad enorme le dió sombra a Bolívar que acampó con parte de sus guerreros debajo de él; y lo vió Humboldt, y calculó sus años, y desde Alemania le escribió al semidiós:

—“Cúidenme el *Samán de Güere*”...

Porque en Venezuela hasta los árboles tienen historia y no podemos dejar de quererla.

Podrían imaginar los supersticiosos que un espíritu malféfico se fué detrás, persiguiendo al viajero por la América del Sur. La acogida favorable que encontró en Caracas y que permitió suponer que todo le iba a ser propicio durante su permanencia, debido a maledicciones transmitidas desde Puerto Rico se entenebreció de pronto.

Dos sentimientos acechan entre los fieros enemigos del hombre: el de amargura, en el fondo odiador que cada día se envenena, y el regocijo de la vanidad, engatusamiento que incapacita para la propia superación y elevación del alma. ¡Y guay si se hermanan en uno!

Don Manuel Martínez Plée, que era hombre culto, de expresiva pluma, barbudo igual que un patriarca y de carácter tornadizo y vidrioso, en el Parque Borinquen, de frente al mar leía novelas, ensayos y cuentos en francés y en castellano. Bueno: a medida que seguía leyendo desprendía la hoja anterior, la estrujaba entre dedos dañinos hasta trastornar las letras y volverlas ininteligibles. Así, una tras otra hoja, las iba tirando a espaldas, al tronco de los cocoteros. Si la página divulgaba emociones bellas, al acabar la lectura la rompía en menudos pedazos y los soltaba al viento. A otros lectores se les ha visto regalar, o prestar el libro bueno para compartir conocimientos y deleite. No era vulgar, don Manuel Martínez Plée.

Una noche tocaba el violín en casa de doña Carmen Muñoz de Negrón Sanjurjo. Don Quintín, el marido de doña Carmen, tenía cita... Dijo que tenía cita: un quehacer en alguna parte. Cruzó el salón, pidiendo permiso, y salió detrás de sus lentes con pisadas insonoras de duende. Acompañaba al piano Clara Lair, que por entonces se llamaba Hedda Gabler, o Mercedes Negrón Muñoz. Aquel músico era grato de oír y de ver. Las barbas sedosas y fatigadas se volvían caricias rozando el violín humilde; los ojos le fulguraban de orgullo artístico, y la frente alta y ancha le adquiría una nobleza altiva. Ejecutó a lo último *Aires bohemios*, y *Miramar*, de Sarasate. Algo se había endurecido el arco *por las vicisitudes de los tiempos*, como diría Juan de Mariana. Pero retrotraía y reanimaba cosas que dormitan o duermen en la raza que dejó España en nuestra América. Era grato de oír y se lo dije en saliendo en compañía de Canales, que iba fumando en silencio.

Canales era filarmónico; en la adolescencia tocaba flauta, y en Zaragoza se le educó el oído en cuanto fuera música de Sarasate. El músico lo miró de extraño modo y en seguida me ilustró... Porque *él sí sabía*, y conoció y trató personalmente "a Pablo". Sin duda que "Pablo" *tuvo ángel* y eso le ganó protección oportuna; pero esta noche ha sido recreado, mejorado...

No era hombre vulgar, don Manuel Martínez Plée. Es indudable que leía libros buenos, y que escribía bien, aunque a veces decía razones torcidas por amargo sentimiento. Y un día se enteró de las conferencias y el éxito de Canales en Caracas, y quizás si por simple entretenimiento escribió y publicó (en *La Democracia*, si no engaña el recuerdo) un artículo reputando mal al conferencista y asegurando que en Julio R. Barcos resucitó, dando qué hacer, el *Don Pablos* de Quevedo.

El artículo de un colaborador y escritor reputado pasa

al linotipista, o al tipógrafo, sin que el director del periódico o el jefe de redacción lo someta a censura y muchas veces el autor, precavido contra erratas, va y él mismo corrige pruebas, autorizado por la confianza.

Ese escrito y una carta de otro remitida bajo firma supuesta, volaron desde Puerto Rico a levantar suspicacia en Venezuela. Y los que fueron acogidos y aplaudidos con beneplácito, de repente reanudaron viaje.

Conste en descargo de don Manuel, que luego de morir Canales le rindió un tributo en prosa fina. Ocioso es averiguar en cuál de las dos ocasiones fué sincero. En las dos, según ilustra Horacio:

—Odiamos a la virtud triunfante, y después que ha muerto nuestra baja envidia la diviniza.

PANAMA

En Panamá, nuevas conferencias, éxitos iniciales. ¡Y qué calor, Dios Santo! ¡Y qué momentos sombríos! Se ofrece la posibilidad, sin embargo, de trabajo permanente con la fundación de *Cuasimodo*, que un socio pudiente proporcionaría el dinero. Pero... el pero siempre, resurgiendo en Canales el inadaptado:

—“Estoy impaciente por salir de aquí —le escribe a su hermana Paulita—, lugar cálido y feo donde todas mis impresiones son malas. Eso, si no me quedo definitivamente.”

“Te parecerá extraño que reniegue del sitio y te comunique el peligro en que estoy de no salir de aquí. Resulta que tanto Barcos como yo habíamos convenido en subordinar todo otro plan al negocio de un periódico o revista”... “que nos independizara económicamente y, al mismo tiempo, fuera un palenque para nuestras ideas.”

“A mí me es odiosa la ciudad y tiemblo ante la pers-

pectiva de enterrarme aquí, pero estoy cogido en mis propias redes y quiero, además, dar la batalla suprema a ver si algún día me libero de la cruz de abogado y salgo a flote con algo que me saque del abismo de vicisitudes y apuros económicos en que estoy metido hace años por incompatibilidad entre mi vocación y mi devoción."

"Trabajaré como un negro y eso me quitará el terror en que siempre vivo de no tener qué mandarles a Ariel y a Guarina."⁽²⁾

Mediante esfuerzos continuos se fundó el periódico, en cuyas páginas y en números sucesivos aparece *La leyenda benaventina*, análisis crítico de la obra dramática de Jacinto Benavente, que escandalizó a algunos y que elogiaron otros estimando ese ensayo como culminante de la crítica de Canales, y que, para el comentarista, se ha convertido ahora en ente legendario: todas las búsquedas han fallado sin lograr conocerla. De *Cuasimodo* llegaron hasta Llorens y a los íntimos amigos uno, dos o tres números; los demás, tal si fueran extraviados o secuestrados en el lugar de salida, o se hundieran en el océano. Quede aquí el vacío, que tendrá otro la mejor fortuna de llenar.

Capaz era Nemesio R. Canales, por sus amplios conocimientos literarios, finura, penetración del juicio, rectitud, don de justicia y talento natural, de ejercer con acierto y elevación la crítica literaria. En ella practicó él métodos y formas diferentes. Le bastaron dos o tres poesías de Luis Llorens Torres para captar con sutileza lo esencial de su obra y la calidad del autor, cuando para tantos en Puerto Rico Llorens no pasaba todavía de ser un extravagante. Mucho se ha escrito después en relación a la obra del gran cantor, aquilatándola en justicieros ensayos críticos. Las más certeras opiniones confirman la síntesis entusiasta de Canales, quien una vez más se adelantó como precursor.

Él manejó con ponderación la crítica expositiva, además, y lo hizo bien. Pero tuvo sus días y en uno de ellos escogió otra forma, para reprobear opiniones de Bonafoux; forma ingeniosa pero estridente, de esas que restan por desagrado parte de lo fundamental de la razón que sustentan.

Al juzgar a Benavente no se atendería a la fidelidad de la memoria, como en la exagerada loa escrita al saber la muerte de Felipe Trigo se atuvo a las lecturas de cuando era estudiante en Zaragoza; ni tratándose de un dramaturgo tan fecundo y de renombre caería en quiebra de conceptos. No habría de limitarse al conocimiento de un número de sus obras, para fallar sin documentación completa, como procedió al escribir contraponiendo fácil e ingeniosamente su interpretación del Don Juan a la que hizo don Miguel de Unamuno: con la sola lectura de Zorrilla, de Molière y de Byron, y prescindiendo de la creación original en que "el fraile de la Merced", trascendiendo del mundo de la materia, plantea uno de esos casos teológicos y carnales que preocuparon a Unamuno y turbarán sabe Dios a cuántos espíritus creyentes, y a los que duden, en nuestra casta española.

Canales sabía y recitaba de memoria escenas íntegras del Don Juan de José Zorrilla, obra desbordante de juventud. Pero ni ese es el Don Juan genuino ni se pretenderá encontrar, estudiar y conocer a fondo en Molière, ni en Byron, ni en negadores de Dios, ni en naciones de herejía, a uno de los caballeros más españoles que ha creado el ingenio humano. El ensayo de Unamuno, como el de Maeztu, como el de Ramón Pérez de Ayala, puede satisfacer o no, literariamente. Preocupado del más allá, aunque desbarrando a veces, anduvo don Miguel, hurgando y abriendo interrogaciones de la propia conciencia frente a cada uno de los grandes místicos y teólogos de España, y él mismo parece que vino finalmente a ser un caso teológico.

Don Juan era algo epicúreo y, a su manera, un creyente; y epicúreo también era Canales. El primero, gozando con su carnal despreocupación, aplazaba el terrible día del juicio en aquel:

¡Qué largo me lo fiáis!

y aunque blasfemara, creía. Canales no blasfemó nunca, por buena educación y por falta absoluta de creencia, y ni siquiera perdía su tiempo en dudar. Ateo sin posible remedio, anduvo sufriendo un vacío insondable en total prescindencia de Dios. Para discutirle su interpretación a Unamuno, que ahondó en Tirso de Molina y lo estudió más allá de la sonrisa, Canales, a juzgar por el trabajo que insertó en *Paliques*, no conoció, no estudió la criatura del creador primordial y así le fué vedado pasar de lo aparente, más allá de la carne.

¿A qué método, o a cuál de sus maneras de crítica, se ciñó Canales para escribir *La Leyenda Benaventina*? Que responda el que tenga conocimiento directo de la crítica y de la obra criticada.

¡BUENOS AIRES, BUENOS AIRES!

Pocos capítulos se conservan de la labor literaria realizada por Canales durante sus andanzas desde Caracas a Buenos Aires. No escribía él las conferencias, entonces su única producción abundante, ni podía pagar taquígrafo que las tomara para conservarlas. Sus ideas, expuestas en la oratoria, duraron como sonido de palabras sueltas a la merced de los oyentes. Con inherente abulia, siempre pospuso la reconstrucción de cada pieza oral y, después del regreso, aquí careció de salud y tiempo libre para salvarlas.

Tenía por norma estudiar el motivo hasta familiarizarse con él, fijar tres hitos mentales: puntos escalonados que encendía gradual y sucesivamente en la disertación, atento

a la medida, medroso de abusar, de aburrir y de excederse, y procurando mantener despierta y pendiente del asunto la atención del auditorio. Pocas imágenes, ningún recurso que pareciera retórico, el mayor número de ideas en el momento central, meditadas y preparadas ocurrencias de suerte que parecieran frescas y repentinas, y un vigilante cuidado de escoger y recordar un rasgo vivaz para el inicio y otro bien impresionante para cierre final. Era su técnica.

Guión luminoso resulta hoy la correspondencia familiar, para seguir sus pasos y medir sus esperanzas frágiles y pasajeras, sus triunfos y los tropiezos. Las epístolas a la hermana, limpias, sinceras y algunas muy dolorosas, marcan etapas del viaje y revelan malas acciones, denuncias absurdas, conque desde Puerto Rico lo persiguieron.

¿Quién, gratuitamente y tan sólo por arrojar veneno, fingiendo que eran de temer las ideas del socialismo *fabiano*, se ensañó tesonosamente en perjudicarlo mandando infundios a autoridades de pueblos desconocidos? En la primera ocasión colaboró trasmitiendo maledicencia aquel literato-músico, uno de esos autogenios a quienes los demás se obstinan en no reconocerles grandeza desmedida y en negarles lauros. Y ése no fué el más dañoso.

Hombre de ingenio brillante, sencillez asaz y de sana índole, sus triunfos en universidades y otros centros intelectuales, por maldad ajena quedaban así siendo iniciales:

“Yo no me puedo quejar, he sido bien acogido.”

Y de pronto, la oculta y trastornadora mano, extendida desde aquí, prendía antorcha negra y proyectaba falsa y siniestra luz que le entenebreciera los días por venir, cerrando puertas.

Entre las grandes urbes se distinguía Buenos Aires como la más propicia al extranjero inteligente y culto. A pueblo floreciente de optimismo y riqueza natural había llegado. La cautela y ojeriza con que se alcanza a ver al recién

venido, si es hispanoamericano y profesional de las letras, en los países mandados “paternalmente”, en la Argentina era ya por aquel tiempo un recuerdo vago, memoria casi indistinta entre la postrimería de la colonia y la formación y arranque inicial de la República. Se sucedían simples mortales en el gobierno. El mandatario omnisciente y ubicuo iberoamericano era sujeto de estudio, localizado en los viejos días de don Juan Manuel Rosas y confinado a la literatura histórica en la *Amalia* de Mármol, en el genial libelo intitulado *Facundo o el Tigre de los llanos*, de Sarmiento, y en *La Novela de la Sangre* en que Bunge expuso y examinó el lejano y enfermo instante para que los lectores curiosos se paren y reflexionen, como los hombres de ciencia meditan frente a las bestias prehistóricas desenterradas y catalogadas en un museo por Ameghino. Las universidades —principalmente la de La Plata y la de Buenos Aires— ya en 1920 eran vivero de sabios y en sus centros hallaban acomodo seguro los intelectuales de principalía que tuvieran título expedido en cualquiera universidad del mundo. Abundantes eran los institutos oficiales y particulares de enseñanza, y libérrima la prensa periódica.

Canales, de inteligencia sagaz, fácil palabra, bilingüe titulado en Boston, rehuendo la regular disciplina de la enseñanza y afanoso por ser dirigente de periódico, una ocasión más equivocó su destino; pero Buenos Aires en cualesquiera de sus sectores proporcionaba trabajo y retribución a los hombres de valía.

—“Yo no me puedo quejar: he sido bien acogido” —le escribe a la hermana semanas después de su llegada.

Cuando de pronto, desde su isla madre transformada para él en madrastra insidiosa, arrojan la semilla mala, y prende.

—“Llevo aquí dos meses y no puedo decir nada defini-

tivo. Hemos caído en una época muy mala, pues aquí en verano la ciudad se vacía y no hay público para nada. Como tuvimos grandes dificultades para dar nuestras conferencias"... "ahora sólo contamos"... "con lo poco que ganamos con algunas colaboraciones en los periódicos." "Con ésta pongo en el correo para ti lo primero que publico aquí, un cuento o novela corta."

—“¿Creerás que hubo ahí, en San Juan, una mala persona —un tal Sergio Ramírez— que me denunció desde allá a la policía de aquí como un hombre peligroso? Con ese motivo he pasado muy malos ratos, pues una conferencia que ya teníamos preparada fracasó inesperadamente por la prohibición de la policía. Por fin se puso en claro el asunto gracias a un prócer de aquí^(*) y me parece que no opondrá más obstáculos el jefe de la policía.”

“*Cuasimodo* saldrá... Yo no me puedo quejar: he sido bien acogido por la mayoría de los intelectuales más distinguidos de aquí y en tan corto tiempo voy teniendo reputación. No le tengo miedo al porvenir.”⁽³⁾

Al fin esa denuncia, archivada pero no desestimada en su totalidad, surtiría efecto.

Con suerte varia para Nemesio R. Canales discurría el tiempo y después de dar pruebas de talento y escrupulosidad económica, que le sobraban, fué recibido en casa de familia principal y se le abrieron relaciones nuevas y horizontes halagüeños; cuando el demonio pasó por allá y le soltó la mujer en Buenos Aires, y... hay cosas que no se deben decir. Antes de un mes se habían esfumado las promisoras relaciones y transformado en muecas aquellas sonrisas de la fortuna. Y entonces fué el crujir de dientes y el echar a andar en horas sombrías cargando vástago

(*) ¿Alfredo L. Palacios?

tierno y arrastrando pesada cruz. Hay flojeras del carácter que ganan el correspondiente castigo.

..“En otra carta —escribe— me preguntabas si no hubiéramos sido más felices allá en Coabey, como cuando íbamos creciendo juntos a nuestra madre. El cuadro de lo que hubiera sido tal vida viene a la imaginación con amables y bellos colores; pero, no creas: no hubiéramos escapado al sufrimiento. Aquí o allá, cuando se tiene algo dentro que nos separa del rebaño, sólo dándose uno sin reservas y sin regateos a una causa amplia y universal que no se agote nunca, tal como un apostolado del arte o de reforma social, es como cabe escapar al dolor y”.. “Tú tienes tus retoños: vive en ellos y ya verás cómo se te aligeran las penas. Yo, que ni ese consuelo tengo, sobrellevaré mi carga imaginando que soy un autómeta privado de toda personalidad, que sólo vivo de apariencia, pues me morí hace tiempo. Esta inhibición, este quitarse a uno mismo de en medio, conduce a una casi insensibilidad que es la mejor defensa del dolor. Sigo luchando, y caminando; pero me duelen muchísimo menos los tropezones.”⁽⁴⁾

Tal era su estado de ánimo, cuando una tarde un amigo, alarmado y alarmante por información acaso mal comprendida, queriendo ser oportuno y eficaz corrió y le dió a Canales la noticia de un peligro inmediato, de esos que el interesado no puede personalmente detenerse a comprobar sin caer en el anunciado riesgo:

—“*Está dada la orden.*”

A hora fija de la madrugada —según el informante— caerían en redada de los agentes de la policía los *leninistas*, los marxistas y todos los sospechosos del socialismo a la moda nueva, para ser trasportados a... tal presidio, en un confín de la Patagonia. Y él, Nemesio R. Canales, “por virtud” de aquella denuncia procedente de Puerto Rico, estaba figurando en lista de sospechosos.

Horas después un barco de pasajeros surcaba el Río de la Plata y el siguiente día, en modestísimo hotel de Montevideo, amanecieron Canales y varios amigos. Entre los huéspedes se encontraban el infante Ariel y la madre.

-
- (1) Carta a doña Paula Canales de Platet.
(2) Id., id.
(3) Id., id.
(4) Id., id.

XI

CON UN PAPEL Y UN LAPIZ

Con un papel y un lápiz en las manos, calculando, esperaba Luis Llorens Torres.

—He recibido hace poco este cablegrama —explicó—. Canales está en Montevideo; carece de dinero para venir y es preciso reunir urgentemente la suma para situársela por cable. Aquí no está Antonio Pérez Pierret, que contribuiría con gusto. Pienso en Nicolás Santini y en don Eduardo Georgetti, que sé que lo estiman. No sé qué otro... ¿Está usted en condiciones de contribuir?

—¿Y por qué usted y yo no le situamos ahora mismo el dinero necesario? —respondí.

—De improviso, para nosotros solos el gasto es muy fuerte —dijo sumando números y reflexionando.

—Pero, Llorens, ¿y qué puede costar un pasaje de Montevideo a aquí?

—Yo soy un hombre práctico, Nolasco. Usted no es un hombre práctico. Déjeme timonear el asunto. El viaje tiene que ser indirecto, vía New York, y además, son tres... Sí, la mujer se fué atrás d'el con el pretexto de llevarle el niño.

—Pues entonces hablemos con Martínez y con Blondet, antes que con otros.

—Él es amigo de Santini y yo sé que don Eduardo le tiene afecto —insistió—; mientras que a Martínez y a Blondet no los conoce de cerca. Usted no sabe que Canales es muy delicado y podría después mortificarse, si la diligencia se hace sin reservas, fuera de contados amigos

suyos. Mejor sería enterar a López Tord, hablándole desde aquí a Ponce.

—Martínez Reyes es cuando menos tan delicado como Canales —observé— y mejor que nosotros. Piense si excluirlo no sería igual a terminar su amistad. En cuanto a Blondet... usted conoce a Blondet.

Persuadido, llamó a Ramón Martínez Reyes y a Ricardo Blondet, y éstos quedaron informados.

—De mi parte no hay que hablar —asintió Blondet—: ¿de cuánto se trata?

A Martínez Reyes, en silencio, le brillaron los ojos de tigre.

—¿Qué dice el Coloso de Rodas? —le interrogó Blondet.

—Que yo no puedo aceptar en ningún sentido la imposible y desairada igualdad que me proponen. Los piojos andan con el león; pero escondidos en su melena.

—¿Y el león es usted?— volvió Blondet a preguntar—. ¡Será un león de alfombra! Conteste y no nos asuste.

—Respondo que doy toda la suma, o no doy nada.

—O se somete a igual cuota, o no dará nada, porque prescindiremos de usted —le dije— Usted ni siquiera sabe la dirección.

Intervino Llorens:

—Yo soy un hombre práctico, señores. Vamos a...

—Todo lo práctico que puede ser un enano. Un poeta; pero enano —apostrofó Martínez.

Y Blondet:

—¿Pero por qué no le dejamos la oportunidad de ser práctico siquiera esta vez en su vida?

Por fin Ramón Martínez Reyes, "El León de Nemea", "El Aguila de la Montaña", se redujo tanto frente "al hombre práctico" que sólo contribuyó con dos terceras partes de la suma total situada por cable uno o dos días después a Canales en Montevideo, para el regreso.

XII

EL RETORNO

A principios del año 1922 regresó Canales de la América del Sur. Los que lo conocieron y ahora lo seguían tratando en intimidad, lo veían andar con lentitud, a ratos con cansancio de la carne y del espíritu. Por instante se detenía aspirando profundamente, con ansias del convaleciente que por instinto absorbe, y observa, como cerciorándose de que todavía en la tierra de su nacimiento, entre los suyos, ni los hombres ni la naturaleza le regatean su porción del aire necesario. Con disimulo, cuando no lo miraban, se llevaba una mano al pecho para inhalar mejor, o con índice y mayor se sujetaba la muñeca expiando en el conteo de las pulsaciones el mal que traía y le estaba creciendo adentro.

Ya aquellas pupilas suyas, durante la juventud animadas por combusto ideal tantas veces aureolado de ironía, por fracasos acumulados en la conciencia habían perdido mucho de su fulgor inquisitivo. Zambullían de momento, en introspectivo examen, obedientes al recuerdo de lo que viera él, de lo que conociera en itinerarios largos y en sitios donde el intranquilo buen humor quedó extenuado; y en los ojos eran cada vez más perceptibles las reacciones removiendo poso de melancolía: acortando rastro de rectos caminos y derroteros vueltos curvas en el Pacífico de horizontes ignotos, y en pampas dilatadas, ricas de promesas ofrecidas a plazos cumplidos en espejismos y prorrogadas siempre en la esperanza del remedio necesario.

Ahora, quizás por natural fatiga de la vista, comprendía mejor: generaciones y generaciones tendrían que darse en

ofrenda al nuevo Moloch, devorador hasta de sus oficiantes. Que ninguna Tierra de Promisión se alcanza a ver sin vadear el mar enrojecido de sangre y amargo a fuerza de lágrimas, y sólo será tranquila y beneficiosa para los que dudaron y vacilaron en el camino y después llegan, a profanar, saltando sobre sepulcros.

Ahora, al externar ideas, el repentino ex abrupto se moderaba por calculada ponderación del ánimo.

Ahora el no ir dilapidando su caudal al oído de cualquiera; y el no obstinarse procurando convencer a los rehacios.

El antiguo censor y buscador de polémicas desde las columnas de *El Día*, de Ponce; el vehemente, exigente, e inquietador augur de cambios ultrarradicales desde la tribuna de *Juan Bobo*, campeando en pueblos desconocidos, mediante el intercambio de ideas con verdaderos maestros de cultura, y sobre todo ante la persuasión del argumento Aquiles del poder oficial amenazando enviarlo a la Patagonia sin miramientos ni misericordia, había aprendido; había aprendido la inmensidad del "casi-casi"; había aprendido a moderarse, sin que la moderación significara mengua de propósito ni torceduras de rumbo.

Escuela, aprendizaje de moderación fué para él la República Argentina: aprendió, además, a equilibrar y regularizar la abundancia y el ímpetu de las ideas contenidas y a armonizarlas con la capacidad, fortaleza y recursos disponibles. ¡Cuántas veces él, amante de los clásicos españoles, recordaría el alerta y entendería mejor la confianza y consejo del Capitán Fernández de Andrada en la *Epístola Moral!*:

Iguala con la vida el pensamiento...

Para su vida de íntimas relaciones, de íntimos afectos, ausente Antonio Pérez Pierret, hoy le bastaban Llorens —su irremplazable compañero— y Ramón Martínez Re-

yes, con quien se familiarizó pronto. Miraba al principio con curiosidad y luego con simpatía a Ricardo Blondet, que a cada día se encargaba de arreglar a Puerto Rico y Santo Domingo con procedimiento fácil: colgando o fusilando, metódicamente, a novecientos mil nativos y trayendo millares de sementales, de Noruega y Suecia, para nuevo cruce de sangre. Perdonaba a las mujeres. El cruce de españoles con las indias primitivas estaba ya decrepito o abolido de substancia.

LA PEÑA DE LA MALLORQUINA

La Peña de La Mallorquina se reanimó con la presencia de Canales, igual que en 1915. Alfonso Lastra Charriez, el mujeriego, el ignorante y genial criminalista, renuente a cualquier lectura seria, se detenía ahí a discutir a voces, y hasta don Mariano Abril, aparte y solo, lanzaba dardos desde su mesita. "Que en la montaña del Toro Negro un verraco más fiero que un jabalí le embestía a Llorens y suerte que Blondet lo abatió de un balazo de escopeta"...

—Sería una puerca realenga —gruñe don Mariano.

De los viejos contertulios, Canales no esperaba cambio.

Andaba y prefería estar rodeado de contado número de jóvenes y con éstos formalizar cenáculo andariego; y no prodigarse en incomprensivas, estériles asambleas de muchedumbres.

Asiduos concurrentes a la tertulia fueron Enrique Gelpí, el Dr. Lavandero, De Diego Padró, Benjamín Guerra Mondragón, Martínez Chapel, Toñito Coll y Vidal, Varguitas... Pero él, habituado a escrutar lejanías y repliegues del porvenir, con marcada preferencia trataba a Muñoz Marín... a Bolívar Pagán... a...

—Pero, Canales, ¿y qué le ha visto usted a Bolívar Pagán?

—¡Júun! Nolasco, no se equivoque: ése tiene garra...

y embiste. A ése se lo cogió el gallego Santiago Iglesias y más nunca lo soltará.⁽¹⁾ Ya veremos.

Ya Luis Antonio Miranda se estaba haciendo sentir en centros intelectuales de la isla y triunfaba en certámenes literarios. Aguaitaba desde lejos con recelo, apretando el puño.

—Ya él vendrá... Ése será uno de los nuestros —auguraba sonriendo.

RONDA LA MUERTE

En restaurante de la calle San Francisco, a donde fué a almorzar con un amigo llegado de provincia, al saludar a otro en la escalera un síncope le hizo rodar peldaños abajo. Entre los comensales apareció un médico oportuno y eficaz.

El humilde hotel en donde se alojaba provisionalmente no tenía comodidad ni para él ni para recibir a los amigos. Aceptó entonces, haciéndose rogar, ir a residir en apartamento contiguo al Consulado General Dominicano, abierto por aquellos meses en el piso principal de edificio recién construído, cerca del Paseo de la Princesa. Para aceptar trasladarse, impuso la condición de que le aceptaran cada mes el pago siquiera de suma simbólica. "Para no vivir de gorra", como vagabundo... Ya actuaba él en calidad de auxiliar del Procurador General de Puerto Rico.

DE COMO CANALES SACO A LUIS PALES MATOS DE GUAYAMA

La secretaría del consulado quedó vacante. Y de buenas a primeras se presentó allá Luis Llorens Torres, enredando con filosofía capciosa de *jíbaro* marrullero. Detrás de él, iba Canales subiendo escalones con sospechosa prudencia.

A Llorens, al hablar en aquella ocasión, nada más le faltaban el sombrero tejido de palma, resobándole el ala y dándole vueltas en las manos, y cambiar de traje, para confundirse con cualquier campesino antillano, de esos mañosos. Con frases de rodeo, que iba soltando con taimada intención, el sentido de fraternidad humana sospechada como posible en el cónsul, se iba opacando y mermando a cada palabra hasta quedar en entredicho. Por fin, de la lengua del jíbaro saltó Guayama; y siguió diciendo que en Guayama vegetaba, se embotaba y estaba a punto de perderse la promesa poética más grande de Puerto Rico, de las Antillas, de nuestra América; y, en conclusión, que Sócrates Nolasco sería el culpable de que esa promesa se desvirtuara sin inmediato trasplante, salvación y el florecimiento natural que a todos dejaría maravillados.

—¡Pero, señor...!

El cónsul no entendía, no tenía idea, ni le veía pie ni cabeza al asunto. Cuando explotó Canales:

—¿No ve, Llorens? ¿No comprende usted que éste es un perfecto cavernario, un sin entrañas? ¿Qué se le puede importar a un troglodita como éste que la poesía se borre del universo?

—No exagere tanto, Canales. Bien sabe usted que él no es ningún cavernícola: no es más que un bárbaro —reconvino Llorens, meneando cabeza y brazos con falsa resignación.

Para terminar se aclaró el caso. El cargo vacante en el Consulado General le venía de perillas a Luis Palés Matos, la maravilla poética reclusa en Guayama. Dándole largas al asunto de nombrar a otro en Santo Domingo —dilatatoria no difícil de conseguir mediante el influjo del escritor dominicano Manuel de J. Lovelace, Jefe de Cancillería— pasaría el tiempo indispensable para que *Don Barce*⁽²⁾ colocara a Palés en puesto estable.

—Pero hay que traerlo y crearle el problema a *Don Barce*, porque mientras no lo vea aquí, maldito el caso que hará.

Así Canales, enterado de la plaza vacante en el consulado, urdió el enredo, se fué y convenció a Llorens y lo echó por delante a pedir. Mirándolos juntos, difícil era darse cuenta de cuál de los dos sería el más tramposo. ¡Y cómo se conocían!

Cuenta el poeta Carlos N. Carreras que estando Francisco Villaespesa hospedado y sin recursos en el Hotel *Palace*, a raíz de fracasar el *Bolívar* que escribió por mandato del General Juan Vicente Gómez, Canales se dió a meditar cómo sacarlo de apuro y ponerlo en condiciones de pagar alojamiento y proseguir viaje. Los recitales y conferencias no rendían lo necesario. Embulló a Carreras apelando al expediente de pedir ayuda a algunos adinerados. El primero en lista fué el escritor Romualdo Real. Adonde éste se encaminaron. Al llegar, sin que Carreras lo notara, el urdidor se iba quedando rezagado, a decorosa distancia, y el penoso papel de pedigüeno tuvo el cómplice que desempeñarlo, como lo desempeñó Luis Llorens Torres en la circunstancia referida.

Romualdo Real, quien tampoco podía enterarse de penalidad ajena sin apretársele el pecho, firmó un cheque de cien dólares. Así se hizo constar en la lista para ablandar a los demás posibles contribuyentes y... Villaespesa pudo pagar y continuar viaje.

PERIPATETICOS

A media noche, saliendo de *La Mallorquina*, los jóvenes contertulios se iban detrás del extraordinario conversador restándole horas del descanso del sueño a su descuidada salud, que requería reposo. Él sacaba el reloj y miraba la

hora, y queriendo escapar protestaba débilmente: necesitaba descanso...

Pero ellos lo perseguían, con el pretexto de acompañarlo, planteando problemas sociales para atizarlo y oírle hablar. Nunca fallaron en el logro de ese propósito. El derrochador de ideas, de reservas inagotables, se iba a pie por el Paseo de la Princesa perseguido por el enjambre ávido; pero frente a la residencia arreciaba la discusión, y así se lo llevaban olvidados del descanso y de la dolencia, hasta la ribera del mar en donde revientan las olas contra los estribos del bastión que protege el Palacio de Santa Catalina.

Así Luis Muñoz Marín, Lavandero, Bolívar Pagán, Palés, De Diego Padró, Coll y Vidal y otros más, con insaciable interés de oírle, precipitaban el fin del complaciente ironista y formidable conversador, que nunca tuvo fuerza de voluntad para detenerse en el límite de la prudencia.

EL PROCONSUL

Horas funestas sonaron para el mundo norteamericano, con desapacibles repercusiones en su "Zona de influencia". A Wilson sucedió Harding en la presidencia de la república y a "la danza de los millones" de *la gran guerra*, inevitable crisis económica, con expectación universal y secuela obligada de moratorias, suspensión de pagos, quiebras de bancos, fuga de banqueros... Uno, enloquecido, salió de Chicago huyendo y fué a tener a Grecia, en donde lo cogieron y maltrataron como a cualquier atracador o "ladrón de caminos".

En Cuba, otro enriquecido en vertiginosa carrera, con igual perturbación de las facultades mentales apeló al suicidio, aterrorizado de la ruina: porque solamente le sobraban para él, la mujer y los hijos, doce millones de dólares... Aquí, en Puerto Rico, la economía causaba preocupación idéntica: con "la caída del azúcar", algunos de

los que improvisaron riqueza jugando al alza, se acostaron en la opulencia y amanecieron arruinados.

Y en tiempo tan temeroso, en pleno espanto, al Presidente Harding se le ocurrió soltar sobre Puerto Rico a un Procónsul estrepitoso y amenazante.

Desde la hora en que desembarcó aquel hombre no pronunció discurso que no provocara escándalo, ni firmó nombramiento que no despertara sentimiento de repudio, ni adoptó medida política que no creyeran impolítica y removedora de pasiones crespas, y ni siquiera de casualidad se le vió un gesto que cayera en gracia entre los isleños. Se ahondó y distanció aún más la separación de los partidos políticos y cundió la desconfianza entre correligionarios hasta llegar a extremos de injurias y a un desafío, de ejecución evitada a tiempo. McJohns, un norteamericano cojo, miembro de la Cámara de Representantes y defensor delirante de los derechos criollos, pretendió atajar al Procónsul en el camino de Jájome "para caerle a patadas"... y en seguida untarle brea y pegarle plumas.

En tan impropicio y espectacular momento Teodoro Gómez —engendro de dominicano en puertorriqueña— vió un negocio que a su juicio era productivo: la fundación de un periódico más, un semanario. Y como él, agente vendedor, comisionista sin casa que entonces le aceptara oferta, había aprendido a andar de prisa, con increíble rapidez consiguió anuncios y suscritores, adquirió papel y editor, y pasó a ser empresario, editorialista, cronista, gacetillero, y a la semana *La Semana* se vendía a pregón en San Juan de Puerto Rico. Lo curioso es que ese guerrillero y pirata de las letras nunca había pasado de escribir cartas y anuncios comerciales y que nada le importaban el gobernador ni su política. A su juicio aquel mandatario no era más que una alimaña espectacular: un toro suelto en la plaza.

Teodoro Gómez se las compuso de tal suerte que el semanario fué leído con interés. Pero el esfuerzo unipersonal a los treinta días resultaba intelectual y físicamente agotador. Le era inaplazable “crear” un director secundado de un cuerpo de redactores. Con su perspicacia de comisionista se fué recto a Canales y lo erigió director, copropietario con cincuenta por ciento de la posible ganancia y plenas facultades para seleccionar redactores en *La Peña de La Mallorquina*, y donde quisiera. *La Semana*, a la edad de un mes cumplido, pagaba su importe y... “dejaba algo”. Esto le gustó a Canales. El fundador se reservó la parte administrativa y escribir crónicas para exaltar gracia, belleza, talento prematuro, y otras virtudes que él iría adivinando en niñas y niños, hijos de los comerciantes: que “por el becerro se domestica la vaca” y “a la vaca sigue y se somete el toro”.

El 20 de mayo de 1922 *La Semana* se presentó al público con el alto rango literario y político en que se mantuvo desde entonces hasta desaparecer. Prestigiosos literatos le dieron inmediatos colaboración y realce. Rivera Zayas, Benjamín y Miguel Guerra Mondragón, Lavandero, Manuel Fernández Juncos, Astol, De Diego Padró, Gelpí, O'Neill, Toñito Coll y Vidal, Llorens, Luis Palés Matos, José S. Alegría, Luis Dalta, Cristóbal Real, y hasta José Coll y Vidal, que dirigía *La Democracia*, y su editoria lista don Mariano Abril, colaboraban. En *La Semana* publicó don Mariano Abril una de sus páginas más bellas y armoniosas señalando el contraste entre el llano y las gratas cumbres de Puerto Rico. Y don Antonio Barceló, en capítulo escrito de jovial humor, narró cómo había ganado él la primera peseta... Ya en el quinto número, Epifanio Fernández Vanga prefirió esa tribuna para publicar aquel luminoso estudio del raro gobernador, de sus atribuciones sin límites establecidos y del momento político. Ese trabajo, abrumador de cargos y reflexiones ex-

puestos con maestría de pluma, acabó por convertir *La Semana* en el portavoz preferido de Puerto Rico.

JONAS Y SU PARABOLA DEL RETORNO

—“Yo no soy independentista —repetía el director tratando de encauzar la campaña de los opositores y sugiriendo la conveniencia de trasladar a New York el semanario— ni le profeso más respeto o amor a una que a otra bandera; porque mis convicciones van por otro lado”...

“Nosotros hemos sido tragados ya, desde el punto de vista internacional. Estamos ya dentro del monstruo, formamos parte de su masa y organización, y ya se sabe que no hay coloso alguno en el mundo que no salte y ruja de dolor cuando una sola célula de su cuerpo se encalabrina y se pone a chillar.

“Y esa es la cuestión para nosotros: saber chillar, saber chillar a tiempo y bien.

“¿Que el adversario es formidable?...

“Pues, Dios y Hormiga.”⁽³⁾

Dentro del monstruo... Insiste, repite pensamiento, imagen y calificativo que le obsedían ya en 1916. Jonás, inconforme de haber salido del vientre de la ballena, medita y se apesadumbra en su parábola del retorno.

Pero la campaña seguía librándose en la isla, y mientras no sacaran de la isla al Procónsul las pasiones y las ideas bullentes no se podrían encauzar ni moderar, ni trasladar su tribuna, y desde el vértice se precipitaron en aquel:

¡Yo Acuso!

de Alfonso Lastra Charriez.⁽⁴⁾

Canales había ido a Ponce en donde preparaban una conferencia narrativa de lo que él había visto y vivido durante *cuatro años en la América latina*, ayudado por

Lecompte, Herminia Torres, el juez Córdova y el licenciado Pérez Mercado. Tuvo allá noticia del escándalo y regresó a San Juan. No estaba el señor director de la revista de acuerdo con la parte formal, con lo estridente de ese artículo desaforado y emocionante, ni con que se atacara la reputación de personas y menos de correligionarios. Quiso leerlo. Buscaron y dió trabajo conseguir siquiera un ejemplar. *La Semana* era vendida a diez o quince centavos, y del número en que se publicó el *¡Yo Acuso!* hubo ejemplares arrebatados y revendidos a cinco cólares.

Ya por la noche a Lastra Charriez no se le podía localizar. Que el cojo McJohns y él, rondando en automóvil, inquietaban al mismo dirigente del Partido Unionista, preocupado por contenerlos en obediencia.

Tras el *¡Yo Acuso!* ocurrió lo más lógico y natural. Mestre —Procurador General— recibió la orden de pedirle la renuncia a su auxiliar y... director de *La Semana*. Trémulo, cumplió la orden. Él y Canales habían sido condiscípulos y su vínculo de juvenil amistad no se aflojó nunca.

La serenidad de Nemesio R. Canales, indostánica o fatalista a causa de frecuentes golpes de adversa fortuna, otra vez tuvo oportunidad de ponerse de relieve. Con reminiscencias de su "humorismo filosófico" le explicó a los lectores lo ocurrido, en subsiguiente edición de la revista.

"¿Qué ha pasado? Nada... Para todos, un trivial incidente. Fué todo, una teja que cae y una cabeza calva y melancólica que se dobla al golpe.

"El golpe tenía que venir tan fatalmente como viene la enfermedad tras el microbio, y el microbio, la enfermedad y la sepultura tras el doctor."⁽⁵⁾

Bajo un mandatario despótico, totalitario y arrogante, la sumisión de Canales sería inexplicable mientras subsistiera su concepto de la justicia y, menos aún, siendo el dirigente absoluto de un periódico. Y aparte de su senti-

do del derecho y de la justicia, el temperamento de él y la brutalidad exuberante del otro eran, tenían que ser, "fatalmente" discrepantes.

Pero el valor superior que perdura disimulado en el fragmento transcrito no es sólo el relativo a la moral política del ciudadano, ahí ostensible, ni el referente a sus principios sociales embozados en el "tenía que venir fatalmente", sino el del *humorismo filosófico*, ahora verdadero. Ya éste no rompe en erupción agresiva, como la espina del cacto. Savia latente en firme raíz, brota y asciende para transmutarse en gracia gris, en la flor gris que entristece a la pupila observadora con sobresalto de muerte.

Tenía lesionada la voluntad por tropiezos y caídas; pero intacta la fe en el ideal, ganando cada día serenidad, la serenidad hija del convencimiento con que el matemático expone sus teoremas seguro de que al tiempo le corresponde comprobar y decir la palabra definitiva.

No podría disiparse en él el odio a las injusticias, casi siempre ajenas a la voluntad del que las hace, provenientes más bien de prejuicios absurdos heredados; ni admitía tregua de paz con determinados convencionalismos, que le irritaron tanto: sigue denunciando precisamente aquellos que le hicieron repugnar la carrera jurídica y renunciar a ella.

—"Entre los convencionalismos... ninguno tan odioso como el convencionalismo judicial."⁽⁶⁾

Distingue, para depurar la crítica, entre la persona del juez y las fallas del oficio, aprovechando la publicación de un loable documento suscrito por el Presidente Toro Cuevas, de la Corte Suprema; y con elogio rendido a la conducta del hombre se evidencia más que sus censuras no se lanzaban con designio de mortificar y menos de herir reputaciones.

Las aberraciones del Gobernador de Puerto Rico hicie-

ron discurrir a Canales, por última vez, que lo eficaz sería plantear los problemas y el derecho, menguado entonces, de sus conciudadanos en los mismos Estados Unidos de América.

—“Cuando uno grita aquí lo oyen cuatro vecinos; cuando grita en New York, lo oyen hasta en la Patagonia”...

Consciente de sus facultades y alcances intelectuales, agrega:

—“Soy ante todo un predicador, sermonero (o charlatán, si se quiere) que en reacción perenne e irresistible contra un millón de cosas feas, que infestan al mundo, necesita gritar sin tregua sus protestas, su visión de un mundo más humano y menos bestializado que el presente.”⁽⁷⁾

Fué su última expresión de combate; la postrera vez que alzó la voz en defensa de Puerto Rico y en reclamación del mejoramiento de sus semejantes.⁽⁸⁾

¡QUE MAS DA!

El ánimo, el valor moral, lo ilusionaba. La salud declinó rápidamente. El corazón, entorpecido por arritmia, lo dejaba con frecuencia sin respiro, y se le apagaba la voz.

Ya interno en el *Hospital Presbiteriano* sobrevino la complicación, la traición renal: amenazante anuria seguida de manifestaciones de hidropesía.

Don Antonio R. Barceló, Presidente del Senado a la vez que Director del Partido Unión de Puerto Rico, comprendiendo el estado de gravedad progresiva, hizo una combinación con el propósito de salvarlo: lo agregó como tercer miembro de la Misión Económica enviada a los Estados Unidos de América, para que allá se sometiera a los cuidados de algún especialista de reputación probada.

Después de Barceló fué a visitarlo el periodista Nicolás Rivas, quien “le explicó la grave inconveniencia de ese viaje”.

(*) La Semana fué vendida al Dr. Lavandero.

Al oír la amistosa reflexión el enfermo exclamó con resignado fatalismo:

—“¡Qué más da!”⁽⁸⁾

Triste y depresiva cosa es el recinto alquilado en un hospital, en donde las enfermeras se deslizan sobre plantas de goma, y el mito del curandero entra engreído, atento al caso y, por hábito, insensible al ver que se van muriendo los íntimos anhelos del provisional que está ahora ahí, en el sillón, o tendido en la cama que ocuparon otros. Y al amigo, si le permiten que entre, no se le deja hablar, o, que hable no más por minuto.

Lamentable condición entregarse en donde tasan afectos, despojan de simpatías y someten y anulan el querer ser de la persona, del sujeto *no suyo*. Peor que rendirse afuera: renunciar ahí es cosa terrible.

Por palabra de desesperanza dicha en lugar y en trance así, ¿se ha de juzgar al hombre? ¿Es autónomo, es libre el albedrío del prisionero sometido a tortura del cuerpo, o del espíritu, que profiere frase contraria de sí mismo?

Hombre de voluntad floja para bregar en favor propio; pero encendida y firme en el afán de ser útil removiendo la condición social en beneficio de los semejantes, era Canales. Y ahora...

“¡Qué más da!”

En el antro de un hospital de presbiterianos comienza la agonía de esa voluntad, sin el torrente de luz que se proyecta desde la eminencia del Calvario en la inacabable escala de esperanzas de Jesús. ¡Padre: *en tu mano encomiando mi espíritu!* Esto es: reintégrame y transfúndeme en eterno recrear.

“¡Qué más da!” En la conciencia se ensombrecen los horizontes de lo posible; de la profunda sima de sí mismo sube la voz del rendido por heridas y lacerias, en agobio de la carne y del ser; negándose en eclipse de fe, rendido

en implícita negación de la obra sólo en parte realizada y, peor: negándose incluso en la negación u olvido de los demás. ¡Infeliz de aquel portador de antorcha que en la carrera panateneas la tiró al fango del *qué más da*, porque no se reconoce en el continuador, en los nuevos transmisores del ideal!

Había jugado él, haciendo literatura, con el verso de Manuel Machado:

Mi voluntad se ha muerto...

cuando en el ritmo de su sangre sentía el fervor por continuar la lucha. Pero en la respuesta a Nicolás Rivas, próximo el desenlace del drama de su vida material, la frase entraña un total significado de fracaso. Hacia la lumbrera del candelabro extiende el brazo y la mano, y los dedos palpan borra, borra de pavesas.

Pero el que estudie la vida de aquel raro precursor, ¿debe admitir, porque sea confesión propia, que es fallo definitivo el supuesto en esas palabras? ¿Fué Canales un fracasado?

Algunos que lo trataron sólo en sus años postreros y otros que lo conocen por la obra fragmentaria que dejó escrita, le restan categoría intelectual porque en sus trabajos no hallan cuerpo de doctrina, y critican que su prosa, por la simplicidad con que las ideas fueron expresadas, esté al alcance de cualquiera.

Con cuidadoso descuido casi siempre escribía él prosa de estilo en apariencia demasiado llano, para eso: para que el propósito quedara al alcance de cualquiera. Así, extremando exigencias, los críticos anularían también a Rosendo Matienzo Cintrón y a tantos más. No se ha de buscar la personalidad del sembrador de ideas en la prosa pulcra, ni en triunfos ruidosos logrados inmediatamente por sí mismo.

Censuró y ridiculizó él la pompa del estilo hinchado, y la prosa hueca y sonora ha desaparecido de la isla. Combatió en los tribunales de justicia contra la pena de muerte, y en Puerto Rico está abolida la pena de muerte. En su condición temporal de legislador se anticipó a todos abogando porque a la mujer se le reconocieran iguales derechos que al hombre,⁽⁹⁾ y aunque entonces los prudentes, por celos personales y por defender ideas conservadoras derrotaron el proyecto, a la mujer se le reconocen hoy derechos tan cabales que, sin que nadie se asombre, las mayorías le confirieron a una mujer la potestad de presidir la Asamblea Constituyente que redactó la ley sustantiva del país. Y con aplausos y beneplácito de muchos, las mujeres se distinguen en el gobierno de ciudades. Y más todavía. Canales llenó columnas de periódicos diarios y de revistas clamando y reclamando, como vocero adelantado, que se mejorara la condición de los humildes; y la política que anunciaba él la van realizando progresivamente los que lo trataron en la intimidad, y comprendieron mejor la justicia de sus ideas, y han tenido voluntad más tesonera, palabra más persuasiva y mayor fortuna en el esfuerzo.

—¿Fué un fracasado?

—Fué un precursor. Y consentir que su memoria se pierda en el olvido, sin reconocerle el sitio que le corresponde como uno de los Claros Varones de Puerto Rico, de parte de las mujeres sería una de tantas formas de la ingratitude y entre los hombres complicar la desidia con la injusticia.

ANOCHECIO EN EL MAR

Agregado nominalmente en calidad de Miembro de la Comisión Económica, prepararon a Canales para salir rum-

bo a los Estados Unidos, con Santiago Iglesias y José de Jesús Tizol, el 13 de setiembre de 1923.

Desde la plazoleta Baldorioty, en cuya esquina oriental paró un momento fijando la mirada en el reloj público, quiso ir a pie hasta el puerto, continuando por la calle Cruz acompañado de numerosos amigos y de algunos familiares. En el muelle se negaba a que le ayudaran a subir a bordo, y con calculadas pausas fué ascendiendo la escala del *San Lorenzo*.

—Amigo Bolívar: ¿mi viaje es a New York, o al Valle de Josafat? ¡Dios sabe!... —murmuró despidiéndose con un abrazo de uno de los más jóvenes amigos.

Zarpó el vapor. Le molestaban las sacudidas producidas por la hélice al salir del puerto, y el oleaje, y el olor... ese olor de pintura y aire engavetado, descompuesto, que exhala el vientre de todo navío.

Horas después Santiago Iglesias, su compañero de camarote, entró y lo encontró reposando.

—“Me alegro de que hayas llegado —dijo—; porque necesito tus auxilios espirituales: esto va a acabar pronto.”

Iglesias, presumiendo que el malestar sería principio de mareo, contestó regañando amistosamente:

—“Déjate de bobería y levántate: a pasear.”

—“No; no es posible. Necesito tus auxilios espirituales” —reiteró.

Entonces Iglesias condescendió, bromeando:

—Bien: ya que te empeñas te los voy a prestar; pero en el rito de Lenine”...

Sonrió a su vez el enfermo y dijo finalmente:

—“Muy bien: así será mejor”...⁽¹⁰⁾

Bromeaba Santiago Iglesias, y salió de nuevo. Pero el paciente, seguro del término inmediato, asume la actitud que le corresponde en el dominio de sus facultades, y hasta en la aprobación final se enciende en su espíritu la ironía.

Ironía suave, absoluta de serenidad, mansa y buena, semejante a la de Sócrates cuando le recomienda al discípulo:

—“Critón, acuérdate... le debemos sacrificar un gallo a Esculapio.”

Con la sobria dignidad que sólo alcanzan los santos y algunas veces los sabios y los héroes, Nemesio R. Canales, hombre esencial, aceptó el fallo supremo restándole la parte atroz al momento de morir.

Lenta, penosamente, se incorporó para descansar cambiando de posición. Al través del tragaluz, con la invasión de la sombra el confín parecía menos remoto. Se encendió y se apagó una estrella. Anocheció en el mar.

*

Tarde, al volver Iglesias lo vió tranquilo, yacente de lado.

—Se ha dormido... —pensó.

Y con tácitas pisadas, suavizando hasta el más leve roce para no despertarlo, subió a la otra litera.

El día 14 de setiembre, al levantarse y verlo en la misma actitud, se inclinó hacia él y entonces comprendió que había pasado la noche encerrado con un muerto.

-
- (1) Santiago Iglesias Pantín: fundador y director del Partido Socialista.
 (2) Antonio R. Barceló: Presidente del Partido Unión de Puerto Rico.
 (3) Dios y Hormiga: título de un cuento folklórico.
 (4) ¡Yo Acuso! fué reproducido en *The Nation*, de New York, y en *El Herald de Cuba*, de La Habana, según se hizo constar en nota de *La Semana*.
 (5) Lo de mi renuncia: *La Semana*, 17 de junio de 1922.
 (6) *La Semana*: 23 de setiembre de 1922.
 (7) *La Democracia*: 15 de setiembre de 1923.
 (8) *La Democracia de Puerto Rico*: 15 de setiembre de 1923.
 (9) Proyecto de Ley para la emancipación de la mujer.
 Decrétese por la Asamblea Legislativa de Puerto Rico:
 Sección 1. — Todo derecho, sea cualquiera su índole o naturaleza, concedido por las leyes en vigor en Puerto Rico a los ciudadanos varones mayores de edad, se entenderá concedido también a las mujeres y regulado en su ejercicio y aplicación en la misma forma y condiciones que si se tratara a los hombres.
 Sección 2. — Toda ley o parte de ley que se oponga a la presente queda por ésta derogada.
 Sección 3. — Esta ley empezará a regir el 1 de julio de 1909.
 En la Cámara de Delegados de Puerto Rico. — 21 de enero de 1909.
 (10) Prudencio Rivera Martínez: *La Democracia de Puerto Rico*, 27 de setiembre de 1923.

ANEXOS

NOTICIA DE LA MUERTE DE CANALES

Radiogramas:

Antonio R. Barceló. - San Juan.

"...Canales falleció esta madrugada, ataque cardíaco. Hemos hecho arreglos para conservar el cadáver, bien para entierro New York, o retornarlo San Juan. Esperamos instrucciones." *Tizol-Iglesias*.

A bordo del *San Lorenzo*. - 14 de Set., 1923.

*

2: El destinatario contestó resumiendo el concepto colectivo:

"Fatal noticia entraña pérdida irreparable para Puerto Rico uno de sus más preclaros hijos", etc. *Barceló*.

OFRENDAS

Ha muerto Nemesio R. Canales.

.....
 "Algunas veces cruzó sus armas con las de aquel formidable luchador que se llamaba José De Diego. Por las peculiaridades de ambos talentos, él era como una abeja ática y De Diego como un águila lírica. Aquel simpático contraste imponía aún mayor brillo a nuestro Parlamento."

(Comentario de *La Democracia*, 16 de setiembre de 1923.)

El cadáver fué expuesto en el Ateneo de Puerto Rico, frente a la Plazoleta Baldorioty (al Sur) el 23 de setiembre. Montaron guardia:
 De 12:00 a 12:30: Miembros del Senado.

- „ 12:30 „ 1:00: „ de la Cámara de Representantes.
- „ 1:00 „ 1:30: „ „ Asociación de Periodistas.
- „ 1:30 „ 2:00: „ del Ateneo de Puerto Rico.
- „ 2:00 „ 2:30: „ de la Liga F. de Sufragistas.
- „ 2:30 „ 3:00: „ Escritores.
- „ 3:00 „ 3:30: „ Colegio de Abogados.
- „ 3:30 „ 4:00: „ Cía. de Comedias Díaz Perdigueros.



„ 4:00 „ 4:30: „ Honorable Ayuntamiento.
 „ 4:30 „ 5:00: Deudos y amigos íntimos.

Iban en el cortejo fúnebre, presidido por el Presidente del Senado y el de la Cámara de Representantes, el Cónsul General de la República Dominicana, representando al Cuerpo Consular, en su condición de Decano; representantes de varias instituciones, amigos, admiradores.

En el Cementerio de San Juan, próximo al Morro, hablaron despidiendo el duelo:

Don Antonio R. Barceló: Presidente del Senado.

Don A. Lastra Charriez: Presidente de la Cámara de Representantes.

Lic. Hernández López: Vicepresidente del Senado.

Dr. J. Gómez Brioso: Prominente miembro del Partido Republicano.

Lic. L. Muñoz Morales: Presidente del Colegio de Abogados.

Srta. Beatriz Lassalle: Miembro de la Liga F. Sufragista.

IN MEMORIAM

(SINTESIS)

—“En el fondo de su camarote en el vapor *San Lorenzo*, despedía Canales a sus amigos. Su aspecto físico nos llenó a todos de dolorosos presentimientos. Ya el hombre era un vencido. Él mismo presentía su muerte; e inundada la faz con un soplo de tristeza, con una leve sonrisa a flor de labios, con estoica serenidad, me dijo:

”—Amigo Bolívar: mi viaje es a New York, o al Valle de Josafat... ¡Dios sabe!

”Y así, al bíblico Valle del Juicio Final, decía ir el ser que, por su vida de hombre sincero y bueno, sería absuelto por la más rigurosa voluntad divina.

”Cuando Canales regresó de Buenos Aires, después de sus andanzas por tierras lejanas tras su quimera de arte y de humanas reivindicaciones, a menudo le rodeaba un grupo de sus admiradores y devotos amigos, un grupo que a veces era un verdadero club ambulante de tenaces e infatigables discutidores, toda gente joven compuesta en su mayoría de espíritus rebeldes, de jacobinos y sofistas. Pero él, con su vigorosa dialéctica y recia ideología, era el indiscutible Maestro. Y, todo sinceridad e ímpetu espiritual, materia fácilmente inflamable con las chispas de las ideas, nos presidía, y a menudo cerraba un de-

bate con una frase audaz e inspirada, de fulgor genial, francote y rudo a veces; y era siempre el alma predominante que ejercía la hegemonía.

"Canales, el orador, el conferencista, el crítico, el periodista... peregrinó por todo un hemisferio levantando con su palabra a pueblos de nuestra raza todavía dormidos en un sueño medieval; paladín él de las ideas nuevas que ya han prendido en la conciencia avanzada de los pensadores del siglo, al regresar a Puerto Rico y acogerse a este estrecho ambiente nuestro que por fatalísimas circunstancias no es el más propicio para audaces rebeldías de pensamiento ni de acción, me recordaba siempre a aquel héroe de Blasco Ibáñez, aquel Gabriel Luna que, decepcionado, triste, herido ya de muerte, después de su salida al mundo y peregrinar por los ásperos senderos de la rebelión ideológica, retornaba para acogerse tranquilamente a la sombra de la hospitalaria Catedral de Toledo.

"Como a Gabriel Luna, a Canales le alentaba la misma llama revolucionaria, el mismo ardor contra dogmas y principios ya anacrónicos que todavía atrofian el cuerpo y encadenan las almas débiles. Y como a Luna, le quemaba la misma fe de Cruzado, y soñaba en una nueva aurora social que ya asoma y que inevitablemente viene a bañar la conciencia de los hombres con una nueva luz de solidaridad y de justicia."

.....
 "La personalidad de Canales se destacaba principalmente, como la de ideólogo de una insaciable curiosidad intelectual, ávido de sabiduría, despierto siempre al movimiento y al progreso de las ideas nuevas que constantemente está forjando la mente humana. Su espíritu es mecía en las cimas, y se tuteaba con los modernos Gorki, Upton Sinclair, France, Wells, y toda esa pléyade de pensadores que están moldeando un nuevo mundo y que son los fanales directores de la humanidad futura."

Bolívar Pagán.

Puerto Rico Ilustrado. Edición del 29 de setiembre de 1923.

*

Eugenio Astol publicó en *Indice* el 23 de setiembre de 1929:

"Desigual, pero intencionado y sugestivo siempre. En ocasiones su alma se desbordaba en grandes parrafadas líricas, a cuyo remate llegaba sin aliento casi; pero esa no era su línea.⁽¹⁾

"Descollaba notablemente —sin que nadie aquí lo igualase— en

la charla amena, en la *causerie* amable, logrando bajo formas ligeras decir cosas profundas, de esas que hacen pensar.”

.....
 “El hueco que dejó está vacío aún, y acaso lo esté por mucho tiempo, porque la naturaleza no es pródiga en humoristas de su temple.”

(1) *Nota del Autor:* Astol alude a varios *Paliques* en los cuales aparecen trozos líricos intercalados, como en el escrito lamentando la ruptura con una novia, que era pianista.

Si se observa con detenimiento se nota la disimilitud entre ese Canales y el que se manifiesta en sus demás escritos. En las “parrafadas” aludidas por Astol la prosa obedece más al oído que a la idea, tratando de halagar con ritmo de versos.

He investigado quién fué la novia, pianista. No aparece en Ponce, ni en Jayuya, ni en pueblo alguno de Puerto Rico. Me inclino a creer que se trata de una novia de cuando estudiaba en Zaragoza (España) y que varias quejas de sentimiento herido anotadas en aquellos días lejanos, se intercilaron en algunos *Paliques* escritos y entregados con premura para satisfacer exigencias del director de *El Día*. A la misma época corresponden versos sensibleros y lastimosos (sería blasfemar llamarlos poesía) que Llorens tuvo la despreocupación de publicar en *La Revista de las Antillas*, por la simple razón de que fueran de Canales.

Ni a Canales ni a ningún escritor se ha de juzgar por “parrafadas” de prosa lírica y versos escritos en la adolescencia.

EXTRACTADO DE “TEMAS Y LETRAS”

Samuel R. Quiñones incluyó en su libro *Temas y Letras* un ensayo relativo a la obra literaria de Canales. Las observaciones provienen de lectura directa y reposado examen, y están expuestas en prosa diáfana, sobria, ceñida a cada característica. La evocación de Canales —“Orador sin oratoria”— es difícil de superar en cuanto al acierto del juicio, la descripción del sujeto, el desgaire con que ésta se presentaba y la gradual e inolvidable simpatía que iba infundiendo en los oyentes:

“Evoco ahora la primera vez que le oí una conferencia a Canales. Fué en la Universidad. Ante varios caballeros de rostros desconocidos que ocupaban el proscenio, todos los estudiantes nos hacíamos la misma pregunta: ¿Cuál será Canales? Alguien presenta al conferenciante de la noche, y se adelanta un hombrecito insignificante, un tanto cargado de espaldas, de anchurosa calva, de ojillos vivaces, faunesca la boca, displicente el porte, inquieto en los ademanes, con un no sé qué de oblicuo en la expresión, y un aire de “non curanza” en el gesto agrio.

“¿Pero ése es Canales?... Frente al Canales real se nos desva-

nece la imagen ideal que del formidable ironista nos habíamos forjado. Mas sólo hasta que empieza hablar. Porque la palabra le sale como matizada por una sonrisa que le suaviza el gesto agrio. Escuchándolo, otra vez tenemos ante nosotros al pensador de insinuante humorismo filosófico. Y a medida que habla —gozosa la boca faunesca— se nos sutilizan los sentidos, se nos enriquece la aptitud de comprender, como si sus ideas tuvieran en sí la virtud de proporcionar al auditorio medio para recogerlas en su plenitud sugeridora.

"Canales era un orador sin oratoria. La paradoja es necesaria para decir que era todo lo contrario de un orador en cuanto así se llama al señor de magno gesto tribunicio que pretende deslumbrarnos con el chisporroteo verbal de anchos párrafos henchidos de retórica. Nada tan ajeno a su temperamento como ese remontado énfasis declamatorio que con la onomatopeya de un adjetivo intraducible denominan "bombastic" los anglosajones. Cuando Molière decía que la oratoria es el arte de no decir nada con grandes discursos, se refería a ese copioso palabreo cuyo fuego de arificio nos impide llegar hasta la idea a tal punto que, pasado el momentáneo deslumbramiento, sospechamos que la idea nunca ha existido.

"En Canales la elocuencia no era aparatoso clamoreo detonante sino —en el sentido clásico— sencilla manera de poner a vibrar el espíritu de la palabra. Era la suya una oratoria conversacional. Conocedor de todos los recursos de la "causerie", cuyos resortes manejaba a maravilla, dejaba caer gota a gota su pensamiento trayendo a juego todas las reservas de su cultura para enlazar en feliz integración los diversos aspectos del tema que comentaba. Con una desenvoltura que era a veces casi desparpajo, con una actitud de despreocupada suficiencia que en otro parecería estudiada "pose", como si se tratara de decir unas tontadas sobre un asunto insignificante, comentaba con hondura de glosador disertó teorías estéticas y tendencias sociales. Siempre fiel a la raíz humorística de su temperamento, ponía el sello de su ironía en las cuestiones más serias. En ocasiones toda una filosofía resbalaba sobre la punta de una agudeza."

En cuanto a la afirmación de Quiñones:

"Canales es un Bonafoux sin la maldad despiadada del autor de *Bombos y Palos*. Un Bonafoux sin ensañamiento. O lo que es igual: Bonafoux menos Bonafoux..."

parece aserción discutible, y muy sensible que figure en

ensayo tan bien escrito. A Canales posiblemente no le hubiese complacido, y sí repugnado, el paralelo; pero sin dejar de aplaudir la excelente prosa de Quiñones.

CANALES

(SINTESIS)

"La personalidad de Canales es única en los fastos literarios de Puerto Rico. Inútil sería pretender encajonar su espíritu en los moldes oficiosos de la crítica. Catalogarlo, definir su idiosincrasia por los vínculos que pudieran unirle a determinado movimiento cultural, equivaldría a deformarlo. Para ahondar en las intenciones de su obra, precisa un criterio menos académico.

"Este escritor singular, tan múltiple, tan comprensivo, tan lleno de esa inquietud trascendente que agita el espíritu contemporáneo, de sensibilidad tan afinada, rompió la monotonía de nuestra vida intelectual con "un estremecimiento nuevo". Ha sido, en verdad, el más original de nuestros pensadores por la técnica, por el dinamismo de su ideología, por su actitud ante los problemas del siglo, por el sentido renovador de su obra. Sin embargo, fué lo menos literato que puede ser un escritor."

"¿Cuál es el pensamiento fundamental, la idea madre de las actividades mentales de este escritor? ¿Cuál el impulso originario, la llama virtuosa que enciende todas sus rebeldías, la honda corriente, subterránea, que fecundiza y exulta y da superior sentido de unidad, de totalización, a su obra heteróclita? ¿Cuál el concepto básico, que justifica su actitud ante las fuerzas desintegradoras de la naturaleza y los símbolos opresivos de la cultura?

"Sin duda un concepto estético de la vida. Tal vez el mismo Canales no dió perfilaciones definitivas a esta idea central, inspiradora de todo su pensamiento.

"Al concepto ético, coercitivo, regulador, netamente formalista, oponía el concepto estético, expansivo, dinámico, de honda virtualidad dionisiaca, glorificador de la vida.

"Consecuente con su ideología, postulaba la destrucción de cuanto fuera hostil a los destinos supremos del hombre."

"Por eso la preocupación constante de Canales era la liberación del yo. Exasperaba su sensibilidad el vacuo tradicionalismo que hemos erigido en norma de conducta. Proclamaba la urgencia de una nueva valoración de los postulados éticos, estéticos, económicos y políticos. Tal el sentido máximo de su obra: labor de saneamiento,

de higienización, de afirmación rotunda de los fueros del espíritu, de exultación vital.”

Vicente Géigel Polanco.

Indica. Septiembre 23 de 1929.

CANALES

(DEL PROLOGO DE "EL HEROE GALOPANTE")

“...Cuando, estando en Buenos Aires, le delata Sergio Ramírez a las autoridades bonaerenses como hombre peligroso... da gracia pensar cómo entonces se reiría Canales de su peligrosidad; él, que era lo menos peligroso que puede ser un hombre, con aquel subsuelo espiritual suyo, tan lleno de ternura y de indolencia infantil, incapaz de la más mínima acción revolucionaria.”

.....
 “Con toda su inquebrantable vocación, no pudo nunca Canales dedicarse a esa cosa amplia y universal. La voluntad no le daba para tanto. Repartió sus alforjas con el menos esfuerzo posible, es decir, en el café, en las esquinas, en las interpelaciones de la Cámara de Delegados. Podría decirse de él, lo que tan acertadamente dijese de sí mismo Oscar Wilde, que había puesto su talento en su obra y su genio en su vida.”

.....
 “La percepción suspicaz se da de encontronazos en él con lo que es tal vez la característica fundamental del humorismo, es decir, una muy profunda, fija y seria actitud ante la vida. Tan omnipresente es esa actitud, que podemos, una vez descubierta, notarla fácilmente a través de todo Canales; es una insistencia sobre los valores vitales, casi biológicos, en el buen sentido de la biología. Nemesio R. Canales es una célula perfecta de repercusiones simpáticas ante los imperativos vitales. Pasional en todo lo que es capaz de apasionar al hombre; indolente en todo aquello que, siendo ajeno a nuestra naturaleza, nos es exigido por la sociedad como nuestra íntima concesión a su estructura.”

José A. Buitrago.

2 de noviembre de 1934.

.....
 “Porque es precisamente lo que hace el ilustre jayuyano: arremete contra todos los convencionalismos, tratando de destruir los lugares comunes y los estaticismos mentales. Y de hecho parece un hereje



en medio de las dogmatizaciones ambientes. Iconoclasta al fin, derrumba las tradiciones con que estamos más encariñados, y expresa meridianamente cosas que muchos piensan y sienten aunque no exteriorizan por vano holocausto a las costumbres ya afincadas en, y a las normas ya establecidas por, la sociedad. Inquisidor de las actitudes consuetudinarias, incrusta su humorismo en nuestras almas para señalarnos esas verdades a medias, embaucadoras porque se abroquelan tras el malhadado sentido común. Su individualismo, porque es individualismo auténtico el de Canales, le convierte en rebelde hacia todo contrapunto rutinario, carente de vida y de color espiritual. Es como si su pensar y su sentir estuvieran en constante colisión con el pensar y el sentir estereotipados de una sociedad múltiple en los temperamentos que la componen, pero homogénea en aquilataciones chabacanas. Colisión que, a la larga, es la que sufren todos los que piensan independientemente de los demás."

Antonio de Jesús.

20 de abril de 1934.

*

A CANALES

*Antes de haber sufrido presentiste el dolor
y, enturbiando la pura fuente de la alegría,
tu juventud fué de una honda melancolía:
por huir de la espina, desdeñabas la flor.
Cuando después la vida te estrujó el corazón
no exhalaste una queja, ni a devolver la herida
se alzó una vez tu mano. Siempre estaba tendida
por sobre las cabezas en señal de perdón.
Risas de Schopenhauer, trenos de Jeremías
(rosas que deshojabas o joya que pulías)
todo era en ti paradójal.
Alma de Don Quijote en el cuerpo de Sancho,
partes ahora en busca de horizonte más ancho
en más allá del bien y del mal.*

Francisco L. Amadeo.

26 de setiembre de 1923.

*

A NEMESIO CANALES

En su muerte.

*Feliz tú que reposas
Largamente en la paz del ataúd,*

*Cuando aun no se habían marchitado las rosas
En los rosales de tu juventud.*

*Cuando sobre tus años iba cuajando una
Dulce niebla otoñal,
Y se iniciaba un suave crepúsculo de luna
En tu vago jardín espiritual.*

*Cuando al ardor panida sucedía el sosiego
Que llena de una pura claridad la pasión,
Cuando se iba apagando todo el mundano fuego
Y se estaba llenando con la mirra de un ruego
El incensario de tu corazón.*

*Feliz tú que te fuiste a la oportuna hora
En que todo lo invade la nostalgia del gris,
Por ese mar callado sin noche y sin aurora
Con rumbo a un ignorado e ilusorio país...*

*Duerme tu inalterable sueño, tú que reposas
Largamente en la paz del ataúd,
Cuando aun no se habían marchitado las rosas
En los rosales de tu juventud.*

Luis Palés Matos.

*

LA POSTRER OFRENDA

EPISTOLA

A Nemesio R. Canales.

*—Maestro: fué en el año mil novecientos veinte
y tres. Mes de setiembre. Inesperadamente
Remó desde muy lejos, de alta mar, por las vías
Azules del espacio, la noticia. Te habías
Dormido y se detuvo tu corazón, la parte
Justamente más fuerte con que pudo dotarte
Esa presencia extraña que en todo late y fluye
Y hace hermosa a la rosa y después la destruye.
Y ante lo irreparable, los que mucho te amaron,
En silencio y con lágrimas invisibles, lloraron.*

.....
*Entonces, en el tono de aflicción más sentido,
Hitvané unas humildes frases para tu oído.
Aquel oído tuyo, captador y profundo,
Clausurado ya a todas las voces de este mundo.
Y dije: "El noble hermano halló la paz que ansiaba.*

*Ha muerto, ¿y qué? La claridad del día
 Será para él más ancha;
 Y eternamente vivirá en nosotros
 Su robusta palabra..."*
*Y ahora que allá en lo ignoto tienen tus pies de sombra
 Llanuras de astodelos pálidos por alfombra,
 Vaya hasta ti mi epístola a sacudir la calma
 De tus huesos, el éxtasis etéreo de tu alma.
 Hoy torno a recordarte, Maestro, como eras:
 Frente de lobulares redondeces cimeras.
 Tez cérea, ojos menudos, retintos, alcados.
 Nariz gruesa, carrillos y labios pronunciados,
 Y una sonrisa siempre de bondad y dulzura
 Únicas, aureolando tu pequeña figura.
 De arriba abajo, especie de silenus socrático;
 Mas, por dentro, la gracia, el fino ingenio ático.
 Tu talento, de fuerza visionaria, adivina,
 Aun en medio de la cotidiana y mezquina
 Lucha por la existencia, hizo fértiles pausas
 Que dedicó al impulso de las más nobles causas.
 Entonces te elevabas sobre el haz del planeta
 A las cumbres beatíficas del santo o del profeta.
 Recuerdo que soñabas, Maestro, sin reposo
 En un mundo mejor, más libre, más dichoso.
 ...Un mundo casi angélico
 Que rechazaba todo principio aristotélico
 De la razón. Un cuento de hadas. La utopía
 Platónica. La idea. La Bondad. La alegría
 De vivir. La Belleza. Las culturas pasadas
 De Atenas y de Esparta sutilmente mezcladas.
 Y ya hablaras del bello orden universal
 Que alentabas, o sobre algún tema trivial,
 Poseían tus frases ardientes la virtud
 De prender en nosotros la llama, la inquietud
 De un supremo idealismo, que pasó a ser la fuente,
 El fondo, la estructura misma de nuestra mente.*

.....
Pues por acá nosotros, así, así...

*Los años nos han vuelto medio superficiales,
 Temerosos, prudentes, pausados, paternales.
 Ahora que hemos llegado al sexual climaterio,*

Con un pie en nuestra casa y otro en el cementerio,
 Es que más repercute el amor en nosotros:
 ¡Todavía nos creemos unos gallardos potros!
 Y la inquietud mental de que al comienzo te hablo,
 A esa vacua entelequia se la ha llevado el diablo.
 No obstante, los amigos, el viejo grupo nuestro,
 Te echamos muy de menos en la tertulia, Maestro.
 Algunos se han marchado con su floral adorno,
 Como tú, en la jornada sin fin y sin retorno.
 Otros, los que quedamos, por costumbre, acudimos
 A la reunión, y hablamos, bromeamos, discutimos.
 Llorens, el vate máximo (esto... por sus derechos
 De senectud), con labios fríos e insatisfechos,
 El caramillo clásico para las ninfas toca
 Avivando su hoguera de ayer, su pasión loca,
 En un alarde póstumo de residual deseo.
 Mas, con todo, no es música la suya de Himeneo,
 Sino más bien un aire gregoriano, un responso,
 Un réquiem a la muerte de Adonis. Don Alfonso
 Lastra... ¡Presente! A éste lo condeno y lo envidio:
 Sigue con Lamartine, Casanova y Ovidio
 Exprimiendo hasta el límite el jugo de la vida.
 Palés, el de los versos negros, Lepromonida,
 Según tú lo apodabas afectuosamente,
 Por no ser menos que otros hizo lo conveniente:
 Se casó, tiene hijos, deberes y molestias
 Como todos los seres, dioses, hombres y bestias.
 Y Toño Coll, granito de mostaza —“el granito”.

.....
 Pues bien, este “granito” de nuestro periodismo
 Es ya una espada diestra de chispeante humorismo.
 Luis Muñoz hizo ¡to! al grupo y al perfume
 Del arte. En la política cuerpo y alma consume.
 Y está bien. Porque nuestra pobre patria, doliente,
 Ha menester de un hombre como él que la oriente.
 De Bolívar Pagán sé que halló su filón:
 Hoy es nuestro Commissioner sin voto en Washington.
 Y Gelpí ya no fuma su pipa de bohemio.
 Engruesó. Se volvió rutinario y abstemio.
 Finalmente, este Cura —a quien por guachafita
 Dabas el sobrenombre de Arcipreste de Hita—

*Rumiando de continuo su viejo aburrimiento,
Los placeres perdidos y el dolor del momento;
Y escribiéndote ahora, de paso, esta balumba
Lírica, porque mates tus ocios de ultratumba.*

.....
*Los cerdos de Epicuro del presente, que adoran
El tiempo, y la materia, y el número, laboran
Aspirando a un grandioso orden de pacotilla.
La producción mecánica e industrial, maravilla.
No halla igual en la historia el vertical mamífero;
Predominan lo práctico, lo útil, lo fructífero.
Están en su apogeo ciencia y tecnología.
Si con tu taquicardia vivieras hoy en día,
Hoy que hemos fabricado un corazón viviente
Que su sístole y diástole marca divinamente,
De seguro te hubiese convenido mejor,
Porque, con una máquina semejante, el dolor,
El tuyo y el ajeno, no habrías sentido tanto,
Ni habrían tu pecho ahogado tantas lluvias de llanto.
Y oye otras novedades...*

.....
*Y a menudo se habla de hormonas. De endocrinas,
De enzimas. De alimentos ricos en vitaminas.
Referente a las últimas, el alfabeto está
Que casi se prolonga de la Z a la A.
Hay hasta quien opina que las calamidades
—Y esta opinión la lanzan a modo de diagnóstico—
Se deben, en principio, a la avitaminosis
Universal. Maestro: ¿qué te parece? Y la
Doña Avitaminosis ¿a qué se deberá?*

.....
Nuestra generación

*Joven, ha sido hecha por un fijo patrón.
Su condición, pintada en términos concretos,
Es así: desarrollo de grandes esqueletos.
Tenacidad de músculos. Cerebros deportivos
Horros de masa gris, de pensamientos vivos.
Salud sobre una base positiva, artificial.
Y, al lado allá de hábitos e instintos amaestrados,
Todos sus mecanismos de adaptación, frustrados...
He ahí, Maestro, el cuadro de nuestra edad de acero,*

*De nuestro gran progreso, ruidoso y altanero.
 El espíritu faústico del hombre, lentamente
 Se entrega a Melistóteles. O al turbio Calibán.
 No importa, Maestro, el nombre que tú le quieras dar.
 Por lo que vas a oír, verás cómo se aferra
 El genio de Satán en la tierra. Otra guerra
 Hemos. Otra guerra mundial, desoladora,
 Como no conocieron los siglos hasta ahora.
 Y lo que en un principio sólo ocurría en Europa
 También llegó hasta América con su brasa y su estopa.
 La América pacífica, confiada, colosal,
 Desde su polo ártico a la planicie austral.
 Los hijos del Mikado violaron nuestros fueros
 De paz, esos enanos bisco y traicioneros.*

.....
*Pero aún vibra en los hombres un resto de cordura
 Y amor, para sentar la sociedad futura.
 Al efecto, ha creado la magia diplomática
 Una excelsa deidad, piadosa y democrática:
 La Carta del Atlántico que acaba de dictarse
 Para un Nuevo Orden que está por ordenarse.
 El derecho de todos los pueblos a elegir
 La forma de gobierno en que anhelen vivir.
 (Lo cual no es aplicable, en sus aspectos varios,
 Ni a leudos coloniales ni a países contrarios.)*

.....
*Y, en fin, sin más sucesos de interés que contarte,
 Clausuro aquí mi epístola, con pena de dejarte.
 Como ves, nada tienes, Maestro, que envidiarnos.
 Por el contrario, a todos debes commiserarnos.
 Mejor estás allá, inmóvil, mudo, ciego,
 Que en este laberinto terrenal.*

Hasta luego.

J. I. De Diego Padró.

1944.



**MIGUEL GUERRA MONDRAGON
Y EL DOBLE ESTILO**

Del Licenciado Miguel Guerra Mondragón impresionaban de pronto el bien decir, el bien vestir y el ágil, certero y punzante ingenio, y aquella destreza social que acreditaba su mundología. Del andaluz tenía el donaire, la flor del chiste y la gracia abundante y fina, que aun antes de oírle hablar a él inclinaban a su favor. Del francés culto tenía el *esprit* y un *no excederse*; de su natural buen gusto, los modales y el llevar con elegancia la corbata irreprochable; y acaso de algún tipo de Oscar Wilde, su autor predilecto, el cintillo negro del que sujetaba los anteojos y que a menudo utilizaba con sospechosa displicencia. De algún ascendiente español debió heredar la blancura mate. Del genuino antillano lo poseía inextinguible pasión por la política y mañas para el disimulo.

La facilidad y penetración con que disertaba él sobre motivos universales podía causarle asombro al que le oyera por primera vez. El interés disimulado y la perspicacia con que procuraba informarse de las cosas de los demás y la discreción y reserva pudorosas con que preservaba los asuntos propios, sin permitir que se traslucieran, merecerían especial estudio. Burlaba la curiosidad ajena soltando una porción de cuentos, chistes y chascarrillos, siempre oportunos, y no sé por qué taumaturgia o sortilegio esos mismos recursos se convertían en abre-puertas y capta-luces acomodados para averiguar lo que quisiera saber de los amigos.

Buen legislador, *hombre de leyes*, sumaba a sus conocimientos jurídicos, como adorno y complemento, erudición literaria de la cual sabía sacar provecho. Se percataba con

rapidez del punto débil o parte floja de las cuestiones que le sometían en consulta; y si cuidando la buena reputación descartaba defender las que fueran de moral turbia, desestimaba también las de éxito dudoso, aunque parecieran justas: porque la pericia y la prudencia se hermanaban en su ánimo de tal modo que difícilmente quedaban expuestos a riesgo su crédito y la buena reputación.

Fué de los primeros en darse cuenta cabal de que la conquista de Puerto Rico, su dependencia de otro Estado a partir del año 1898, le daba un vuelco en el Caribe a sentimientos, ideas, juicios y prejuicios de índole diversa y obligaba a los hombres de estudio, dirigentes en las Antillas Mayores, a orientarse por nuevo derrotero de la cultura y de la política, con visión distinta de la vida. Y aunque bastaba alcanzarlo a ver para distinguir en él a un español, de abolengo y de ideología, enriqueció y armó su pericia jurídica y literaria con "lo norteamericano" y en sus lecturas prevalecieron las letras inglesas, y en poco tiempo vinieron a serle familiares las obras de los famosos escritores contemporáneos, de ese idioma.

Conocía, como todos los que formaron *La Peña de La Mallorquina*, obras de los autores sobresalientes de Francia, y quizás puso oídos sordos y cerró los ojos para ni oír, ni ver, ni entender lo que iba a significar en el mundo, sacudido desde entonces por "la gran guerra", la compasión de Máximo Gorki a los humildes, trascendiendo y avasallando ya hasta a los que eran superiores al propio autor en la literatura occidental.

Si es verdad que sin razón no hay sutileza, sino ligereza, como apunta Gracián, forzoso es convenir en que Guerra Mondragón era un razonador agudo, de conceptos diáfanos aunque irónicos y, sobre todo, gran animador con la palabra. El concepto expresado con violencia o en forma ruda, y el gesto desmelenado los reservaría para decirlos

en raras ocasiones, lejos de nuestras tertulias y fuera de la Cámara de Representantes, la cual alcanzó a presidir después de haber sido uno de sus más brillantes miembros. Es discutible que le oyeran a él discursos, réplicas y frases que no fueran serenos y de buen tono; y aunque alguna oración suya fuese en apariencia superficial, siempre le salía expresada en depurado léxico, con esmerada corrección, injertándole citas y anécdotas ligeramente mordaces y tan chispeantes que a veces producían la impresión fantástica de que algunas ideas podrían saltar de su lengua convertidas en espinas de guazábara o en ponzoñosas avispas; y él mismo daba la impresión de ser florete de esgrima revestido con arabescos de luz. Un día lanzó junto a mí una de sus respuestas rápidas, irónicas y brillantes, con suavidad tan acariciadora que me pareció de perfección artística; y ante mi tributo mudo y la risa casi general a costa del adversario, me disparó un:

—¿Qué le parece?...

—“Del puñal con gracia, libranos, Señor”... —dije en contestación de alabanza y crítica.

*

Como todos los hombres de relieve en Puerto Rico, Guerra Mondragón estuvo atento a “El caso de Santo Domingo” cuando el Dr. Henríquez y Carvajal dirigía la campaña para la liberación de la República, ocupada militarmente por fuerzas de los Estados Unidos de América. Con simpatía y su habitual curiosidad solía pedir noticias del curso de las gestiones. Siempre miraba en vago, luego de responderle, escurridizo, aunque sin disimular ansias de inmediata y favorable solución para la independencia de un pueblo tan íntimamente unido al suyo.

Ese eludir tratar a fondo del grave asunto, no sé a qué causa se debería: quizás si a disciplina política, de partido,

que de considerarlo, de ponderarlo y discutirlo, por simpatía, por sentimiento de justicia y por deber de antillano principal, se hubiese visto obligado a pronunciarse contra el Presidente Wilson, autor de aquel error fecundo en males; Presidente de quien entonces andaban agradecidos en Puerto Rico por la *Ley Jones*. Más de una vez miré a Guerra Mondragón tratando de escudriñar la causa obscura de su reserva y nunca quedé conforme y sí confuso. El censor malo que hasta los mansos llevamos dentro intentaba secretar:

—Miguel Guerra Mondragón no suda calentura ajena...

Pero sin llegar al balbuceo ahogaba el torpe y temerario pensamiento; mientras el amigo, fino y bueno, se abroquelaba en la corrección de su diplomacia inglesa y en apariencia se le anesthesiaba momentáneamente la parte mejor del alma, separada del dolor dominicano por imperceptible lámina de hielo. ¡Qué lejos y qué olvidado el recurso de sus cuentos, chistes y chispeantes chascarrillos! Los dedos, individualizados, de su propia cuenta ludían el cintillo negro del personaje de Oscar Wilde... Detrás de los lentes velaba un fulgor recóndito y los ojos antes cordiales, certeros, indagadores y luminosos, parecían redondos, vigilantes y fríos como los de un pájaro de presa.

La impresión ingrata cerca de él duraba lo que el efímero. Su irradiante y atrayente simpatía, la inequívoca fraternidad del puertorriqueño natural junto al dominicano, erradicaban o desvanecían cuanto no fuera agradable.

*

Hombre de gobierno, era Miguel Guerra Mondragón. Se interesaba académicamente por las causas importantes extranjeras, que no afectaban en forma alguna a Puerto Rico. Para él todo lo grande, aunque fuera lejano, constituía sujeto de estudio. Llegaría hasta a conmoverse leyendo nuevas de injusticias cometidas en cualquiera parte

contra cualquiera colectividad humana, y más si peligro cierto amenazaba a alguna nación de la América española; pero sabía contenerse en el límite de las conveniencias sociales, sin parcializarse, sin formular juicio definitivo. Y ese mismo hombre, de perfecto equilibrio y corrección, arriesgaba la compostura si veía amenazar con medio centavo de pérdida el azúcar de Puerto Rico, o si un *jíbaro* estaba a punto de perder dos o tres cuerdas de cafetales. Entonces abrumaba de cálidas razones.

Su lengua, tan expresiva de ideas, en ningún congreso internacional, por tormentoso que fuera, hubiese articulado jamás sonido que pusiera en peligro ni remotamente los intereses del país que representara. Nació, cultivó su mente y disciplinó su espíritu como si fuera a seguir la carrera diplomática. Nadie, sin embargo, era más generoso y afable y agradable que él en aspectos determinados. Con su dominio vasto y profundo de la literatura inglesa y la norteamericana, solía discurrir en relación a cualquier autor de aquel idioma iluminando resortes técnicos y lo preferible de sus obras, para regalo de los oyentes. Conferencias en horas largas he oído a otros en ateneos y universidades tratando temas que él magistralmente exponía y agotaba en sólo minutos: los maestros, pedagogos o pedantes, disertaban, enseñaban y fastidiaban durante horas, sin lograr tan brillantes y sustanciosas síntesis y sin el donaire que a él le era peculiar.

Los conocimientos y erudición numerosa que expresaba eslabonándolos y subrayándolos con fácil gesto, de viva voz, perdían sal de gracia al pasar a su prosa de cuidado pulimento. Tenía dos estilos, Miguel Guerra Mondragón: uno en las letras de imprenta, el que *hacía* con voluntad de orfebre; y otro espontáneo, flúido, atrayente y sugestionador en la palabra viva.

Sin dejar nunca de escribir bien —que él era ante todo

hombre de letras— por preocuparse del estilo hasta en mínimos detalles, hablando o perorando era muy superior a cuando escribía. El prólogo de *Bronces* y otros ensayos que aparecen en *La Revista de las Antillas*, están robustecidos, recargados de citas y nombres de autores célebres en tal abundancia que el veterano y venerable don Mariano Abril, a quien los años iban poniendo cascarrabias, rezongó y llamó a Guerra “mal crítico, inepto y pedante”... simplemente porque citaba nombres extraños y al juzgar y enaltecer su momento literario dijo que lo prefería, prescindiendo de estudiar las épocas precedentes y descuidando decir las influencias que éstas ejercen en cada escritor, según decide Hipólito Taine. Así cuenta el mismo Guerra, refutando extremos y amansando con suavidad al viejo editorialista y declarando a Taine errado en mucho y envejecido.⁽¹⁾

Don Mariano oía, leía y solía objetar desde *La Democracia de Puerto Rico* y a última hora pellizcaba a los que venían con novedades de escuelas literarias, y es de presumir que sus clásicos castellanos, de excelente claridad, lo satisfacían; y las citas y referencias de tanto escritor inglés le molestaban. Le bastaban sus españoles, los franceses del tiempo de Gambetta, Rochefort y Víctor Hugo y uno que otro alemán: Goëthe, Schiller... Meses después se hizo germanófilo y lo fué mientras duró “la gran guerra”. Se atusaba con deleite el bigote agresivo, a *la Kaiser*, gozando y comentando en sus editoriales las sangrientas victorias alemanas. Desde su escritorio se sentía guerrero terrible, él, ¡tan endeble de contextura! Contaba de antemano con el cariño y la respetuosa estimación de los escritores jóvenes, que le conferían derecho tácito e irrestricto para sus censuras y se limitaban a vengarse de él disparándole flecha verbal, cuando estaba ausente.

El que don Mariano Abril llamara a Guerra “mal críti-

co" y lo publicara sin contemplaciones, ni fué dogmática exactitud ni obligó a nadie a creer que fuera así. Guerra Mondragón era escritor de amplia cultura, observador perspicaz, rico de ideas, y más que ejercer de crítico, papel en que actuó esporádicamente, se esmeró en sus traducciones y en darle realce a la palabra; pero las pocas veces que realizó estudios críticos, lo hizo de brillante modo. Con sólo una de sus frases basta para comprobar quién era él: pinta y se pinta.

—“Luis Llorens Torres es el poeta más americano que tenemos. Ninguno tan discutido como él; ninguno tan atacado en el país: el síntoma es elocuentísima expresión de su valer”...

En dos líneas señala con acierto una de las cualidades características del gran poeta antillano, su criollismo, y se da a conocer a sí mismo en la irónica y punzante frase final.

*

La traducción que hizo Guerra de parte de la obra de Oscar Wilde está realizada con elegancia, precisión y maestría difíciles de igualar. Muchas de sus páginas son ejemplares y pueden servir de modelo para enseñar en las escuelas públicas a escribir el castellano, si el maestro es capaz y tiene gusto depurado. Luis Muñoz Rivera, escritor y varón de autoridad que no necesitó halagar a los partidarios suyos para mantenerlos subordinados, se entusiasmó y tuvo alabanza justa para el traductor feliz, considerando lo arduo que es vaciar de un idioma a otro, sin mengua, la obra de un autor que a la vez era estilista de primer rango entre los de su lengua.

La versión comenzada y recibida con aplausos, quedó trunca: por la penuria económica del medio social, entonces, y por el fatal destino de los escritores que formaban



La Peña de La Mallorquina en el decenio de 1914 a 1924. Hombres nutridos de conocimientos y casi todos prosistas de buena clase, con la excepción de Luis Llorens Torres pasaron equivocando su misión, derramándose en conversaciones, sin legar la obra que su patria tenía el derecho a esperar de ellos. De su gran saber y refinado gusto literario quedan fragmentos, muestras. Asombra lo exigua de su labor. Y si las generaciones subsiguientes midieran y compararan su riqueza intelectual con su desidia, lo que hicieron y lo que hubieran podido hacer para beneficio de los demás, en lugar de admiración y gratitud habría hoy censuras para sus nombres.

Miguel Guerra Mondragón era una de aquellas personalidades sobresalientes.

(1) *La Revista de las Antillas*. Año II. No. 1. Marzo de 1914.

ORACION

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE LUIS LLORENS TORRES

Abside, selección de las mujeres intelectuales de la República, llena los salones del Ateneo de Santo Domingo para rendirle tributo al gran americano que acaba de morir. La voluntad de la Presidenta, nuestra pintora Celeste Wos y Gil y la de Flérida de Nolasco, quien promueve la velada, invisten de autoridad para que hable a uno que durante seis lustros estuvo vinculado a Luis Llorens Torres por amistad fraterna. El vínculo se convierte en virtud y privilegio. Ya tendrán su turno los versados en prosas y rimas, los críticos y los eruditos que, con menos emoción sin duda, ponderarán y expondrán mejor el juicio de alabanza que merecen el poeta y el prosista: ahora se trata en primer lugar del hombre. Del hombre por cuyo amor se borraron las fronteras y para quien Puerto Rico, y Santo Domingo, y Cuba, eran una sola patria. En las *Alturas de América* —obra de maestro— persisten las voces de su cariño, de su adhesión a nuestro país, animadora y cordial en los momentos de angustia.

Conocí a Luis Llorens Torres el 10 de enero de 1915. Nuestra amistad se inició desde aquel lejano día. Fui a entregarle carta de don Federico Henríquez y Carvajal, que me recomendaba. Un cuerpo macizo y duro, de estatura regular, se irguió y avanzó a mi encuentro con pasos firmes y elásticos de cazador furtivo y perseguidor de presas. Luego de llegar fui testigo de reiniciada discusión que él y los poetas Antonio Pérez Pierret, Gustavo Fort y Rafael Monagas y otro, sostenían, acalorados, contra un

joven corto, calvo, pálido y de una fealdad socrática. Llorens lo nombró y me dijo:

—“Le presento al hombre más inteligente de Puerto Rico... Sí, Canales y Muñoz Rivera son los más inteligentes de la isla desde que murió Matienzo.”

El hombre menudo y feo encendió un cigarro, indiferente al elogio y al visitante, y siguió batiéndose contra todos. El ambiente y los contertulios agradaban, sugestionaban, conquistaban. Yo no había visto de cerca a nadie tan abundante y derrochador de razones e ironías, como aquel ejemplar raro. Era el escritor y gran criminalista Nemesio R. Canales, socio y compañero de Llorens Torres y uno de los antillanos más cultos y sanos de alma que he conocido y cuya muerte prematura fué como un cataclismo moral para los que fuimos sus íntimos amigos.

La fisonomía de Luis Llorens Torres, su apariencia física, de pronto decía muy poco del universo que atesoraba, aunque la frente ancha y noble denunciaba al pensador de raza. En la confianza del trato iba cobrando interés. En los ojos, hundidos en cuencas ojerosas, asomaban, reaparecían a veces y fosforecían fantasmas inmersos en el pretérito, visiones imaginarias, ansias de mundos mejores, de sueños y de vida nueva. Solía descartar *eses* y *des*, coqueteando con la palabra, como si así saboreara dulzura y sabor nativos; pero al dictar (y siempre trabajaba dictándole a una taquígrafa los alegatos de las defensas que llevaba a estrados y sostenía en su alta calidad de jurisperito) las sílabas salían íntegras, la dicción pura, y las razones, sin tachadura ni enmienda, se eslabonaban claras, cálidas y armoniosas. Entonces las cejas tupidas de pelos fuertes se arqueaban hasta formar ángulos agudos, huyendo de las pupilas encendidas. Lo envolvía una atracción poderosa y todo en él se volvía luminoso y persuasivo. Al lado suyo podían conversar y discutir los amigos mientras tanto; las cláusulas, sus oraciones, seguían saliendo perfectas.

No era así cuando escribía sus versos. Sentía pudor al escribirlos. Los enseñaba, manuscritos, cuando ya estaban pulidos. Y es que él fué un doctor de la ley para discurrir, argumentar y tratar de ganar con qué sostener la porción de vida física. La vida interna le pertenecía. En ella él era señor, minero y mina. Tenía el recato del alquimista en la hora de transmutar metales pobres en oro fino. Cuando salía de la mina, se ofrecía rico de perfumes, ritmos, colores.

La esposa —una granadina en quien había florecido España— viniendo de Santurce a San Juan pasaba a veces por el bufete: alta, esbelta, rubia, suave y de una belleza extraterrena. Tenía el exterior sutil, y una sonrisa fugaz, perceptible apenas, le rozaba el labio superior cuando me veía o me saludaba. Un día le dije a Llorens en presencia del arrogante Ramón Martínez Reyes, que era uno de los más íntimos del grupo:

—Doña Carmita me mira como si guardara secretos que no me son favorables...

Martínez intervino, burlón y brusco:

—¡Pero, Cónsul! (yo era cónsul), usted no se ha dado cuenta de que este *jíbaro* mañoso convence a la esposa de que anda con usted, que es el soltero, cuando él se escapa de la casa?

Llorens quedó imperturbable. Era tolerante, menos para lo chocarrero. Cuando hablaba con los humildes la voz se le aterciopelaba de ternura y en el léxico y la acentuación se *ajibaraba*. A uno del pueblo que solicitaba socorro de él, porque tenía la mujer en trance de muerte, le dió el dinero que pedía aunque le recordó con afecto de hermano mayor que, meses antes, él y Canales habían contribuído ya para los gastos de entierro de esa misma esposa... Es vieja historia que en todas partes se repite. El pedigüeno

aceptó la dádiva, bajó la vista y se fué en silencio. Llorens se justificó ante los presentes, como si él fuera el sorprendido en falta:

—Los culpables somos nosotros —dijo—. La explotación económica y sumisión política del país, durante siglos, desvirtúan nuestro carácter y hasta nos van enturbiando el alma.

Cursó estudios en Barcelona y Granada. Sano y apto de mente, no se limitó al estudio del derecho. La afición a la literatura fué acicate para indagar y robustecerse con universales conocimientos. Leyó con avidez los autores clásicos, y el dominio del latín le abrió facilidades para familiarizarse en los textos originales con los Padres de la Iglesia. Es cierto que no fué a ellos por espíritu religioso; pero no era menor el fervor en su afán de sabiduría. Santos de su devoción intelectual fueron San Agustín, San Jerónimo, Orígenes y Orosio, y se ufanaba comentando a Santa Teresa de Jesús. En latín recitaba salmos de David, fragmentos de Salomón y versículos de San Juan y San Mateo. No sé hasta qué grado había ahondado en el estudio del latín y de los latinistas cuando un condiscípulo puso en sus manos la ejemplar traducción del *Cantar de los Cantares* que hizo del hebreo al castellano don Francisco Rodríguez Marín. Se entusiasmó con la lectura y se entregó entonces al estudio del hebreo, y abarcó en su admiración a don Mariano Viscasilla. Crecía para él el universo. Puertas y ventanales nuevos se abrían a su insaciable apetencia espiritual. ¡Había hebreístas!... Había, además, arabistas. Poetas y sabios surgían y se le ofrecían en reinos dormidos; pero no muertos.

*

Regresó a la isla natal, oyó las prédicas de Luis Muñoz Rivera y Rosendo Matienzo Cintrón, sostenedores del ideal

de Baldorioty de Castro, y quedó ganado para la causa de la libertad. Fué representante (diputado); pero sus alas, demasiado largas, no siempre le permitían mantener el vuelo a la altura calculada y necesaria de los políticos y quedó aislado de la política.

Con pasión se entregó a sus versos. Causó escándalo con la escuela que creaba, o que pretendía crear e imponer. Tan pronto como pasó de la etapa inicial, dejó de sentirse corifeo del *pancalismo*, del cual sólo quedaron los *Sonetos Sintónicos* y él. Sus versos, a medida que la escuela se desvanecía, nacían cada vez más puros, sin resabios de potros indómitos, sin asperezas, ni galopes, ni trotes bruscos, ni retorcimientos.

Pasaban, y ya no provocaban protestas, los ímpetus de los *Sonetos Sintónicos* y llegaron los días de *La Canción de las Antillas*, confirmadora, consagradora. Entonces, cuando se esfumaban sus pretensiones de maestro, su influencia se podía notar en poetas vecinos y distantes.

¿Qué fué, qué es en resumen *La Canción de las Antillas*? Una sinfonía de timbres diversos, cuya orquestación conquistada y arrebatada. “Los versos se resuelven para la rima en cualquier medida.” El ritmo se produce cual si fuera emanación del tema, con medida alterna y varia, en donde —como dijo José Manuel Poveda— “el consonante se exigió a sí mismo y quedó en donde quiso y no en lugares prefijados”. En el canto y sobre el canto discurre una irradiante simpatía. Se creó en Puerto Rico y apareció triunfante en París con atributos de algo frondoso, grandioso, fastuoso y sorprendente, aunque revelando la técnica de un maestro y la sabiduría de un erudito: producción campestre y a la vez de universidades.

La parte formal de esta obra de juventud, el envase para tan extraordinario contenido poético, daba a primera vista la impresión de lo arbitrario: por sus tonos cambiantes prendidos a capricho en dodecasílabos del viejo

castellano, en el verso de dieciséis sílabas que usó Homero hace veintisiete siglos para cantar la Iliada, ahora jugando con otros metros de dieciocho y de veinte sílabas, para fragmentarse, de repente, con acentos nuevos sometidos a sordina, en trisílabos agudos y tetrasílabos remozados, de cadencia extraña y libre de sonsonete.

En Puerto Rico, los que se habían creído superiores, los devotos de Núñez de Arce, no se explicaban el fenómeno.

¡Cómo! Luis Llorens Torres el arbitrario, el extravagante cantor del automóvil, el "pankalista", ¿triumfante en un certamen panamericano? ¿Se colocaba y lo colocaban entre los grandes poetas de la raza?

Pues sí, señor; "el pankalismo" no había triunfado; pero había triunfado "el pankalista".

El fallo era insospechable, inapelable, indiscutible; lo imponía la autoridad del entonces pontífice máximo de la lírica española. Pero cuando el certamen no hubiese sido continental y presidido por Rubén Darío, parece problemático que Luis Llorens Torres concurrese. Él andaba todavía pretendiendo fundar escuela, aclarando cánones, estableciendo reglas, o como se llegó a decir en Puerto Rico: "adulterando el parnaso".

*

30 H. P. es la poesía del automóvil, del movimiento. Con sus variaciones y sucesivos paisajes, fusión de luces estelares sobre sombras, reclamos impetuosos de la carne y dejos sentimentales salpicados de aquel buen gusto de que nos habla Gracián, contiene belleza, originalidad y la picardía y la gracia zumbona y fresca del Arcipreste de Hita.

*

La Revista de las Antillas, órgano de los revolucionarios, era tan suntuosa y costosa que no pudo sostenerse.

Reglas, esencias y demás virtudes no se explicaron bastante y ellas y el nuevo heresiarca quedaron temporalmente excomulgados por algunos en un eclipse del buen gusto.

¿Pero qué formas brindaba él que no estuvieran dispersas en el vasto universo castellano? ¿Qué era su verso de veinte sílabas, sino un decasílabo doble, y qué su verso de dieciocho sino el mismo con que Juan de Mena deslumbró a los cortesanos de Juan II de Castilla?

No imitaba ni remozaba Llorens Torres a Juan de Mena. Él era incapaz de imitaciones.

“En su taza de madera paladeaba su ambrosía.”

Es que Mena, en 1448, era un revolucionario del parnaso, comprendido por escaso número... igual que Luis Llorens Torres en 1911.

“La muy polida y erudita obra de Vuesamerced —escribió Hernán Gómez de Ciddadreal— ha placido asaz al Rey, que por deporte la lleva por los caminos y a las cazas, magüer que algunos guerrean con el metro que diz:

*Mas el presente fablar, verdad lo permite, temor lo
[divieda...*

El temor a quebrantar las reglas hacía cobardes a los cortesanos. El cortesano Hernán Gómez alerta que mientras en la corte leen la obra de Mena con beneplácito del Rey y del Marqués de Santillana: “los que más se placen con la cara, más se pellizcan con el corazón”.

¡Se pellizcan con el corazón!...

En Puerto Rico, en Santo Domingo y en Cuba, no se pellizcaron; no eran gente de corte. Pero el triunfo de Llorens, fruto de modalidades nuevas, se limitaba a una élite intelectual, no se generalizaba, y ningún poeta tiene consagración duradera si no se universaliza, si no tiene de juglar. Creyéndolo así ensartó motivos populares y

hasta rústicos en octosílabos que fueron al pueblo de Puerto Rico y se le acunaron en el alma a los isleños, formando parte preciosa de su patrimonio. En seis décimas (él, tan distante de Zorrilla) fijó su despedida del Valle de Collores, ennoblecida por un recuerdo mojado de lágrimas, en donde el viento todavía musicaliza, zumba, oloroso a maderaselvas y a pinos.

*

En aquel tiempo ocurre un raro fenómeno. Finge Llorens escribir un drama que representaría la compañía de comedias organizada por Francisco Villaespesa, disuelta en Venezuela. Primicia del drama imaginario fué *Salmo*, oferta, lamento, desesperanza de mujer llena de arrepentimiento y saturada de nardos bíblicos que perfuman en tres estrofas y destilan mieles y lágrimas.

.....
.....

*Cada vez que un errado caminante
llamó a mis puertas, siempre le ofrendé
mi tálamo, mis linos, mis aromas...
y, al alba, siempre repetí: no es él.*

Los aplausos lo decidieron a ampliar (deformar) esta obra delicada y breve. Le cambió el título y creó respuesta masculina, con olvido de que segundas partes nunca fueron buenas sino cuando completaron el Quijote.

¿Es hombre? ¿Es hembra? ¿Es Pan? Es hombre y muy hombre. Para los críticos bacteriólogos del verso, para los que escudriñan en la obra de arte hurgando en repliegues íntimos y atisban y suman fragmentos mediante los cuales se puede probar todo, la mentira y hasta la verdad de las causas; para los que se afirman en Freud y analizan como Gregorio Marañón creyendo encontrar al varón y a la hembra en Don Juan el libertino, podría Luis Llorens Torres multiplicarse y seguir exclamando:

*¡Quién sabe cuándo y dónde yo fui tu cisne hermano,
tu papá megaterio, y tu hijito gusano!*

Fué un sensual en la sana amplitud de los cinco sentidos. Fué el dueño de los sonidos, distintos y combinados, del pentagrama. Supo fijar en sus rimas desde el ululante clamor de las trompas del conquistador hasta *la indefinible fermata* que suena en la gaita del *coquí*. Fué olfativo, aspiró y derramó en versos todos los perfumes: el perfume de la selva, el perfume fuerte de la tierra, el que se desprende de ubres y de crines, el perfume de las flores, el que emana la mujer, resumen de los olores.

Amó el color y se arrobó en su contemplación, con el arrobo de un niño. Fué el poeta pintor, y es difícil encontrar en el idioma otro que le supere en el dominio de sus gradaciones y matices.

Data de cincuenta años —dice— que los poetas modernos proclamaron los tonos grises. Creyeron que los ojos de los demás no saben del matiz de las cosas. Error. Hay también fuertes y hasta violentos colores que no vemos, que no podemos ver, porque azulean hasta desvanecerse en el fondo de las cosas.

Ama el verde, canta a Cuba en la distinción de verdes, y capta el verde hasta en los ojos de la *guajira*. Canta el blanco, canta el rojo y el azul, en el romance de Cofresí, nuestro pirata.

Cuando Luis Llorens Torres, humanista, afirma que el poeta no necesita saber nada de rimas y de sílabas, sino ahondar en la vida con seguro instinto, porque una palabra reveladora aunque no venga de universidades hiere y dice más que la más refinada y académica expresión, no se le debe creer al pie de la letra: no habla el *jibaro* de Collores de retorno a la naturaleza, sino el alquimista momentáneamente cansado de redomas y retortas. *Mare Nostrum*,

la última de sus grandes producciones, aunque no tenga los artificios de *La Canción de las Antillas*, es la obra acabada de un maestro.

*

¡*Mare Nostrum!* ¡*Mare Nostrum!* Canta al mar, nuestro mar antillano, rico, abundante de tiburones, ciclones y de tantas cosas tremendas; pagano y cristiano, católico, místico. Mar de heroísmos, mar de España reveladora de mundos... Mar del futuro. ¡*Mare Nostrum!* En la pluralidad del posesivo quedan condensadas las ambiciones recónditas y la altura del pensamiento y del sentimiento de Luis Llorens Torres. Caudales inmensos de agua se desbordan con estrépito. No van en estrofas, en olas, sometidas a reglas métricas, ni procuran los consonantes que a veces se presentan e imponen por su libre albedrío, ni buscan compases rítmicos, música que está segura, ingénita y avasalladora en el motivo, en la grandeza que canta. Las palabras no suenan a flor de labios, ni provienen de ideas superficiales: son eco de varoniles y arraigadas meditaciones, suben y brotan de la hondura del alma. No es *Mare Nostrum* un relámpago de emoción, momento fugaz y sin trascendencia en la vida del poeta. Es un estado continuado, una actitud perenne, la idea matriz que impulsó toda una vida; y es, precisamente, en la estabilidad y firmeza de su pensamiento donde gravita la emoción energética y poderosa. Bullen y se precipitan saltos de agua impelidos de esperanzas arrolladoras de obstáculos, que no temen la contradicción; aguas bíblicas, aguas vivas que no han de morir, porque tendrán que saltar hasta la vida eterna; cataratas inmensas, múltiples e insondables, e irre-frenables, con el doble poder de devastar y construir. Arrasarán algún día todo lo espurio de nuestras islas y fecundarán la confraternidad ansiada. Se cumplirá el vaticinio, el anhelo potente y santo de quedar "apretados por

fraternales lazos, estudiosos de la misma ciencia, creadores del mismo arte”, tragando la misma amargura y paladeando la alegría de sentirnos hermanos en el conocimiento, hermanos en la comprensión, hermanos en la libertad.

Mare Nostrum es poema sobresaliente en la obra del poeta, y su rasgo más bello está dedicado a la Española, que fué “madre y ubre de la conquista” y que es ahora monumento de recuerdos, Tierra Santa de América.

*

“Proclamaron los tonos grises... y hay todavía colores fuertes... ¿Desde cuándo fué virtud única de poeta flotar en fosforescencias y brumas de teosofía, o aislarse en “la torre de marfil” para sólo extraer del yo y el no yo motivos íntimos y unipersonales? ¿Y por qué ha de ser limitación comprender y cantar la belleza de las grandes causas comunes? Pretender desdeñar los heroísmos es no sentirse capaz de realizarlos, es no ser poeta en el más alto significado de la expresión.

Luis Llorens Torres admiró lo heroico; se entusiasmó ante la raya de Francisco Pizarro; sintió el heroísmo de Vasco Núñez de Balboa tomando para España, a bandera desplegada y con el agua al pecho, posesión del más vasto de los océanos; vió y admiró el heroísmo del descubrimiento, más que en Cristóbal Colón, en el fervor de los que se lanzaron al *plus ultra* contagiados de los sueños de un visionario; se encendió de entusiasmo de amor y en versos ásperos y secos, como los del *Poema del Cid*, cantó las *Velas Epicas* y la resolución más heroica del pueblo más heroico: la espera cuajada de interrogaciones de los que se quedaron en Nuestro Fuerte de la Navidad.

*

Para el creador de ejércitos, así como para el conductor de tropas, el mundo es un campo de conquista, cuando no

se satisfacen con el patrimonio que, por encima de todo arte y de toda ciencia, es preciso defender. En una u otra actitud, su arte pasará a ser para ellos ciencia superior a todas las ciencias. Einstein, con su escala de la relatividad, acaso se permita pensar de otra manera... Ponderen el guerrero, el matemático, el químico y el filósofo la ciencia particular que cada uno practica. Luis Llorens Torres no niega ni disminuye valores científicos; pero los subordina a lo primordial y para él lo primordial es la Estética. Demuestra, así, que si es sensual es también un espiritualista. Él proclamó que, como antes la Filosofía, la Estética se superpondrá a todas las ciencias y que aun la economía (ciencia futura cuya finalidad es la comida) tendrá que reconocerle primacía a la Estética, que reconquistará al fin para el hombre la felicidad absoluta, el paraíso perdido.

La belleza lo es todo y está en todo —proclama— y el poeta debe serlo todo. Lo real y lo ideal viven en él, porque si él es real, los sueños, los hijos de la fantasía, cuanto vive en él, es realidad. Y, a su vez, todo lo real es ideal, o puede transformarse en ideal.

No bastará que el artista vea y exprese la belleza. Su creación será la de un metafísico si no le nace y la entrega encendida de amor al hombre.

Para Llorens, como para un buen teólogo, la idea que se tiene del mal total es imperfección del conocimiento, o locura. Sólo el bien existe, y el bien es belleza suprema; y el poeta, sin colindancias adversativas entre el pasado y lo porvenir, puede y debe abarcarlo todo y recorrerlo todo, siempre encendido de amor. Se deduce que la mujer tiene existencia material... cuando no es pretexto, ficción para producir belleza. Belleza que lo es todo y está en todo, de acuerdo con la Estética contenida en Dios. Queda implícito, además, que aun lo más grosero puede ser transmutado en arte.

Grosero e inflexible es un trapiche de molienda y convierte en azúcar el sudor y los padecimientos del hombre; toscas son las ruedas rechinantes de la carreta y tosco el toro que la arrastra; es suciedad y fealdad el sarro que flota hirviendo en la paila de guarapo; degenerada, pobre danza es el *seis chorreao*; pobres las cuerdas del cuatro en que la tocan; y el güiro, en el áspero y agrio raspar, es el más rudimentario de los instrumentos. Pero... (¡ay leloilé! ¡leiloilé!) si el observador es alquimista y tiene alma y ha gozado y ama la vida antillana, la onomatopeya del más mísero instrumento musical repetirá el nombre de la mujer: el sonido se transformará en caña dulce y la caña en hembra de cabellos de oro, soplo divino, alma de pueblos surgidos por encantamiento (Plazuela... Barceloneta...) que le cantan y se le rinden en una de las poesías más puras y hermosas que se han creado en el fecundo idioma castellano.

La mujer y la intención política en la poesía de Llorens precisan espacio largo y hora oportuna. Cuando la guerra no provocada y declarada contra justicia a un pueblo de América, cese, cesarán los puntos suspensivos para la causa de Puerto Rico, que es causa de América. Entonces habrá ocasión propicia.⁽¹⁾

El pueblo de Puerto Rico ha vivido fundiéndose, en materia y en espíritu, con la República Dominicana; alegrándose con nuestros júbilos escasos y compartiendo nuestros persistentes infortunios. Desde los días aciagos y ya antiguos en que *el último Trinitario* —el buen Serra, el culto Serra— prendió en Mayagüez hogar e iluminó conciencias, y se durmió en temporal sepulcro, Puerto Rico ha insistido con reiterados testimonios de amor, que nos unifican. Don Román Baldorioty de Castro no fué sólo el guía y más alto iluminador de Luis Muñoz Rivera, sino también el maestro de Francisco Henríquez y Carvajal.

Aquel varón sabio, santo, apostólico y forjador de caracteres, fué nuestro. Es nuestro Eugenio María de Hostos. Todo Puerto Rico es nuestro. Y es nuestro Luis Llorens Torres. Nadie comprendió con más sencillez que él el común destino de estas islas, ni esculpió en líneas tan conmovedoras el espectáculo horrendo, hirviente de males, que asoló esta urbe en 1930:

*Que los que lo vieron verlo no quisieron,
y han de describirlo los que no lo vieron.*

La República Dominicana, representada por Abside —asociación de mujeres cultas y fervorosas— rinde tributo al poeta, al hermano que acaba de morir. No con ofrenda de lágrimas fugaces. La muerte de un grande exige ofrenda más duradera: requiere que lo más puro de su obra se comente, se divulgue. Reclama glorificación, la triste y limitada glorificación que cabe en las pobres cosas humanas.

Nota: Cuando ocurrió la muerte de Luis Lorens Torres (16 de junio de 1944) que motivó esta oración (3 de julio de 1944), no había terminado la segunda guerra mundial en que intervinieron los Estados Unidos de América y, consecuentemente, Puerto Rico.

INDICE

	<i>Pág.</i>
I	El ambiente literario en Puerto Rico hace treinta y ocho años 11
II	Antonio Pérez Pierret, Canales y el equilibrio en el arte 25
III	El Criminalista: <div style="margin-left: 100px;">Canales en Santos Filippi</div> <div style="margin-left: 100px;">El Proceso de La Flaca 44</div>
IV	Canales y las pequeñas nacionalidades 66
V	Canales y los Problemas Sociales 74
VI	Características y Contrastes 100
VII	Una tarde 131
VIII	Canales y el poeta Basil 137
IX	Aparición de Julio R. Barcos 143
X	La Aventura 152
XI	Con un papel y un lápiz 170
XII	El Retorno 172

A N E X O S

XIII	Noticia de la muerte de Canales. Ofrendas. 193
XIV	Miguel Guerra Mondragón y el doble estilo 209
XV	Oración (En la muerte de Luis Llorens Torres) . . 217

**ESTE LIBRO FUE IMPRESO
EN LOS TALLERES TIPOGRAFICOS
DE LA EDITORIAL "EL ARTE",
MANZANILLO, CUBA
HABIENDOSE TERMINADO
EN EL MES DE OCTUBRE DE 1953.
AÑO DEL CENTENARIO
DEL NACIMIENTO DE JOSE MARTI.**



BN
PT